FIGURAS Y ESTAMPAS

DE MONTEVIDEO

BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA
COLECCION MODERNA

1 — Alejandro C. Arias: MUSICA DE LAS SOMBRAS

2 — Juan Parra del Riego: POESIA

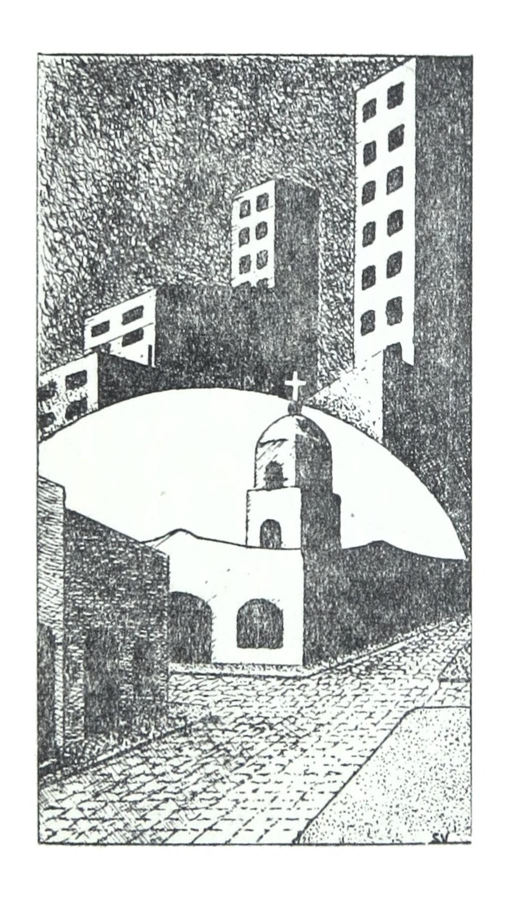
3 — Juan Parra del Riego: PROSA

4 — Pedro Leandro Ipuche: EL YESQUERO DEL FANTASMA

5 — Javier Gomensoro: FIGURAS Y ESTAMPAS DE MONTEVIDEO

JAVIER GOMENSORO

FIGURAS Y ESTAMPAS DE MONTEVIDEO



BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA
MONTEVIDEO 1943

IMPRESO EN EL URUGUAY

HECHO EL DEPÓSITO QUE
MARCA LA LEY 9739

SURGE MONTEVIDEO

Ya ha huído el portugués.

Ya Zabala, Gobernador del Río de la Plata, ha ocupado estas tierras solitarias; ya se ha levantado el primer Bastión y ya don Jorge Burgués, poblador inicial ha comenzado a edificar su casa de azotea. Acecha el indio y el portugués. La Banda Oriental es presa codiciada y las riquezas de su ganadería van a ser causa de complicaciones sin cuento, hasta que en las postrimerías de ese siglo XVIII, la pequeña villa se transforme en gran puerto y las defensas misérrimas en murallas que van adquiriendo contornos inexpugnables.

Desde 1719 se había pensado en fortificar la ensenada de Montevideo y el ingeniero Petrarca proyectó el trazado de la ciudad y plano de la ciudadela sin ver cristalizar su obra, aunque sus anteproyectos fueron aprobados por real Decreto de Felipe V, en ese entonces Señor de las Españas. (1)

Orígenes modestos, pero orígenes de auténtica nobleza a la vez. Los montevideanos no eran aventureros

---

(1) El arquitecto Carlos Pérez Montero en su admirable monografía "La calle del 18 de Julio", narra así, las andanzas de don Domingo Petrarca, Capitán de Ingenieros de la Plaza de Buenos Aires:

"Con el fin de realizar dicho trabajo, el Ingeniero Petrarca hizo varios viajes a Montevideo siendo el último el 17 de julio de 1719.

"El plano fué recibido por el Rey, según consta en la Real Cédula de 10 de mayo de 1723 y lo publico en este trabajo por tratarse del primer plano topográfico, que conozco, de la Ensenada de Montevideo, cuando todavía no se habían construído fortificaciones

de hierro, ni hombres de pasiones bravías. Eran hombres de dignidad, de trabajo y de fe. Españoles de América o españoles de España. Vascos de pró o canarios que vinieron con Alzáibar o gallegos que llegaron cuando surgía a la vida la novel ciudad.

Viven aquí Burgués, Carrasco, Herrera, Valdenegro, Artigas, Tejera, Fernández y Medina, Ximenez, Pérez Bravo, Pérez de Roxas y Pérez de Sosa. Viven ya los que serán abuelos del Padre Artigas y los de Pérez Castellano y los de Valdenegro y los de muchos precursores de la Independencia que llegaría ochenta años después. (1)

---

ni delineado sus primeras cuadras y porque es fácil apreciar en él la topografía de la península en aquel entonces, indicándose las colinas y también los arroyuelos y bajos, hoy desaparecidos; siendo posible ubicar en dicho plano la loma más elevada de la cuchilla donde se formará más tarde el Camino para Maldonado y donde 110 años después, en 1829, el Coronel de Ingenieros don José María Reyes, proyectará el trazado de la calle principal, que dividirá la Nueva Ciudad en dos vertientes, vía a la que, en 1843 se le dió el nombre de Calle del 18 de Julio y que es la que hoy se denomina Avenida 18 de Julio.

"Ese mismo plano fué el que sirvió de base al Ingeniero Petrarca para ejecutar otros planos, todos ellos interesantes y de gran valor histórico, pues se refieren a la época comprendida entre los años 1724 y 1730, es decir, durante el período de la fundación de la Ciudad.

"El Ingeniero Petrarca hizo un segundo plano en 1724 y un tercer plano en 1727, todos de gran valor en el estudio de los orígenes de Montevideo."

---

(1) El Precursor de la nacionalidad oriental José Artigas y los Próceres de la Patria Manuel Pérez Castellano, Ramón Fernández, José, Plácido y José Eduviges Ellauri, Eduardo Acevedo, Eusebio Valdenegro, Nicolás Herrera, Román Fernández, Manuel, Julio y Miguel Herrera y Obes, Cándido Juanicó, Manuel Vicente Pagola, Luis Eduardo, Juan María y Lorenzo Justiniano Pérez, Xavier (el canónigo), Loreto y Tomás Gomensoro y Pablo Zufriateguy, descendían directamente del primtivo núcleo fundacional.

Don Pedro de Millán ha repartido los solares; se comienzan a trazar las calles y se habla de explotar las chacras, que en la delimitación teórica, llegan hasta las márgenes del arroyo Pando, línea máxima de la inicial colonización.

Bajo el patronato de San Felipe y Santiago, Zabala va a echar definitivamente los cimientos de la nacionalidad. Porque si bien es cierto que antes que Montevideo, existieron Santo Domingo de Soriano y las reducciones de las Víboras y del Espinillo y la Colonia del Sacramento, nódulo de histórica controversia, hasta ser destruída por el Virrey Ceballos, Montevideo es, indiscutiblemente, el núcleo inicial de la nacionalidad. La vida de la Patria se identifica con sus éxitos y con sus fracasos; con sus clamores y con sus anhelos. Cuando era Plaza Fuerte; cuando era Puerto de importancia mundial, en los dominios inconmensurables del Imperio Español, cuando luchó hasta sucumbir ante el ataque inglés; cuando vivió los días memorables del Cabildo Abierto de 1808; cuando enfrentó a los patriotas en el primer Sitio; y cuando, en el Sitio Grande, fué el símbolo de la resistencia victoriosa de las libertades amenazadas, la ciudad cumplió magníficamente su misión histórica.

1º de Enero de 1730. Montevideo ha surgido en su planta inicial. Llega Zabala. Su atuendo es magnífico, como noble de milenaria extirpe, caballero de Calatrava y de Santiago, Brigadier de España. Era, según las crónicas, un magnífico caballero, el señor Gobernador. Reune éste a los vecinos de pro; e instala el Cabildo y entrega los primeros diplomas y los primeros bastiones a los Regidores.

El Cabildo va a ser defensor celoso de los fueros de la ciudad; contra él se estrellarán Jefes Militares y

Gobernadores y del seno del Cabildo surgirá la llama redentora, con el verbo de Perez Castellano, ochenta años después.

El Gobernador Zabala ha dado término a su misión. Desde 1719, ha trabajado por desterrar de estas costas al portugués ambicioso y sutil.

Se ha asentado si, sobre sillares modestísimos, Montevideo; pero ha tomado desde el comienzo por la senda del progreso para no detenerse jamás.

Los Artigas, los Burgues, los Pérez, los Fernández, los Herrera, seguirán la lección de Zabala, de Alzaibar, de Petrarca, de Millán y en la aurora de la Independencia y en la afirmación de la nacionalidad, los varones consulares y los Héroes surgirán de esos troncos, para forjar a la Patria, en medio del heroismo creador (1).

---

(1) El 1º de Enero de 1730 nombró Zabala las personas destinadas a componer el Cabildo, a quienes exigió juramento algunos instantes después poniéndolas en posesión de sus empleos en seguida. Conviene que los nombres de estos Padres de la patria sean perpetuados. Llamábanse, según está escrito en los libros de actas de sus reuniones capitulares: Joseph de Vera Perdomo (natural de Canarias), nombrado Alcalde de primer voto; Joseph Fernández Medina (también de Canarias), Alcalde de segundo voto; Christóbal Cayetano de Herrera (asimismo de Canarias), nombrado Alguacil Mayor; Juan Camejo Soto (también de Canarias), nombrado Alférez Real; Bernardo Caytán (natural de Buenos Aires), Alcalde Provincial; Jorge Burgués (natural de Buenos Aires), Fiel Ejecutor; Joseph González de Melo (vecino de Buenos Aires), Regidor y Depositario General; Juan Antonio Artigas (vecino también de Buenos Aires), Alcalde de la Santa Hermandad. Quedaba así oficialmente fundada y reconocida en el número de los pueblos españoles de América, la muy noble y muy esclarecida ciudad de Montevideo.

MONTEVIDEO ES INGLES

Buenos Aires, gracias al esfuerzo de Montevideo ha sido reconquistada, pero el inglés está en acecho.

La base de Maldonado será el centro de futuras operaciones y estas llegarán fatalmente, el día que fuerzas de mar y tierra refuercen a los raleados batallones de la soberbia Albion. Inglaterra alentada por su esplendoroso éxito de Buenos Aires, había resuelto incorporar a su rico patrimonio, las Colonias españolas del Río de la Plata. Y así fué como en los primeros días de Enero de 1807, riente el sol sobre el Estuario, llegaban a Maldonado los expedicionarios. Era Jefe Militar el General Achmuty y Jefe Naval el Almirante Stirling. El plan era vasto; otra expedición debía intentar bajo el mando del General Crawfurd, la conquista del lejano Reino de Chile.

Montevideo vibra de emoción ante la inminencia del ataque. Se piden auxilios al Virrey que llegan tarde o no llegan nunca (Sobremonte no parecía en verdad, un General de España por sus inexplicables actitudes en tan trágicos momentos). Y la respuesta de Liniers fué vaga ante el toque de alarma. La gloriosa Plaza Fuerte tuvo, pues, que resistir sola por tales causas, el ataque despiadado y cruel.

Entre el 19 de Enero y el 3 de Febrero de 1807, Montevideo vivió horas de un dramatismo intenso. ¡Horror, fuego, sangre, valor denodado! En el Cristo del Cardal triunfa el inglés. El heroismo de Ruiz Huidobro y de Viana y de sus valientes (Maciel murió en la acción), no alcanza a detener la marcha inexorable y

victoriosa. El sitio comienza y la muralla arde ante el fuego terrible de los cañones del invasor. Montevideo no ceja, sin embargo.

Viana, Errasquin, Vedia, Berro, Vidal, Gestal, Magariños, de las Carreras, el Capitán Cardozo, son las figuras centrales de la resistencia. Hasta que se abre la brecha y penetra, entre metralla y lanza, el inglés. Cardozo, Gonzalez Vallejo y Tomás Yañez, son los últimos, junto con el abanderado Vicente Acuña de Figueroa y con el Capitán Don Juan de Ellauri, en resistir. Pero todo se derrumba y el inglés, el inglés sutil y dominador; el inglés de la "Estrella del Sur", va a dar un nuevo soplo de vida en su corta permanencia dentro de los muros del Fuerte español, a los montevideanos del coloniaje.

¡Muerte y fecundidad! ¡Dolor y vida! Ved como Prego de Oliver, el poeta de corte clásico, narra el suceso memorable, momento crucial de una historia que llega a su término, para servir de cimiento, al transformarse, en la Nación que iba a surgir.

"Las columnas de Albión, que sus pendones
Quieren ver ondear en la asta misma,
De do penden los lienzos, que tremolan
Blasones de Castilla, el cerco estrechan;
Aumentan baterías; y doblando
El estruendoso fuego, ni un momento
Es dado a los sitiados de reposo.
Al batir continuado el muro tiembla;
Las piedras desquiciadas se desploman;
Y los escombros mismos son la escala
De la brecha fatal: ¡ay! ciudadanos,
Cubrid, tapiad el boquerón horrible,
Que ha de ser tan fatal, cual lo fué en Troya
La máquina infernal del dolo griego.

Quince veces el Sol salido había
Por las rosadas puertas de la Aurora
De rayos coronado en plaustro de oro
Sin que mostrase lástima ni duelo
Por las cuitas de un pueblo, que afligido
Ve por última vez, que declinando
Su pausado rodar, el horizonte
Va a sepultar el majestuoso disco
En las líquidas urnas del undoso,
Del sacro Paraná, queda rojando
La vía, por do fué: más a deshora
Desaparece el fulgor, y en todo el cielo
Ni rastro queda de la excelsa lumbre.
Del caos la hija triste sobre el suelo
Densas tinieblas desparrama, y deja
Casi inválido el ojo vigilante

. . . .
. . . .

Que son apoyo de la madre Patria.
Bien pocas son las almas que te quedan,
Ilustre madre, y esas pocas, helas,
Helas pelear de sangre salpicadas,
Y tropezando en los gloriosos cuerpos
De los que perecieron, anhelando
Volver con el laurel a tu regazo,
Alejando infortunios de tu seno.
Mas dado no les fué, y aún esos pocos,
Acribillados, lloran la flaqueza
Del brazo, que no puede con la espada,
No puede más, que el enemigo carga,
Y cual voraz incendio se difunde,
Que no hay estorbo que su curso ataje,
Al bullicio, al estrépito, a la grita,
Las matronas y vírgenes transidas

Se llenan de estupor, y en el retiro
De la cámara yerma, presagiando
La viudez y orfandad desconsoladas,
Alzan los ojos de llorar cansados
A los cielos de mármol a sus quejas;
Las manos tuercen; y el vivir desaman".

EL CABILDO ABIERTO DE 1808

Pasiones bravías; iracundia, deseos imprecisos de decisión.

El Excmo. señor Virrey Liniers, Conde de Buenos Aires, gallardo marino pero tosudo político, ha roto con Elío. Nota va, nota viene, hasta que las líneas cada vez más definidas entre las ciudades rivales; lucha de Puertos que fué en su prosaismo lucha de Poetas (salud manes gloriosos de Prego y Lavarden), (1) se traduce en un juego brioso de palabras.

Sólo era necesario, pues, una chispa para producir el incendio. Y la chispa iba a hacer estallar el polvorín cuando el Capitán de Navío Michelena llegó con pliegos del Virrey, a separar al Gobernador Elío y a hacerse cargo de la ciudad.

¿Qué ocurre en la plaza?

Cabildantes y regidores se congregan en la Casa consistorial, mientras el pueblo contempla con emoción, tan extraordinario suceso. La ciudad se estremece detrás de sus muros. Vibra el espíritu de la Plaza Fuerte en cuyas calles dejó el Inglés la cimiente de la libertad. Michelena exige el cumplimiento de la orden virreynal. Sus pergaminos son inobjetables; su misión muy clara

---

(1) José Prego de Oliver administrador de la Aduana de Montevideo y José Manuel de Lavarden eran los poetas de más fama en ese entonces en el Río de la Plata y a ellos tocóles mantener la polémica en las páginas del "Telégrafo Mercantil" (1801 - 1802). Tomo I, págs. 82, 94, 197, 241 y siguientes.

y sólida, de acuerdo a los mandatos expresos de las Leyes de Indias. Pero Montevideo ya nada quiere saber con Buenos Aires, ni menos quiere que se disponga al albur de su destino. El gran Corso ha herido de muerte al Imperio español. Y Liniers es francés y Liniers no ha sabido en los días aciagos de la Defensa, frente al terrible ataque inglés, proceder con la lealtad de los montevideanos cuando la Reconquista. Y, además, Elío recio y medularmente español, ha sabido conquistarse el corazón de los hispanos y de los criollos de pro.

¿Qué hacer? Los papeles examinados están en regla, dicen los Regidores. Pero Elío no debe dejar el gobierno de la ciudad, expresan los pro-hombres, hasta que ruge el pueblo; la voz anónima que años después propulsaría hazañas memorables, para lograr la independencia e imponer la libertad.

¡Abajo Michelena! - ¡Abajo Liniers! - ¡Viva Elío! - ¡Cabildo Abierto!

Es el 21 de Setiembre de 1808, el día en que el Cabildo va a ceder ante el clamor popular que indica cual es el camino a seguir.

La agitación sigue en las calles y plazas. La multitud ruge cada ver más. ¡Cabildo Abierto! - ¡Muera el traidor! - ¡Muera Michelena! - ¡Muera Buenos Aires! - El Cabildo es convocado, y empieza asi la Revolución.

Pablo Blanco Acevedo, basado en documentación severa, describe así el suceso memorable:

"La resolución del Cabildo Abierto, manteniendo a " Elío, señalándole los recursos a entablar, prohibién- " dole su salida de Montevideo y su declaración de que " era el voto del pueblo a cuya instancia estaban con- " gregados", concluía, en realidad, con los motivos de " la reunión. Pero el documento capitular prosigue, y a " continuación inmediata, establece: "que en el entre-

"tanto y hasta que con mejor acuerdo se establezca
" aquel plan de gobierno más aceptable a las circuns-
" tancias, y resouciones sucesivas de la capital, se re-
" conozca esta Junta, presidida por el indicado señor
" gobernador don Francisco Xavier de Elío, como la
" particular y subalterna de este pueblo, formada a
" ejemplo de las que se han mandado crear por la Su-
" prema de Sevilla en todos los pueblos del Reino que
" contengan el número de dos mil vecinos". La explica-
" ción no pudo ser otra que la que se ha dado. El pue-
" blo impuso la solución categórica y frente a las inter-
" pretaciones dudosas, estableció el principio funda-
" mental: la creación de una Junta de Gobierno, inde-
" pendiente de Buenos Aires y presidida por Elío, el
" enemigo y acusador de Liniers.

"La asamblea, reunida, quedaba así de hecho y
" por voluntad soberana del pueblo, constituída ella
" misma en Junta de Gobierno. Las resoluciones seña-
" ladas en seguida, están de acuerdo con el pensa-
" miento inicial: "Que todos los jefes militares —dice el
" acta— que son presentes, quedan obligados a consul-
" tarla, cualquiera (que sea) el género de órdenes que
" directamente se les comunique por el Excmo. Virrey
" don Santiago Liniers, o bien por otra autoridad de la
" capital. Que se entendía facultada (la Junta de Go-
" bierno) para corregir, ampliar o modificar tanto el nú-
" mero de individuos que componen, como cualesquie-
" ra otras deliberaciones relativas a su erección y pro-
" cedimientos consiguientes. Que se elijan por Aseso-
" res de la Junta a los doctores Eugenio Elías y Lucas
" José Obes y por Secretario al Escribano del Cabildo,
" Sáinz de Cavia". Todavía consigna el acta: "que el
" objeto de la presente determinación no se entienda
" ni interprete por motivo alguno ser otro que el de evi-

" tar conmociones populares y conservar esta parte del
" Virreinato en la debida obediencia a su legítimo so-
" berano, el señor don Fernando VII, defenderla hasta
" donde nuestras fuerzas alcancen y en un todo y por
" todo servirla como fieles vasallos".

Así, el día 22 de setiembre, el siguiente de la celebración del Cabildo Abierto, se instaló en el Fuerte la Junta Gubernativa. Sus miembros componentes lo fueron: Francisco Xavier de Elío, como Presidente; los miembros del Cabildo: Pascual José Parodi, Pedro Francisco de Berro y José Manuel de Ortega; los sacerdotes doctor José Manuel Pérez Castellano y Francisco Xavier Carballo; los coroneles Prudencio de Murguiondo, Juan Balbin Vallejo, Diego Ponce de León y Francisco Antonio Luaces; el Administrador de Aduana José Prego de Oliver y los comerciantes propietarios Miguel Antonio Vilardebó, Pedro José de Errasquin, Joaquín de Chopitea y Mateo Gallozo, con más los asesores letrados doctores Lucas José Obes y José Eugenio de Elías y el Escribano del Cabildo Pedro Feliciano Sáinz de Cavia.

. . . .

La resistencia es ya un hecho. El Obispo Lué y Riega —español arrogante y dominador— suspende en el ejercicio de su ministerio al Dr. José Manuel Pérez Castellano, porque este sacerdote ilustre se niega a renunciar su puesto en la Junta de Gobierno, que acababa de constituirse bajo la presidencia de Elío. Pero su fórmula sería, como voz de la Patria, uno de los pilares de la Emancipación.

"Los españoles americanos —decía el cabildante de 1808— somos hermanos de los españoles de Europa porque somos hijos de una familia, estamos sujetos a un mismo monarca, nos gobernamos por las mismas

leyes y nuestros derechos son unos mismos".

"Si se tiene a mal que Montevideo haya sido la primera ciudad de América que manifestase el noble y enérgico sentimiento de igualarse con las ciudades de su Madre Patria y de hallarse por su localidad más expuesta que ninguna de las otras, la obligaron a eso circunstancias que son notorias, y no es delito ceder a la necesidad".

Y terminaba el precursor de la Revolución de Hispano América:

"Montevideo fué la primera ciudad que despertó el valor dormido de los americanos".

LA CISPLATINA

Artigas se ha ido al Paraguay; no a refugiarse sino a buscar nuevas fuerzas para proseguir la lucha, aunque sin éxito, al caer bajo la protección del Doctor Francia. Rivera ha tenido que deponer su espada y la Banda Oriental ha caído toda en poder del invasor portugués.

Vanos han sido, pues, los esfuerzos para detener a la fatalidad inexorable.

Y además... qué sutil el Barón. Halaga la vanidad de los hombres y la vanidad de las damas. Títulos de nobleza llegan para los Cabildantes y comerciantes de la ciudad. Y con los títulos y con las suaves costumbres portuguesas, llegan las condecoraciones que van a costelar los pechos de los hombres de pro.

El Barón sabe lo que hace. Ofrece magníficos saraos y lleva al altar a una dama de alcurnia —doña Rosa de Herrera y Basavilbaso—, mientras uno de sus oficiales, el Mariscal Callado, une su vida con una Juanicó y otro oficial, Gomes da Silva, va a ser nada menos que el padre de Juan Carlos Gómez.

Un clima de armonía se forja, poco a poco, en la ciudad y Lecor, solemne y sutil, cree que ha llegado el momento propicio para dar fundamento jurídico a la Incorporación.

Llegan los Diputados y se reune el Congreso que delibera hasta el 31 de julio de 1821, bajo la presidencia de Lecor y del Diputado don Juan José Durán.

El Cura Párroco de la Matriz, que es, además, Diputado al Congreso —don Dámaso A. Larrañaga—, celebra solemne Te Deum. Se va a dar gracias a Dios porque reina la paz. El Barón llega en carroza tirada por magníficos corceles. Desciende del carruaje y sube presto, vestido de gran uniforme, las escaleras de la Catedral. Diputados, militares y cabildantes, le rinden pleitesía. El pueblo sonríe. Sabe de lo efímero de las dominaciones. Montevideo desde 1807 a 1821 ha sido español, inglés, español nuevamente, argentino, oriental, portugués; y luego será brasileño y luego, para siempre jamás, Oriental. El escenario máximo de acontecimientos tan memorables ha sido siempre esa Plaza. De un lado está la Matriz y del otro lado el Cabildo, donde se ha discutido, se ha soñado, se ha sufrido y se ha luchado en medio de la sangre y de la pasión. Sonríe el pueblo que tiene fe en muchos de sus Diputados. Paradoja es en efecto que Rivera y Larrañaga y Pérez y Chucarro y Gomensoro, sean "aportuguesados". Raro, muy raro es todo ello, pese al optimismo de los que siempre están con los Gobiernos, cualesquiera sea su origen, o a las damas que el boato portugués ha deslumbrado.

Música, cánticos, loores a nuestro Señor. Sube el incienso y resuena la música en las naves de la Catedral, pero en muchos Diputados y en el alma del pueblo estaba grabada, en las fibras más hondas, el amor a la Patria. Lecor lo sabe, pero disimula su temor. La astucia, piensa, puede muchas veces más que la energía implacable o el esfuerzo demoledor. Y el General que se enfrentó con escuadrones aguerridos, a los soldados cien veces victoriosos del gran Corso, actúa como consumado maestro de la diplomacia lisboense, señora de tantas hazañas admirables.

Los orientales buscaron ante lo irremediable, un camino que les permitiese, en un futuro próximo, la anhelada independencia. Y en verdad que lo lograron.

A la luz de la interpretación histórica de los documentos de los archivos (1) se ve el patriotismo de aquellos hombres, lo que se comprobó, también, en los actos sociales que se desarrollaron poco después.

Lecor, terminando las ceremonias. invitó a "yantar" a los Diputados, en recuerdo de la sesión solemne de la Incorporación.

Preside la fiesta el Barón vestido de gran uniforme. Están allí los Durán (don Juan José y don Manuel), Lucas José Obes, Tomás García de Zúñiga, el Vicario Larrañaga, Loreto Gomensoro, Luis Eduardo Pérez, Alejandro Chucarro, Fructuoso Rivera, ceñido en su uniforme de Brigadier y Gómez, Silva, García, Diago, Ximeno, de las Casas, Camusso, Mendez Caldeira, Hordeñana, Francisco J. Muñoz, Sagra, Roo, Juanicó, Salvañach, Llambí, Bianqui, Sostoa, Cabildantes, Diputados, Militares, junto a los Jefes y Oficiales que, en rutilante corte de uniformes, acompañan a Lecor. Todo es solemne y brillante. Pero allí en el banquete, sucederá lo inesperado. Uno de los asistentes tomó de improviso de entre las flores que adornaban la mesa una cinta azul clara y se la puso como brazalete. Mágico efecto. Los otros invitados se procuraron, también, cintas celestes, color favorito de los orientales que tremolara, por vez primera, como bandera de la Patria en Setiembre de 1812, cuando los gauchos de Culta sitiaron a Montevideo antes que llegara Rondeau con sus dragones. Y en el teatro, por la noche, se repro-

(1) Juan E. Pivel Devoto. "El Congreso Cisplatino de 1821".

dujo el suceso en medio de gran emoción. Y poco después el Diputado Luis Eduardo Pérez, conseguía de Lecor que en los actos oficiales, junto con la cucarda portuguesa, los orientales pudiesen usar de un distintivo blanco-azul.

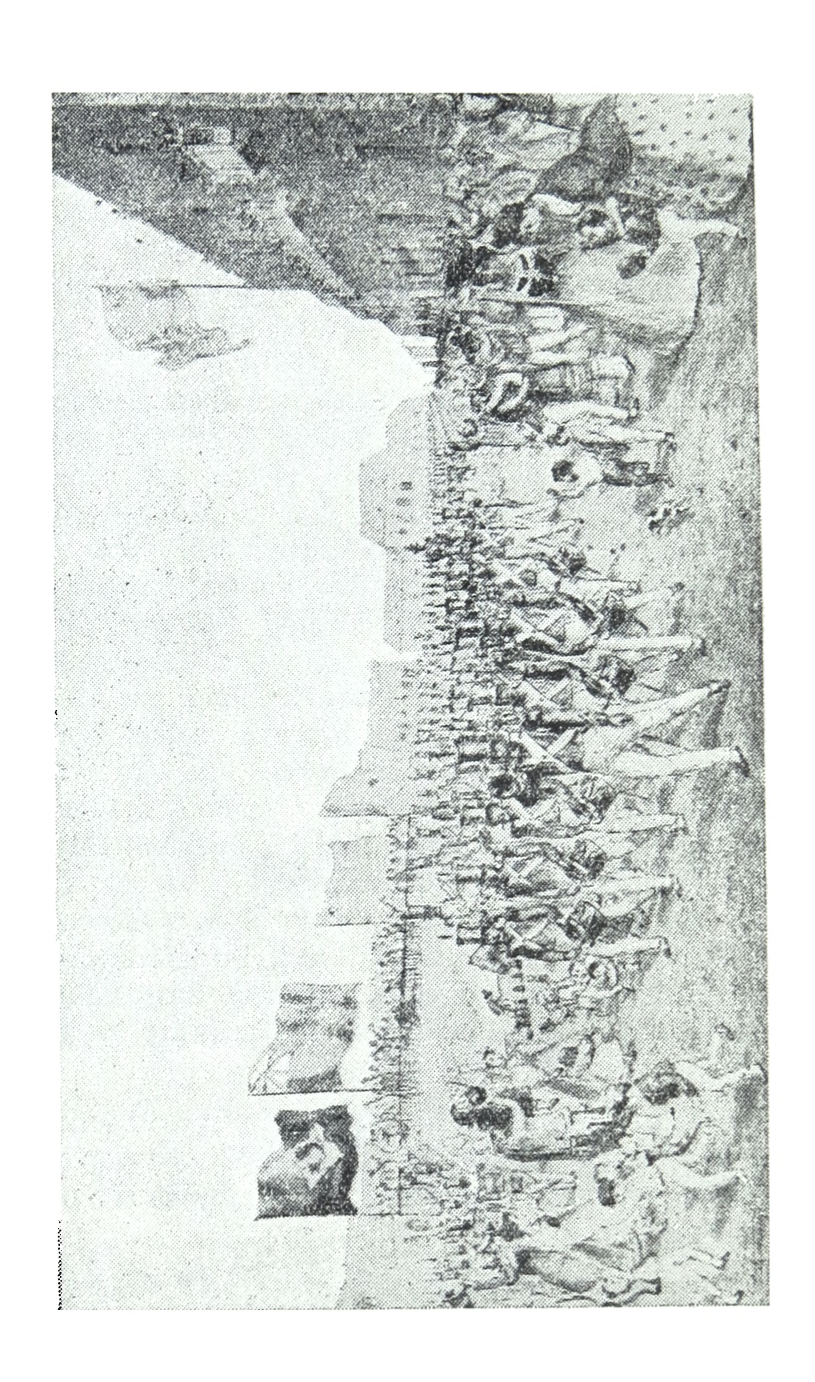
El color que, fecundado por el sol —cielo sin nubes en el horizonte de América—, iba a servir para formar nuestra bandera, que flameó soberana en esa misma Plaza de la Matriz, el 18 de Julio de 1830, cuando se procedió a la Jura de la Constitución.

"LA JURA"

El día es de gloria para la Patria. Desde temprano las campanas son echadas a vuelo y las salvas y los cohetes anuncian el acontecimiento máximo. Corre el pueblo hacia la Plaza Matriz, que desde ese día se llamara de la Constitución. Se oyen fanfarrias y clarines y gritos de entusiasmo. Se va a proceder a la Jura. Te Deum solemne. Asamblea rutilante. El Gobernador Lavalleja preside la patriótica ceremonia. Es un valor legendario de la Patria; Oficial en las Piedras, Héroe del primer sitio; glorioso soldado de la Epopeya Artiguista; Jefe inmortal de la Cruzada de los Treinta y Tres. La Agraciada, Sarandí e Ituzaingó son el pedestal de su gloria. Junto a él están Silvestre Blanco, Presidente de la Asamblea, el Vicario Larrañaga y sus ministros, Oribe, Acha, Giró. Y luego Lenguas, Zufriateguy, Vázquez, Ellauri, Zudáñez, Gadea, Berro, Pérez, Lamas, Alvarez. Antuña, Barreiro y los demás Constituyentes y altos funcionarios civiles y militares.

Frente al Cabildo se ha levantado una tribuna pletórica de damas y Regidores. Y en todas partes, presa de honda emoción y agitando banderines de gloria, está el Pueblo.

Va a desfilar el ejército. Se oye el redoble de los tambores y luego las dianas triunfales de las bandas de música. Pasan gallardos los soldados de la Patria



que manda Eugenio Garzón, Cadete de Artigas, Oficial de Bolívar, Coronel de Ituzaingó. Todo es emoción en aquel instante. Pasa el Ejército frente al Gobernador Lavalleja, cual una teoría de gloria.

Artigas y Rivera, están también, en presencia de espíritu, en el acto solemne. Ellos al frente de los centauros gauchos, a golpe de lanza y a fuerza de valor sin par, crearon la Patria, mientras los próceres civiles daban molde jurídico a la nacionalidad.

Isidoro de María en sus "Crónicas de Antaño", nos ha pintado en prosa llena de colorido el cuadro inolvidable que él presenciara adolescente.

....

"Figuraos —nos dice el grán cronista— la Plaza de la Matriz, como era entonces, con la mayor parte de los edificios que la circundaban de tejado, bajos o de alto, los antiguos postes en las aceras, desnuda enteramente de los paraísos que le dieran sombra y embellecimiento después, pero vistosamente transformada por las decoraciones, con magníficos arcos triunfales en las cuatro esquinas y el gran tablado levantado en el centro, con sus escaleras, una con frente al Cabildo y otra a la Matriz, flotando en cada esquina del tablado la bandera Nacional, la Argentina, la Brasileña y la Inglesa.

Las tropas de línea y el Cuerpo Cívico, formados en la plaza, bien uniformados. Las primeras de Infantería, con sus altos morriones con guarniciones y penacho, casaca larga, centro blanco y azul, y su correaje blanco cruzado. La Caballería, centro azul y blanco, casaca corta, morrión con guarniciones, penacho punzó y bota con espuela clavada. La Artillería, centro blanco y azul, casaca corta, dos granadas en el cuello, mo-

rrión con guarniciones y pompón colorado. El Cuerpo Cívico, centro blanco y azul, correaje blanco cruzado y sombrero común.

En el alto del Cabildo flameaba la bandera Oriental y en sus balcones se veía al General Lavalleja, Gobernador Provisorio, de gran uniforme, sus Ministros, los Representantes de la Nación, Jefes del Estado Mayor, miembros del Tribunal de Justicia y porción de personas distiguidas y un mundo de pueblo contemplando gozoso aquel simpático cuadro, a despecho del frío de la estación, que embromaba.

Eran las 10 de la mañana cuando formaban los bizarros Regimientos, poniendo armas en pabellón, y se desgranaban algunos Cívicos a tomar un café al lado de la Matriz, a espera del Gobierno con su lujoso séquito de empleados civiles y militares, en que lucirán los galones, charreteras y sombrero apuntado, lo mismo que el calzón corto y media de seda, zapato con hebilla y casaca negra de falda redonda.

¡Gloria a Dios en las alturas!

A las 10 y media, sale del Fuerte el Gobierno, con su lucido cortejo, dirigiéndose a la Iglesia Matriz al Te Deum que se había dispuesto, tomando asiento conforme al Ceremonial decretado el 13. ¡Qué mundo de gente, qué elegancia y lujosidad en las señoras concurrentes a aquel acto religioso, y qué profusión de luces y suntuosa compostura en el Templo, en que el Cura Larrañaga despliega todo su celo y desprendimiento en el esplendor del culto divino!...

Terminado el Te Deum en acción de gracias al Todopoderoso por los grandes bienes dispensados al Pueblo Oriental, que iba a sellar su glorioso y próspero destino con el Juramento solemnísimo de la Constitución, marcha al Cabildo a efectuarlo.

Excusado sería decir que un gentío inmenso llenaba la plaza en sus cuatro costados, los balcones y azoteas, sin perdonar ni los tejados de gran parte de ella.

En el Salón del antiguo Cabildo, a la sazón de la Legislatura, prestan juramento a la Constitución, simultáneamente, los legisladores, el Gobernador Provisorio y sus Ministros, el Cura Vicario, los jefes de Tribunales y Oficinas, los Comandantes de Cuerpos y jefes de Estado Mayor, etc.

En seguida lo prestaron las tropas formadas en la Plaza, y acto continuo tocóle el turno al soberano Pueblo, que disputándose entre sí, con más o menos empujones y apretones, el honor de ser de los primeros en subir al Tablado a prestar el suyo en grupos, ante el Alcalde Ordinario que lo tomaba de pie ante su gran mesa cubierta con carpeta verde, algo enronquecido a fuerza de tanto repetir:

"¿Juráis a Dios y prometéis a la Patria cumplir y hacer cumplir en cuanto de vos dependa la Constitución del Estado Oriental del Uruguay sancionada el 10 de Setiembre de 1829 por los Representantes de la Nación? ¿Juráis sostener y defender la forma de Gobierno Representativo Republicano que establece la Constitución, etc.? Si así lo hicierais, Dios os ayudará; si no, El y la Patria os lo demandarán".

. . . .

Así pasó aquel 18 de Julio de 1830 y así quedó, también, grabado para siempre en los corazones orientales, la gran efemérides.

Y el arte, inmortalizó la escena, toda vida y todo color, merced a los pinceles de los Blanes, de Juan Ma-

nuel, el maestro del Academismo y de Pedro el gran maestro del Impresionismo.

Se evocó así, el espectáculo de un pueblo que juró, para siempre jamás, vivir para la libertad y para la Democracia, siguiendo las normas luminosas del mandato artiguista y el canon inflexible "jamás la República será patrimonio de familia o de persona alguna", expreso mandato de la Constitución.

FIGUEROA, PRECLARO VARON DE LA CIUDAD

Nelson García Serrato en la "Noticia Biográfica" que precede al juicio clásico de Francisco Bauzá, pórtico de la "Antología" del primer poeta nacional, afirma que: "El hogar montevideano de don Jacinto Acuña de Figueroa —padre del vate—, se levantó ciertamente como una casa española sobre suelo americano, y que la religión tuvo allí un templo, el monarca una fortaleza, España una prolongación física y espiritual".

Y en verdad, que es certero el juicio del joven y ya ilustre publicista, pues cuanto uno más se adentra en el estudio de la personalidad del Poeta, se comprende y se siente el alma del Montevideo Colonial, con su vida apasible de plaza fuerte; y luego el espíritu indeleble que vibra en todo momento y que nos legó España, mantenido durante la dominación lusiano-brasileña y más tarde aún, cuando la capital vivió días de gloria al jurarse por pueblo y gobierno, clero y ejército la Constitución patria, en aquel día memorable del 18 de Julio de 1830.

Figueroa, que había nacido en un rancio hogar español, fué siempre fiel a los principios que bebiera en su niñez y adolescencia y aunque cantó a la Patria y tan magistralmente que la letra de nuestro Himno es fruto de su numen, nunca vió neutralizada totalmente las primitivas influencias, que forjaron su carácter. Por eso estuvo Figueroa en su juventud —católico y realista— detrás de los muros del Presidio Espa-

ñol, frente a los criollos que con Artigas o con Rondeau o con Alvear, sitiaran a Montevideo entre 1812-14. Y si más tarde aceptó el nuevo orden político y cantó a la Patria y a sus héroes, fué, sobre todo, por amor a su ciudad de origen, por la cual tuvo siempre un culto apasionado y sincero.

Nacido el 3 de Setiembre de 1791, tenía, pues, Figueroa, 21 años, cuando los patriotas de Culta iniciaron el sitio. Montevideo estaba entonces en poder de España. Bastión situado a la entrada del estuario del Plata, poseedor de sólidas murallas, era el baluarte de la resistencia hispánica al movimiento emancipador. Y era, también, la lógica y suprema esperanza militar de los realistas, que en Mayo de 1810 habían perdido a Buenos Aires y en Mayo de 1811 a la Asunción del Paraguay, mientras en las pampas, en las planicies, en los montes o en las aldeas del antiguo Virreynato, se extendía el verbo de Mayo y se planeaba la doctrina de la Revolución, que Artigas consagró como supremo ideario de los pueblos, en el documento inmortal de las Instrucciones del año XIII.

Murallas inexpugnables. Población acrecentada por el éxodo de muchas familias de la campaña, españolas las más, que habían venido a refugiarse en Montevideo donde se levantaba la Casa de los gobernadores en el viejo Fuerte Colonial, bordeada la plaza principal, la misma plaza de la Matriz a la cual cantó Figueroa, después del 18 de Julio de 1830, por la Catedral y el Cabildo. Muralla fuerte y severa. Vida sencilla y de gran austeridad. Sólo de tanto en tanto, en la Casa de Comedias o a la salida de la Misa Mayor o en la calle de las Tiendas, hoy 25 de Mayo, un poco de movimiento o de vida social. La ciudad vivía del puerto y vivía por sus murallas. A tiro de cañón

de la ciudadela, campo raso y charcos verdinegros, tal como nos lo muestra el pincel de Blanes, al evocar la figura del viejo brigadier Orduña, uno de los jefes españoles de la ciudad sitiada y más lejos aún, ya fuera del alcance de la artillería, hasta donde llegaban, día tras día, en su osadía los gauchos de Culta, con sus lanzas y sus guitarras, cantando los "cielitos" anónimos o los versos de Bartolomé Hidalgo, o de Eugenio Valdenegro, poeta y soldado, los pajonales del Pantanoso donde moraba algún tigre o el verde salpicado de gris o de oro o de luna, según las horas y las estaciones, del majestuoso aunque pequeño Cerro.

Comienza el asedio. Figueroa nos cuenta en dos tomos, nutridos de versos fáciles y espontáneos, la vida del sitio.

Las esperanzas de los españoles; la prestancia y los anhelos de los personajes que actúan en el drama; el temor al estallido de epidemias, dentro de la ciudad.

Nos pinta a José Eugenio Culta, jefe de los guerrilleros irregulares que llegaron antes que Artigas y que Rondeau a las proximidades de Montevideo.

Era Culta un hombre de grande valor y opinión entre los campesinos, nos dice Figueroa. Al principio del sitio fué responsable de algunas violencias y correrías por la campaña, pero luego aconsejado y ayudado por don Tomás García de Zúñiga, ofreció como muchos su sangre y su osadía a la patriada inmortal e hizo la guerra con cierta disciplina y "aumentó así su crédito y el número de su gente".

Llega por fin al Cerrito el coronel de Dragones de la Patria don José Rondeau, nombrado comandante general del ejército sitiador y con él varios jefes y oficiales, algunos de los cuales van a alcanzar las má-

ximas jerarquías militares y algunos de los cuales van a integrar la galería de los héroes de nuestra historia. Están allí Hortiguera; José Manuel Escalada; Rufino Bauzá; Pedro Pablo de la Sierra; Diego Belausteguy; Nicolás de Vedia; Pablo Pérez; Eugenio Valdenegro; Juan Ventura Vázquez; Romualdo Ximeno; Pablo Zufriateguy; Martín Albín; José Mendoza; Julián y Juan Pablo Laguna; Simón del Pino; Gregorio Pérez. Y luego Artigas y Latorre y Otorgués y también jóvenes, Joaquín Suárez, Lavalleja y Rivera. El poeta hace la crónica rimada de los acontecimientos. Ora son los guerrilleros de Chain, luchando con Ramos, con Urquiza, con Valdenegro o con Albín. Ora es el choque terrible del Cerrito, victoria de las fuerzas de la Patria, que causa terror entre la sociedad montevideana de la época. Muere en la acción el brigadier Muesas. Y por España combaten durante el sitio Chain, Zabala, Navia, Iriarte, Vargas, Salvañach, Soria, De las Carreras, Camusso, Agell, Fernández de la Sierra y el viejo brigadier Orduña. Militares y civiles; españoles de España y españoles de América, hijos de la plaza fuerte, al igual que el poeta, pero apegados como él a la tradición realista que defiende el gobernador Vigodet.

La vida se torna triste y severa en la ciudad. Acuña de Figueroa nos lo dice en su "Diario":

Domingo 25

Amanece lluvioso; las partidas
Marcharon a la lid, mas han venido
Sin batirse; que astuto el adversario
Medita de sorpresa algún designio.
De la extensa campaña tanta gente

En este heroico pueblo buscó asilo,
Que el padrón que de todos se ha formado
De **treinta mil trescientos** ha excedido.
Sin los fáciles goces y la holganza
Que el campo proporciona, y sin auxilios,
Sólo infaustas miserias les ofrece
Y un triste porvenir el cruel destino.
Bajo chozas de mimbres, o de pieles,
Como aves expulsadas de sus nidos,
Familias numerosas e indigentes
Se aglomeran en torno del recinto.
Los bravos de la hueste guerrillera
Hijos son del país, de decididos
Vinieron con Chain, abandonando
Sus campestres hogares y ejercicios;
Más no faltan los víveres, pues todo
El Cabildo y Gobierno lo han previsto,
Y sólo a nuestros pechos amedrenta
De una epidemia el terroroso indicio.

Otro día es la guerrilla del 1º de Noviembre, Día de todos los Santos, en que corrió mucha sangre, porque el encuentro fué sostenido y bravío.

Otra vez es don Joaquín Suárez, vncedor al mantener incólume el bloqueo. Oíd cómo nos narra la hazaña, acaecida el 11 de Noviembre de 1812 en su precioso "Diario Poético" Acuña de Figueroa.

De Santa Lucía
Anoche han llegado
Tres lanchas que apenas
Pudieron salvar;
Que allí casi toda
Su gente ha dejado,

Logrando tan sólo
Diez hombres fugar.
Faenando ganados
En un saladero
Oculto entre bosques,
Con gran precaución,
Se hallaban y hacían
Su lucro y dinero,
Surtiendo a la plaza
Con tal previsión.
El hijo de Suárez,
Pudiente hacendado,
Del bando patriota
Ardiente oficial,
Sin fruto invadirlos
Ya había intentado,
Pues fué repelida
Su fuerza oriental.
Mas ora este mismo,
Con hombres cuarenta,
Un súbito asalto
De nuevo les da.
En vano cada uno
Su puesto sustenta,
Que ya la fortuna
Cambiado se ha.
Seis hombres sin vida
Y diez prisioneros,
Con doce extraviados,
La pérdida es:
Perdiendo animales
Y **charques,** y cueros,
Y pólvora y armas,
Y un bote a la vez.

Y luego viene la descripción llena de colorido de la sangrienta acción de San Lorenzo, vencedor José de San Martín, y nuestro glorioso Bermúdez, del Brigadier español Juan Antonio de Zabala, nieto del iluustre fundador de la ciudad. Habla el poeta:

Ya con más transparencia se declara
De la derrota la ocasión precisa;
Ya se sabe que han sido en San Lorenzo
Batidos con horror nuestros realistas.
El Comandante Ruiz con los corsarios
Y otro buque también de Real Marina,
El día tres del mes, en aquel punto
Dar un asalto militar meditan.
Ciento cuarenta infantes con Zabala,
Con Martínez y Olloa a tierra envía,
Que con dos carronadas muy seguros
Al Templo de San Carlos se encaminan.
Mas, de atrás de esta Iglesia, de repente
Salir a sable en mano se divisan
Dos crecidas columnas que al galope
Los acometen con furentes iras.
Eran de San Martín los granaderos,
Que este mismo impertérrito acaudilla,
Con Bermúdez, Mármol, y Carrera,
Y de aquellos contornos la milicia.
El choque se empeñó; nuestros valientes
Circundados doquier, con bizarría
Contra fuerzas dobladas, y tenaces,
Se baten en el valle y la colina.
Con un denuedo igual vióse el contrario
Los fuegos despreciar de artillería;
Avanzar, desbandarse, y nuevamente
Tornar a acometer veces distintas.
Sus granaderos de a caballo al choque

San Martín ardoroso compelía,
Y algunos en las mismas bayonetas
Sus arrojos pagaban con la vida.
Mas, en fin, de la lucha fatigados
Los marinos se ven y corsaristas,
Que al ver en los patriotas tal bravura
Sus alientos también desfallecían;
Y formando su cuadro, que tres veces
Desordenado, sin unión, se mira,
Con pérdida notable se reembarcan
Aprovechando la ocasión precisa.
Veinte y cinco cadáveres los nuestros
Abandonan allí, y aun fué gran dicha,
Pues sólo su valor incontrastable
Libertó a los demás de entera ruina.
Catorce prisioneros por trofeo,
Heridos o extenuados de fatiga,
Allí quedaron, y otros treinta heridos
Se embarcan con la hueste fugitiva.
A Zavala, Martínez y Maruri,
Se enumera de aquéllos en la lista;
Y tan sólo a un Díaz Vélez nuestra gente
Prisionero tomó con dos heridas.
Nuestra pérdida aumenta con exceso
San Martín en la parte que publica,
Y el Jefe de los nuestros viceversa,
Pondera la de aquél como excesiva.
El campeón argentino quince muertos
Y veinte heridos en la acción designa,
Incluso un Capitán; y recomienda
Del Alférez Bouchard la alta osadía.
Del desastre fatal en San Lorenzo
Tal es la relación, cierta y sencilla,
Sin reservas, ni aumentos; pues no espero
Ni elogio ni baldón por lo que escriba.

En el "Diario del Sitio", ora el poeta nos habla del ejercicio de los batallones cívicos; ora nos cuenta el robo de un mulato que paga su osadía con la vida al ser atacado por un feroz mastín; ora es la renovación del Cabildo de Montevideo, que preside como alcalde de primer voto, don Cristóbal Salvañach; ora es la llegada en el mes de Febrero de 1813, de una nueva inmigración de pobladores canarios a la ciudad sitiada; ora es la sangrienta guerrilla del segundo día de carnaval. Y por último el asedio cada vez más severo por tierra y por mar, después que Artigas ha dejado el sitio y llega a comandar las fuerzas revolucionarias, arrogante y dominador, Carlos de Alvear.

El valor de Lavalleja impresiona al narrador ilustre. Es al joven "patriota" su enemigo, a cuya muerte, acaecida el 22 de Octubre de 1853, cargado de gloria después de la epopeya de la Agraciada y de la victoria de Sarandí, cantará también en inspirados versos el poeta, ya en edad provecta.

En 1812, dice, del futuro héroe de la Agraciada, Acuña de Figueroa:

El escuadrón que comanda
Y que con su ejemplo alienta,
Recorre la playa en giros,
Cual terroso cometa.
Cabalga el soberbio joven
Un alazán de carrera,
Cuyo ímpetu más inflaman
Los estruendos de la guerra.
Dicen que aunque disidente,
Por excepción de la regla,
Ostenta con los rendidos
Su generosa indulgencia.

Y pudiera vengativo
Portarse, pues con dureza,
Por opiniones se ha visto
Su anciano padre en cadenas...
Y ya los suyos su ejemplo
Hoy mismo imitan y prueban;
Pues dos prisioneros toman
Sin inferirles ofensas.
Un aguatero también
Se llevan con su carreta,
Y un muchacho, y de dos bravos
Chain la pérdida cuenta.
El capitán López Morla
Comandaba la reserva,
Y envía en auxilio al punto
De Madrid hombres sesenta.
Allí al horror que fulminan
Tropas, muro y cañoneras,
Cede el tenaz adversario
Que al descubierto pelea.

Por último el 22 de Junio de 1814, Vigodet anuncia la entrega de la Plaza. El real pabellón de España va a ser reemplazado por el pabellón Argentino y después por el pabellón de Artigas, que es el nuestro, porque fué sobre el cual se cobijó el Héroe magnífico, para defender al republicanismo y al federalismo en el Río de la Plata.

Ved la descripción de Figueroa al entrar las tropas de Alvear a Montevideo.

Oyóse a pocos instantes
Por el portón de San Pedro
Resonar con grave pausa
Los marciales instrumentos.

El ejército argentino,
De seis mil hombres al menos,
Hace, sin aclamaciones,
Su entrada triunfante al pueblo.
En un corcel que ardoroso
Baña con espuma el freno,
Precede Alvear con su escolta
Resplandeciente de acero.
Su Estado Mayor pudiera
Igual al más selecto
Séquito de esos monarcas
Que él mismo llama soberbios.
Modesto Sánchez venía
Con Rolón y otros diversos,
Que de Ayudantes de campo
Gozan el lucido empleo.
En pos su ejército sigue
De batallones guerreros,
Que en la disciplina iguales
Compiten en lucimiento.
Murguiondo guía adelante
De Moldes los granaderos,
Y el número tres Fernández
Viene por Frenche rigiendo.
Pagola comanda el nueve
Con Quesada y en pos de ellos,
Holemberg y Oyuela lucen
Sus zapadores o hacheros.
Vázquez y Román Fernández
Mandando de Alvear el cuerpo
Vense, y Comisario en Jefe
El hermano del primero.
El tren volante Irigoyen
Rige con sus artilleros,
Que sus proezas recuerdan
Al ver derribados techos.

Los granaderos montados
De San Martín dirigiendo
Viene Zapiola; Celada
Por Soler manda los negros.
El bravo Ortiguera y Pico
Con todo el marcial arreo,
De los dragones gobiernan
Los cuatro escuadrones bellos.
Bianqui, Lucena, Igarrázabal,
Brillan con estos guerreros,
Como dignos Ayudantes
De tan distinguido cuerpo.
Su división de a caballo
Pintos rige, en cuyo cuerpo
Y en los de Pagola y Vázquez
Muchos orientales vemos.
Y también el número ocho
Se mira y grupos diversos,
Y por Jefe de vanguardia
El valiente Valdenegro.
En dos filas por las calles
Se forman, y frente al templo
Himnos patrios sonatas
Las músicas repitieron.
No cual fieros vencedores
Se demuestran, ni altaneros,
Sino que afables disipan
Las prevenciones del miedo.
Y al ver el orden que observan,
Su porte marcial y aseo,
Con americano orgullo
Late, aunque afligido, el pecho.
Ya ocupados los baluartes
Y los militares puestos
Estaban, cuando una salva
Hace retemblar el suelo.

Figueroa no acepta el nuevo orden político y se marcha a Río de Janeiro como funcionario diplomático al servicio de España. Vuelve cuando Montevideo es portugués y es designado Ministro de la Real Hacienda de Maldonado.

Describe el poeta la vida de la ciudad; hace letrillas y epigramas que fueron recitados de memoria por las generaciones de hace ochenta años y nos cuenta lo que vé y siente y se ríe de muchos montevideanos y utiliza el gracejo y la ironía con suma habilidad.

Ya no es realista, pero sí montevideano hasta la médula de los huesos; y siempre, en lo íntimo, profundamente español.

Canta a Mayo; escribe la letra del Himno que lo inmortalizará y sirve en el Sitio Grande, como Tesorero General del Estado y como miembro de la Asamblea de Notables durante la Defensa de Montevideo.

La Capital ha sacudido sus viejas murallas. El general José María Reyes amplió los límites del viejo burgo colonial. Es la nueva ciudad que canta Luis Domínguez, aquella donde "en otro tiempo los Reyes levantaron alta valla, de inquebrantable muralla para oprimirte beldad".

Y ahora se extiende sobre el río coqueta y victoriosa, esta vez invicta, porque va a ser bastión de cultura y de libertad.

La vida de la ciudad y su alma y su sombra y sus mujeres y sus costumbres y sus clamores viven a través de los versos de Figueroa, de sus letrillas, de sus canciones, de sus epigramas y de sus "Toraidas", estas últimas de profunda originalidad.

El poeta es centro de las reuniones sociales de la época. Todo cambia en Montevideo. Ya no es la vida austera, rígida del Coloniaje y del Sitio de 1812. La influencia de las solemnes costumbres portuguesas es

comprobable en la ciudad. Se recuerda el baile del Cabildo de 1818, donde las grandes damas de la época y las jóvenes beldades, lucieron su donaire, su gracia, su dignidad y su belleza.

Las Viana, las Ellauri, las Juanicó, las Camusso, las Gómez, las Hordeñana, las Estrada, las Pagola, las Durán, las Pérez, las Estrada, las Muñoz, las Oribe, las Vilardebó, las Zufriateguy y como cabeza central del cuadro solemne, doña Rosa de Herrera y Basabilvaso, segunda esposa de Lecor. Y luego, en 1829, cuando Montevideo es y será para siempre Oriental, el poeta gentil y epigramático es el centro de atracción en los salones de pro. Ora en la casa de Lavalleja, en la calle de Zabala, hoy restaurada como museo colonial, donde se celebran saraos en que junto a la figura recia e indomable, del Héroe, está su esposa doña Ana Monterroso, presidiendo la reunión grave y brillante. Ora la histórica casa de Rivera, con su minarete y sus salones y en donde misia Bernardina "grande en las prosperidades y sublime en los martirios", preside las fiestas en que se congregan algunas matronas y caballeros notables. Allí están doña Consolación, doña Francisca y doña Pascuala Obes, las esposas de Nicolás Herrera, de José Ellauri y de Julián Alvarez. Doña Josefa Alamo de Suárez, doña Paula Fuentes de Pérez, doña Rosalía Artigas de Ferreira y muy joven aun, pletórica de inteligencia, de gracia y de belleza, doña María Antonia Agell de Hocquart.

Y más tarde el poeta

de rostro festivo,
de talle mediano,
que era con las damas
atento y rendido
Y que era de todos
amado y bienquisto

según los conocidos versos de su "Autorretrato" iba derramando picardía y espiritualidad por los salones.

Oribe llega a la presidencia. Figueroa sigue siendo el centro de atracción. En lo de Urtubey; en lo de Navia; en lo de Llambí, en lo de Hocquart y en lo de Lavalleja. Ante él giran beldades y matronas; políticos, generales, sacerdotes y doctores. Ora es Concepción Estrada y Viana de Urtubey, ora es Angela Furriol de Garzón, ora es Francisca Reyes de Llambí, ora es Brígida Burgues de Ximeno; ora son las Velazco; ora es Juliana Tejería de Juanicó; o Inés Pérez de Herrera o Valentina Viamonte de Illa o Juliana Lavalleja de Lapuente; o María Lucía Gómez de Arteaga; o Valentina Illa de Castellanos; o Antonia Viana de Vargas; o Juana Santurio de Montero; o Francisca Rondeau de Maines; o Petrona Reboledo de Buxareo; Josefa Herrera de Ellauri, Mónica de la Sierra, Marcelina Almeida, Teresa de Arteaga de Navajas, Carmen Alagón de Fernández, Bernardina Castilla de Arrien, María Andrés de Requena, Juana Lapuente de Ximénez, Dolores Vidal de Pereyra, Josefa Muñoz de Pérez, Dorila Gómez de Hordeñana, María Elizondo de Gestal, Isabel Navia de Rucker, Manuela Vázquez de Otero, Concepción Cervantes de Magariños, Carmen Rivera de Labandera, Felicia Peña de Bertrán, Anacleta Balbín y Vallejo de Luna, María Lavalleja de Iglesias, Juana Yañez de Gomensoro, Isabel Zufriateguy de Giró, Eumenia Lima de Castellanos, Bernabela Martínez de Herrera y Obes, Teresa Conde de Pérez, Josefa Lamas de Vázquez, Sebastiana Rodríguez de Vilaza, Ramona Pérez de Cortés, Belen Silveira de Estevez, Justa Cané de Varela, María Quevedo de Lafone, Fortunata Acevedo de Gowland, Benita Berro de Varela, Pilar Labandera de Antuña, Praxedes Bustamante de Berro, junto a su homenaje constan-

te a las San Vicente, una de las cuales fuera su segunda esposa, a las Bejar, a las Chain, a las Navia.

Llegan los románticos. Montevideo sufre el influjo de la joven generación. "El Iniciador" abre nuevas vías a la literatura y al pensamiento rioplatense. Juan María Gutiérrez, Echeverría, Cané, Mármol, Alberdi, Cantilo, Mitre, Luis Domínguez, López, Gelly, Villegas, Rivera Indarte, cantan junto a Melchor Pacheco y Obes, a Adolfo Berro, a Andrés Lamas, a Juan Carlos Gómez, y al propio Figueroa, que aunque clásico y en edad provecta, es sin duda, la figura literaria mayor de su tiempo. Llega el certamen poético del 25 de Mayo de 1841; el nuevo sitio; el salón de los "Proscriptos" presidido por una noble matrona, que lleva sangre de ambas repúblicas, hermanadas en la lucha heroica por la libertad: Doña Felipa Albín de Martínez Nieto.

Otra vez Figueroa triunfa a pesar del romanticismo y de la guerra y fiel hasta el fin a la tradición, dedica el mismo año de su muerte, en Abril de 1862, a Don Exequiel Pérez, una composición evocativa de sus antepasados, primorosamente ilustrada por el calígrafo Besnes Irigoyen.

Y así aparecen otra vez

Los Carranza, los Pérez,
Freire e Iriarte.
Navia, Tomkimson, Rucker,

nietos y bisnietos de Doña María y de Don Joaquín de Navia, vinculados al poeta por el lazo inalterable de su amistad.

Festivo o heroico; filosófico o epigramático; mordaz o solemne, Figueroa es parte del alma de la ciudad. Es su poeta, no en el sentido heroico, pero sí en la evocación de las costumbres y en la divulgación de las anéc-

dotas y en los acontecimientos menores que integran el marco cambiante de la urbe que crece y se estremece con "proscriptos e inmigrantes", pero que no pierde, en el decurso de los años, pese a lo cambiante y trágico de los sucesos, la noble raíz hispánica inicial.

La Patria ha rendido siempre a Figueroa su homenaje; en vida y después de su muerte; pronunciado su nombre o negado su nombre; en la hora de las reivindicaciones o en los momentos de olvido; pero sí cada vez, que sabiéndolo o no, un oriental en la paz o en la guerra, en la hora de las santas emociones, de las actitudes definidas o de las rememoraciones sentidas, cantó o rezó los versos inmortales, que son eternos y heroicos como la Patria misma.

Orientales la Patria o la tumba
Libertad o con gloria morir
Es el grito que el alma pronuncia
Y que heroicos sabremos cumplir.

EL SEÑOR DON ROQUE ANTONIO

"Lagos, cascadas, torrentes, rejas floridas; cielos azules y serenos como los de Italia; horizontes nublados y melancólicos como los tan alabados de Suiza; riberas apacibles y serenas; cabos tempestuosos que aterran por su gigantesca y bravía cólera... mares inmensos..." ¿Qué decir más? He ahí dibujado, el paisaje y el alma de Galicia, con concisión e intensidad admirable, por la pluma de oro de Rosalía de Castro.

De Galicia, oriundo de Queixuga, llegó joven al Presidio, que así llamaba España a sus Plazas Fuertes, a nuestro Montevideo, orgulloso de su poder, un joven emprendedor y recio. ¿Quién era ese joven? ¿A qué venía a estas lejanas tierras, que era uno de los tantos florones del inconmensurable Imperio español?

Roque Antonio Gómez venía a forjarse un porvenir y traía junto con su voluntad las costumbres y las virtudes de su tierra, llena de perfumes y de poesías y de recia fuerza creadora. Fué en la ciudad un hombre de acción y un hombre de prestancia. Se hizo rico a fuer de honesto y rico fué generoso como el que más, y como tal obrero incansable de la Santa Hermandad de Caridad, junto con Maciel el Padre Ortiz, el Presbítero Vidal, Don Mateo Magariños, Salvañach, Monterroso, Juanicó, Sagra, Ximeno. Cuando Lecor llegó a Monte-

video ya era hombre de gran fortuna el señor don Roque Antonio y jefe de un gran hogar y tronco de una familia procer cuyas ramas se incrustaron indelebles en el suelo de América.

Era lleno de méritos este gallego gran señor; pero su mérito mayor fueron, sin duda, sus hijos y sus descendientes, que no en vano será siempre blasón ser el tronco de una gran familia.

Y don Roque lo fué, cimiento vivo, de lo que hoy es tradición preciada, a pesar de que no trajo de España ni galas doctorales ni certificados de gloria. Pero era todo un hombre el señor Don Roque Antonio; generoso y piadoso como el que más. Y murió con sayal franciscano y legó a sus hijos valores espirituales de la más pura esencia. Y su lección floreció en grandes matronas y en vástagos celebérrimos. Doña Lucía Gómez de Arteaga; Doña Carmen Gomez de Nieto; fueron entre otras sus hijas todas ellas grandes señoras del Montevideo de la Independencia, del Sitio Grande y del Cerrito y de la Unión. Y sus hijos escribieron páginas de oro en nuestra historia; de heroismo glorioso con Don Andrés, soldado de Sarandí y de Ituzaingó; General de la Patria y con Don Leandro, Héroe y Martir entre el fuego dantesco de Paysandú y General de la Patria; y con Don Juan Ramón, heredero, engrandecido en la magnitud de la obra de las pristinas virtudes de Don Roque Antonio.

La Comisión de Caridad y los hospitales y Montevideo en su incesante progreso mucho le deben a don Juan Ramón Gómez, quien escribió con dignidad una vida afirmativa y progresista.

Y los hijos políticos y los nietos y los troncos que se fueron formando sucesivamente dieron al Uruguay

y a la Argentina en más de tres mil doscientos descendientes, a ambas patrias hermanas, jurisconsultos, magistrados,, militares, médicos, ganaderos, financistas, ministros, legisladores, etc. etc. de participación señalada y activa en el progreso nacional y en sucesos memorables de nuestra historia (1).

---

(1) Entre los numerosos descendientes de don Roque Antonio Gómez, por el vínculo de la sangre o por entroncamiento con sus hijas, nietas y bisnietas figuran los generales don Leandro y don Andrés A. Gómez y el general don Alfredo Lafone Gómez. los señores Juan Ramón Gómez, Francisco A. Gómez, Pedro A. Gómez, Ricardo Gómez, Francisco Hordeñana, José Vázquez Sagastume, José María y Daniel Castellanos, Luis Piera, Carlos S. de Zumarán, Aureliano Rodríguez Larreta, Luis Morquio, Eduardo Rodríguez Larreta, Rafael Schiaffino, Juan José Gomensoro, Ramón Adolfo y Manuel Artagaveytia, Oscar Hordeñana, Alberto Gómez Ruano, Juan Carlos Gómez Folle, Rodolfo y Juan José de Arteaga, Federico Capurro, José B. Gomensoro, Horacio García Lagos, Jacobo Varela Acevedo, Alberto García Lagos, Joaquín Secco Illa, etc., etc.

MELCHOR PACHECO Y OBES

Firme sí, pero arrebatador. Mezcla de hierro y fuego. Firme sí, con firmeza inquebrantable, creador de cósmicas potencias capaces de sacar de la nada fuerzas hercúleas, cual si en la tierra que iba a hacer escenario de tantas acciones heroicas, hubiese, a milenios de distancia, resucitado el mito de Anteo.

Vibra la capital presa de intensa emoción como ha vibrado ante la energía del prócer el alma de la pintoresca Villa de Mercedes, recostada coquetamente sobre las aguas de infinitos matices del Río Negro.

La traición es aniquilada; la sospecha combatida; la debilidad de espíritu vilipendiada; el egoísmo escarnecido. (1)

La Patria está en peligro; la ciudad que es bastión de cultura en el Río de la Plata, puede llegar a caer vencida ante el ataque severo del sitiador. No se pro-

---

(1) Don Javier Gomensoro le escribía a Pacheco y Obes: "Mi que-" rido Melchor: He sabido que estás reuniendo alhajas de plata para " el noble objeto de consagrarlas a la salvación de la patria; de " consiguiente te remito lo único que me había quedado, y siento a " la verdad no tener la décima parte de lo que... tiene a salvo, o " de lo que guarda en sus ferradas arcas el señor..., pues te lo " habría mandado con el mismo desinterés, porque no es patriota " el que no está dispuesto a dar por la patria la última gota de san-" gre, el último medio, y aún más, todas sus esperanzas de bienestar " sobre la tierra." — (José Salgado: "Historia de la República Oriental del Uruguay". Pág. 416).

ducirá, sin embargo, claudicación alguna, porque estará siempre presto a estimular a las pasiones nobles, a loar al heroísmo o a comprender el alma de un pueblo, Melchor Pacheco y Obes. Hay un estratega insigne: Paz; un Presidente, digno y austero: Joaquín Suárez; un caudillo genial; Fructuoso Rivera; un estadista sabio: Santiago Vázquez; y un publicista joven; de valores señeros. Andrés Lamas.

Y junto a ellos, figuras centrales del drama que se inicia, hombres que empuñarán el sable y el fusil, y hombres que escribirán con sangre un credo político y una doctrina moral. En el inmenso crisol que es Montevideo se funden los corazones que aman la Libertad. Pasan como sombras, o como varones fuertes de definidas aristas y todos contribuyen, en grado más o menos eminente a dar un soplo vital a la ciudad sitiada. Están allí, Florencio Varela que ejerce su magisterio intelectual sobre los "proscriptos"; Francisco Joaquín Muñoz, cargado de servicios a la Patria, financista de nota y padre de héroes; los grandes capitanes de la Epopeya de América o de la epopeya del Plata Enrique Martínez, Rufino Bauzá, Nicolas de Vedia, José Rondeau, Félix de Olazabal, Martín Rodríguez. Y los jóvenes, muchos de ellos compañeros de Pacheco en Sarandí y en Ituzaingó ,coroneles de la Patria o soldados ciudadanos que luchan por la libertad escarnecida: Venancio Flores, César Díaz, José María Muñoz, Jacinto Estivao, Juan Andrés Gelly, Javier Gomensoro, José María Solsona, Bernabé Albín, Lorenzo Batlle. La guerra todo lo conmueve. Un día son los legionarios galos los que cambian la "cucarda" tricolor símbolo de las glorias imperecederas de Francia, por la "cucarda" nacional, que es un trozo de nuestro cielo indeleblemente grabado sobre tan nobles corazones.

Pacheco exclama:

"Franceses: nunca fuistéis más dignos de este nombre que cuando para conservarlo puro os habéis resuelto a no ostentarlo; ni qué palabras bastarían a expresar el elogio de ese acto ante el cual temblará el tirano argentino allá en el antro de sus crímenes. Dignos sois de su cólera porque de su amor son sólo dignos los malvados.

"Franceses: el día del peligro tendréis la derecha en nuestras filas y de hoy para siempre el primer lugar en nuestros corazones. La única conquista que esta tierra podría sufrir hoy, vosotros se la habéis impuesto; si, habéis conquistado su amor, su gratitud, su admiración de un modo indeleble.

"Cuando la resolución que excita vuestros entusiasmos traspase el océano, la gigante nación se pondrá en pié, os batirá las palmas y llena de orgullo exclamará: esos son bien dignos de pertenecerme, bien dignos del nombre francés: ¡ellos han salvado entre peligros la gloria de la Francia". (1)

---

(1) Sin embargo, la víspera a la tarde, la Legión se había reunido en la plaza Constitución, y de allí había salido para el campo de maniobras, donde la esperaba la multitud. El coronel Pacheco se presentó, acompañado por el coronel Flores y otros oficiales. Tomó la palabra en francés, les agradeció sus servicios, les anunció que iba a proceder a la disolución y que cada uno de los Legionarios tendría que entregar las armas. Los Voluntarios, con murmullos de descontento, depusieron las armas. Entonces el Ministro de Guerra, tomando la bandera nacional, dirigió a cada uno de los grupos palabras llenas de fuego, invitándolos a tomar la defensa del estandarte azul y blanco de la joven República, pequeña, pero heroica y llena de honor y dispuesta, si ellos lo querían, a ser su patria adoptiva.

Los Legionarios aceptaron la invitación con entusiasmo y lanzaron vivas a la libertad y a la República, mientras la multitud aplaudía frenéticamente. En seguida desfilaron, aclamando al Gobierno y al pueblo, con el que querían compartir los peligros y la gloria. A

Su voz es fuego; su vez es verbo. A la distancia se puede aplicar a su figura, depurada del barro que salpica a todos los hombres, aún a los más puros, los versos que la inspiración sublime de Zorrilla de San Martín, forjara años después.

"Es la voz de la Patria;
"pide gloria
"Yo obedezco a esa voz".

Y es por ello que Pacheco fué capaz de crear de la nada fuerzas victoriosas.

El alma de la resistencia está en él y en don Joaquín Suárez. La austeridad y el equilibrio del Presidente prócer son el pedestal en que se apoya para escribir páginas de oro, el Coronel Melchor Pacheco y Obes.

Todo lo que vino después, ya está fuera del marco de la urbe.

Pacheco es desterrado; Pacheco, pasa como un meteoro de fuego y de pasión por este Montevideo del Sitio Grande en 1846 y luego es diplomático insigne en el París de 1850.

Allá, en la "Ciudad luz" redivive sus hazañas. Llega un día en que la gran capital vibra al unísono con el alma del joven General de América, y vibra porque su palabra es el espíritu de la ciudad inmortal que él de-

---

la cabeza marchaba Thiébaut, llevando la bandera del Uruguay.

Unas horas más tarde, los Voluntarios hacían llegar al coronel Pacheco el siguiente documento:

"Al señor ministro de la Guerra:

"Los jefes, oficiales y soldados de la Legión dicha de los Voluntarios, representados por los suscriptos, instruídos del contenido de las últimas disposiciones del Gobierno Francés, comunicadas por el Sr. Contralmirante Lainé, comandante, etc., que exige del Gobierno

fendiera con indomable energía en los días aciagos de 1843. Y cuando regresa para ser cabeza de un movimiento político intenso y trepidante (el de 1853); y cuando es herido de muerte por el dardo de la insidia en el "juris" de 1854, el soldado, el político y el hombre, vencedor o vencido, no son más que nuevas expresiones de los días memorables del comienzo del Sitio.

En el decurso de nueve años pasaron muchas cosas; la vida cultural de la Defensa fué floración magnífica, hasta hoy insuperada. La ciudad conoció del heroismo de Paz y de Rivera y de Bartolomé Mitre y de Marcelino Sosa y de César Díaz y de Gelly y de Estivao. Y de la santa indignación de Varela y de Mármol y de Lamas y de Echevarría y de Rivera Indarte. Agüero, Pico, Somellera y Alsina, convivieron con Castellanos, con Alvarez, con Vega, con Araucho.

Manuel Herrera y Obes fué el piloto genial del fin del Sitio y Eugenio Garzón comandó en Jefe el ejército oriental, a raíz del Acuerdo memorable de 1851.

---

de la República Oriental el desarme inmediato de dicha Legión, sin otra alternativa que su disolución o las hostilidades de las fuerzas francesas, han decidido unánime y espontáneamente tomar una resolución que satisfaga en todo los pedidos del señor contralmirante y evite las desgracias que podrían resultar para la República ante el conflicto en el cual se encontraría comprometido su Gobierno.

"En consecuencia, haciendo abstracción y reserva entera de todas las cuestiones de derecho y con el fin de que ese acto solemne no sea de ninguna manera causa de la interrupción de las relaciones amistosas entre los dos países, al mismo tiempo que satisfaciendo las exigencias del Gobierno Francés, los dichos jefes y oficiales, después de haber consultado a los Voluntarios, han decidido que la Legión conocida bajo la denominación de Voluntarios será disuelta, que ella depondrá las armas y objetos de guerra que le han sido confiados, expresando al mismo tiempo la satisfacción con que todos los Legionarios se prestan en esta ocasión y se prestarán siempre a todos los sacrificios que ellos crean necesarios para ase-

Pero la Defensa, que como episodio histórico es único e indivisible, no hubiese existido como tal, sin el acento creador de este poeta-soldado de pasión singular. Cuando se evocan los sucesos de hace un siglo; cuando se estudian los planos del Montevideo de 1843; cuando se venera a las matronas de la "Sociedad de Beneficiencia" cuando se analiza e interpreta la vida del Sitio en sus comienzos, mientras se contempla el Estuario, camino de civilización y de progreso, surge siempre la imagen de Pacheco, sus ojos de fuego, su melena, su barba rubia y sus rasgos inconfundibles, tal como nos ha quedado estereotipada su figura, merced al pincel maestro de Eduardo Carbajal.

---

gurar la tranquilidad y contribuir a la felicidad de este país hospitalario y generoso.

"Los suscriptos, en nombre de todos aquellos que ellos representan, nombran en Comisión y autorizan a los señores Pelabert, comandante; Choffel y Cazaux, capitanes, a fin de que ellos presenten inmediatamente esta acta, por conducto del Ministerio de la Guerra, al Supremo Gobierno, rogándole quiera conceder su aprobación. Montevideo, 11 de Abril de 1844. El comandante Pelabert, capitán Choffel, capitán Cazaux."

Por decreto, el Gobierno Oriental aceptó la disolución de la Legión. El acto terminó con estas palabras elogiosas: "El Gobierno reconoce y aprecia todo el mérito de ese acto y transmite al porvenir y a la República el cuidado de recordar los altos hechos, la nobleza y el amor a la libertad de todos los individuos que tan dignamente componían la Legión disuelta. Que la publicación de este acto solemne y del presente decreto sea un monumento eterno de gratitud a los servicios prestados por esos hijos de la libertad.

"' Montevideo, 11 de Abril 1844. Joaquín Suárez, Santiago Vázquez, M. Pacheco y Obes, José de Bejar."

Al día siguiente, otra Comisión de oficiales entregaba al Gobierno Oriental el siguiente documento, cuya importancia es evidente:

"Los suscriptos que, anteriormente, formaban parte de la Legión dicha de los Voluntarios, hoy día disuelta, habiendo devuelto

al Gobierno de la República las armas confiadas a dichos voluntarios, organizados en cuerpo para la defensa de sus intereses, de su vida y de la de sus familias, tanto en su nombre como en el de todos, queriendo que esta organización militar, desaprobada por el Gobierno Francés, no sumerja a esta República en embarazos más graves que los que ya corre, sin renunciar asimismo al derecho de legítima defensa que nos llevó a sostener la causa de la República; no queriendo abandonar nuestra primera idea, y siendo ésta incompatible con nuestra nacionalidad, los suscriptos, que han formado parte de la Legión de Voluntarios, renuncian formalmente a la protección que, como Franceses, les ofrece el pabellón de Francia.

"Con este fin, nosotros solicitamos ser colocados bajo la bandera de la República como ciudadanos y, en esta calidad, ser enrolados en sus líneas para sostenimiento de la causa que ella defiende. En consecuencia hemos encargado a Mr. Brie, al comandante J. Labastié, Sres. Affre, Yroumé, Soubiran, capitanes, el presentar este documento a S. E. el señor Ministro de la Guerra, rogando al Gobierno quiera tomar una resolución tan pronta como lo son los deseos ardientes de los peticionarios para probar al enemigo que nos asedia que los que fueron Legionarios están dispuestos a someterse a toda clase de sacrificios para continuar la lucha, empeñada por el sistema de la civilización y de la libertad."

Respondió así, el General Pacheco:

"Montevideo, 12 de Abril de 1844.

"El Gobierno de la República Oriental del Uruguay,

"Visto el pedido redactado por los miembros de la ex Legión de Voluntarios, el Gobierno, reservándose el derecho de dar cuenta inmediatamente a las Honorables Cámaras, declara ciudadanos Orientales a todos aquellos que individualmente se presentan para obtener este título, y acepten los servicios para los cuales la ley los destine.

"El Ministro de la Guerra expedirá las órdenes y medidas necesarias a tomarse para el enrolamiento y la organización de los individuos que los soliciten. Montevideo, 13 de Abril de 1844."

En consecuencia, Melchor Pacheco y Obes dictó este decreto:

"Artículo 1º. Todos los individuos naturalizados Orientales quedan organizados en batallones de guardia nacional. Art. 2º. De estos batallones se formará una legión, llamada "2ª Legión de Guardias Nacionales de infantería". Art. 3º. Será nombrado jefe de esta Legión, con el grado de coronel, don Juan Crysóstomo Thiébaut."

ANDRES LAMAS

Miembro fundador del Instituto Histórico y Geográfico de 1843; miembro fundador del Instituto de Instrucción Pública de 1847; miembro correspondiente del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro y del de la Confederación argentina; abogado, magistrado, jefe político, ministro de Estado, diplomático, periodista, historiador, sociólogo; todo eso lo fué, sin duda alguna el Dr. don Andrés Lamas, a quien sus contemporáneos llamaron sabio y maestro ilustre y a quien la posteridad ha consagrado como la figura intelectual más grande de su tiempo.

Pensador y sociólogo cuando aún la Sociología no había alcanzado jerarquía de ciencia propia; sociólogo profundo de integrales visiones expresadas sobre todo en el prólogo de su libro "Rivadavia" que forma conjuntamente con su prólogo a las Historias de la Conquista del Paraguay y del Río de la Plata, del Padre José Guevara y a la del Padre Jesuita Pedro Lozano sober el mismo tema, las más altas producciones del polígrafo ilustre, junto con los primeros capítulos de su magistral libro inconcluso: "El Génesis de la Revolución e Independencia de la América Española" editado en Buenos Aires en 1889.

Hay una unidad en la trayectoria luminosa de la vida del prócer pese a lo cambiante de la política en la cual tuvo actuación tan señalada.

Es su pasión por el estudio y fundamentalmente por los estudios históricos y geográficos. El diplomáti-

co y el poltíico encontraron en el historiador y en el geógrafo sólidas bases, para la acción pública. Y en las horas de prueba en que viviera el Dr. Andrés Lamas, jamás perdió la característica fundamental de su existencia preclara.

Andrés Lamas nació en Montevideo, el 10 de Noviembre de 1817, siendo sus padres Don Luis Lamas y Doña Josefa Alfonsín. Recibió así, desde niño, el influjo cultural superior de una gran familia y de un gran hogar. Su padre, Don Luis, fué constituyente de 1830, Jefe político y ciudadano de larga actuación pública. Fué su tío Don José Benito Lamas, el franciscano expulsado por patriota en 1811; el sacerdote mártir y el catedrático ilustre de Teología y de Moral dogmática en los cursos de 1837 cuando las cátedras eran ocupadas por aquel sacerdote, por Don Joaquín Pedralves, matemático de gran renombre y por los doctores Pedro Somellera y Alejo Villegas. Y fué también tío suyo, por entroncamiento con Doña Josefa Lamas, el Dr. Santiago Vázquez, considerado como el estadista más grande de su tiempo; y su primo que era como un hermano de él, ya que ambos jóvenes vivían en casa de Vázquez, el Dr. Francisco Hordeñana, otra gran figura, un poco olvidada, diplomático y orador de nota, quien como Ministro de Relaciones Exteriores y como diputado, definió una gran personalidad.

A los 17 años comienza Lamas a actuar y no tenía 20 cuando fué desterrado y nada menos que en compañía de Don Bernardino Rivadavia, hasta ese entonces estanciero en Colonia, estadista insigne, jefe de los Unitarios y a quien Lamas, medio siglo más tarde, iba a dedicar su mejor libro. Va desterrado al Brasil en 1836 y va a volver en 1847, como Ministro plenipotenciario, ya abogado, después de haber rendido un memorable examen, después de haber sido director de

"El Iniciador", revista cuya importancia trascendente ha sido reconocida en la Historia del Río de la Plata; después de haber sido fundador de "El Nacional", secretario de la Presidencia de la República, agente diplomático confidencial y fundador del Instituto Histórico y Geográfico.

La Jefatura política de Andrés Lamas al iniciarse el Sitio de Montevideo integra uno de los capítulos más hermosos de la vida del prócer. En la Presidencia de la República está el patriarca Joaquín Suárez; equilibrado y sereno, dispuesto una vez más a ofrendar a la Patria su experiencia, su desinterés y los valores de su espíritu ponderado y ecuánime; en el Ministerio de Guerra, está vehemente, arrebatador, presto a escribir con su espada de fuego una epopeya, el Coronel Melchor Pacheco y Obes; comandante militar de la plaza, es el ilustre argentino, José María Paz, el primer estratega de su tiempo; y es jefe político Andrés Lamas.

Desde la Jefatura se lleva a cabo una labor inmensa; social, cultural, política. Desde esa época data la solemnización de los aniversarios más gloriosos de la República y mucho a sus empeños por la difusión de la instrucción, a la cual Lamas iba a dedicar nuevos esfuerzos, al ser miembro fundador del Instituto de Instrucción Pública, en Setiembre de 1847; la reforma de la nomenclatura de las calles de Montevideo y la creación de la primer moneda nacional, con estudios de economista, que publica en esa época y que va a aplicar poco después, como ministro de Hacienda de Joaquín Suárez.

Llega así la etapa culminante al ser enviado como Plenipotenciario ante la Corte imperial de Río de Janeiro.

Entre el año 1847 y el año 1875, Andrés Lamas fué diplomático, viviendo casi constantemente en Río de Janeiro o en Buenos Aires.

Su obra fué inmensa, preponderante y en algunos momentos su actividad fué decisiva.

En la alianza del Brasil con el Gobierno de Montevideo y con el Gobernador de Entre Ríos, capitán general Don Justo José de Urquiza; en la liquidación, trágica, pero liquidación al fin del secular pleito de límites entre España y Portugal, en 1851; en los Tratados de límites y de navegación en la misión confidencial que cumpliera ante el gobierno de Mitre, por encargo del Presidente Berro en 1863; en sus magníficos y estériles esfuerzos para evitar la inevitable guerra de la triple alianza; como pacificador de la Convención Flores-Villalba en 1865; en la defensa magnífica de nuestra bandera, que los brasileños arrebataran al heroismo de Leandro Gómez y de sus valientes en Paysandú; y en su obra sutil de diplomático en 1871-72, hasta lograr la paz de abril, Andrés Lamas puso de manifiesto excelsas dotes de diplomático.

El pacto de Abril de 1872 es una fecha fundamental en la historia de la República. Fué Andrés Lamas conjuntamente con Manuel Herrera y Obes y José Gabriel Palomeque, obrero de la concordia nacional, sostenidas las aspiraciones por la patriótica y firme decisión del presidente Gomensoro. Los delegados revolucionarios, que actuaban en Buenos Aires, Cándido Juanicó, José Vázquez Sagastume, Cristóbal Salvañach y Estanislao Camino, tuvieron que ceder ante la dialéctica de Lamas. Y así el Convenio del 6 de Abril fué la última etapa pública del prócer, fugaz ministro de Pedro Varela en 1875 y luego retirado a Buenos Aires a su vieja casa de la calle de la Piedad, el centro de reunión de más alcurnia intelectual del Buenos Aires del 80

al 90, en su escritorio rodeado de valiosos ejemplares de ediciones del Perú, del Virreynato, o de los Jesuítas, cubiertos los muros de armas indígenas, de retratos de famosos pinceles o representativos de escenas de personajes célebres de América, según la conocida evocación del personaje, que escribiera Pablo Blanco Acevedo, como prólogo a sus Escritos Selectos.

Hace ya unos años, una tarde fría me encontraba, en su residencia de la calle Wáshington, conversando con el Dr. Manuel B. Otero sobre el problema de la legislación agraria. El ilustre hombre público recordaba un debate memorable de nuestra Cámara del 88 en el cual tomara parte, en una discusión famosa en la que intervinieron Martín Aguirre, Francisco Bauzá y Carlos María Ramírez. De pronto me dijo el Dr. Otero: aquellos grandes hombres, que fueron mis adversarios en la discusión del 88, no sabían mucho, en verdad, del tema. Yo, que tenía 30 años, agoté entonces, para medirme con ellos, el estudio del asunto. En potencia o en realidad, lo que mejor se había escrito era al respecto, sin duda, lo de Andrés Lamas. Yo lo conocí y traté. Lamas estuvo muy vinculado a mis familiares y fué emigo de mi padre, Secretario de Legación en Río de Janeiro cuando presidía la Embajada don Francisco Magariños. Lamas, de joven, bebió la magnífica cultura imperial de Río de Janeiro. Y nadie como él sabía más de legislación agraria, en su época, en los comentarios que acertadamente hizo a la enfiteusis de Rivadavia.

¡Y además, que colecciones y qué erudición para tratar todos los temas!

Ese juicio sobre Lamas me lo hacía reverente y con sincera admiración un gran erudito. La sala estaba rodeada de preciosas porcelanas y de raros libros. Era

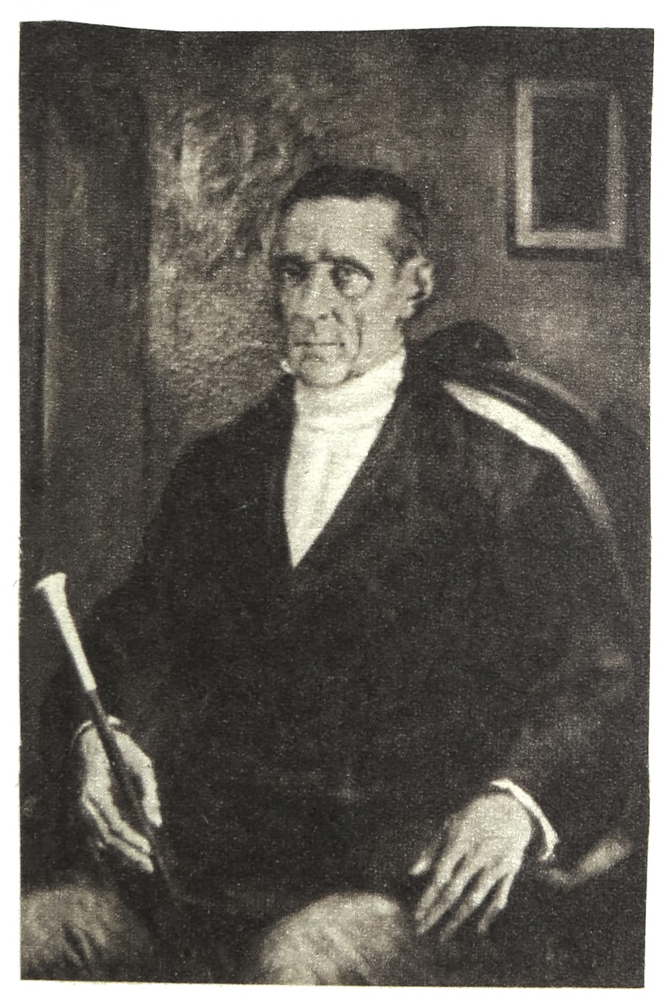
en pequeño, porque nada en verdad podía resistir comparación con aquel ambiente, un escritorio como el de Andrés Lamas. Un escritorio y una biblioteca que eran lugar para meditar y para profundizar los temas más diversos en la afirmación y progreso constante de la cultura.

El juicio de Otero, era el juicio de todos sus discípulos y de todos sus contemporáneos. Mitre y Sarmiento y Avellaneda y Juan Bautista Alberdi y Vicente Fidel López y Pedro Goyena, le dedicaron los elogios más extraordinairos y Angel Justiniano Carranza cuando el prócer murió, dijo en nombre de los intelectuales argentinos, las palabras definitivas que han quedado grabadas en el bronce, mientras los restos de Lamas eran velados por Pellegrini, por Mitre, por Roca, por Guido Spano, por los Varela, por Agustín de Vedia, por Ernesto Frías, por Carlos María Morales, por Juan Angel Golfarini —orientales y argentinos— que vivían entonces en Buenos Aires.

En el diálogo inmortal de la ciudad sitiada, Andrés Lamas con Melchor Pacheco y Obes, con Echevarría, con Alberdi, con Mármol, con Vilardebó, con Cané, con Manuel Herrera y Obes, con Fermín Ferreyra, con Florencio Varela, con Florentino Castellanos, con José Rivera Indarte, dió impulso vital al segundo gran período de la Historia Americana en el siglo XIX. Fué en Montevideo donde conoció y trató, también, a los forjadores de la independencia.

Cuando Lamas se hizo definitivamente cargo de nuestra Legación en el Brasil e inició su famosa compilación para escribir la historia del Rio de la Plata, cuyos primeros capítulos publicara, en 1889 bajo el título de "El Génesis de la Revolución e Independencia de la América Española", ya habían desaparecido gran parte de los actores del drama.

Cuando Lamas inició sus trabajos vivían casi todos. Y Lamas los trató íntimamente. Agregó así a sus dotes eximios de investigador y de escritor la fuerza de la tradición oral que él tomara de labios de Rivadavia, de Joaquín Suárez, de Santiago Vázquez, de Martín Rodríguez, de Fray José Benito Lamas, quienes en la guerra y en la actividad civil, tanta y tan señalada actuación tuvieran en los sucesos que iba y que comenzó a analizar, con su formidable espíritu de investigador y de crítico.



RETRATO DE JOAQUIN SUAREZ
Oleo de Eduardo Amézaga -

UN EPISODIO DEL MONTEVIDEO DE 1857

Era la oración. Una tarde apacible terminaba. Doña Lola y sus hijos iban a sentarse a la mesa luego de cumplir con los rituales comunes a todo hogar tradicional; y en aquel marco austero, dió comienzo la plática amable, bajo el resplandor del crepúsculo que se apercibía a través de la ventana del severo comedor.

La digna dama era tronco de una familia prócer. Hija de un antiguo Regidor de Montevideo, había unido su vida en los albores del romanticismo rioplatense con el que fuera más tarde el Capitán Norberto Acuña. Sus amores fueron un gajo del auténtico espíritu de la época. Soñó con quimeras y gustó en el noviazgo de las frases amables y de los versos inspirados de Adolfo Berro y de Florencio Balcarce, ídolos de sus devaneos literarios. Esposa y madre, vió coronadas sus ilusiones. La guerra, sin embargo, iba a dejar su huella trágica en el ambiente austero; el Capitán Norberto Acuña, ofrendó como suprema adhesión a la causa de Montevideo, su varonil figura, abatida en un combate recio en que los defensores de la plaza hicieron alarde de valor, frente a las filas sitiadoras. Doña Lola, viuda en plena juventud, supo así temprano del estoicismo y del dolor; y consciente de sus deberes de madre, trató de burilar los caracteres de sus tres hijos —dos niños hermosos y una niña suave como una ilusión— que tuviera como esposa del Capitán Norberto Acuña.

Pasan los años. El Tratado del 8 de Octubre de 1851, confunde en fraterno abrazo a los orientales divididos, pero la paz sólo sería un remanso entre los actos del pasado y los que iban a acontecer en la lucha de las ideologías opuestas.

Crecieron los hijos de doña Lola, venerando la memoria de su padre y se afirmaron en la idea de que era necesario sacrificarlo todo, para consagrar los postulados que aquél defendiera con denuedo singular.

Norberto se llamaba el mayor de ellos. Frisaba, en ese entonces, en los 17 años. Mitad hombre y mitad adolescente, evocaba con entusiasmo, en las horas de la tertulia familiar, la figura del padre que conocía, por sobre todo, a través de las narraciones de doña Lola. Y su voz varonil, dominaba el plácido ambiente presidido por la madre, en el que la risa candorosa de la niña o la voz atiplada del menor de la familia, se dejaban oír, de tiempo en tiempo, para contestar una pregunta o comentar levemente alguna frase de la conversación, mantenida entre el primogénito y doña Lola.

—Es posible que parta—dijo de pronto Norberto. El gobierno que soportamos se ha pasado con armas y bagajes a las filas del Cerrito; de la tradición de la Defensa no queda ya nada y el digno ciudadano que fué Jefe y amigo de nuestro padre, se sindica como el posible promotor de una revolución. Si se levanta en armas yo integraré las filas de su ejército. Una fuerza interior me obliga a ello. Sería indigno de mi estirpe y de mi nombre, si no ofreciese mi sangre a la gran cruzada redentora; estoy dispuesto a morir por la Patria y nada ni nadie me detendría en mi propósito.

Doña Lola miró a su hijo. Un sentimiento indefinible la embargaba. Aquel retoño de su cuerpo —pedazo de su corazón— quería partir. En el tiempo los sucesos

iban a repetirse y quizás dentro de pocos meses, otro Norberto Acuña, iba a escribir su nombre en el martirio, a costa de su dolor.

Trató de disuadirlo. Fué vano intento. Y entonces con habilidad bien femenina pensó que lo mejor sería no insistir más y mirando a Norberto con indefinible dulzura, le dijo:

—Hijo mío, el paso que vas a dar es muy grave; si no te parece mal, conversaremos mañana a ese respecto, en un ambiente más sereno. Y levantándose, llevó a su hija —que había oído la conversación aterrada— hacia el interior de la casa.

Al día siguiente, la niña se sintió enferma. Una desazón indefinible había hecho presa de todo su ser y la madre, al oír los quejidos de su hija, llamó a Norberto para que fuese a buscar al médico amigo, que era consejero y mentor de la familia.

Presto llegó el Dr. Vilardebó. Era un hombre simpático y de modales distinguidos. Su presencia daba ánimo aún en los más timoratos; tal la justa fama de su auténtico saber. Y cuando hablaba con reposo y dulzura, parecía que un soplo de su espíritu selecto, engrandecido en el contacto de las ciencias naturales y en la amistad de los grandes maestros de Europa, se transmitía al oyente, llevándolo hacia una esfera de seguridad y de optimismo.

El sabio miró a la niña, a quien conocía desde hacía tiempo. La palidez de cirio de Margarita —así se llamaba la hermosa joven— había desaparecido, y el cuadro clínico se asemejaba al de la peste mortífera, que según el decir de los hombres de ciencia de la época, se había salvado del diluvio en el Arca de Noé, para hacer eclosión, contaminando el aire, en las islas del Mar de las Antillas.

Por razones aún no bien explicadas, la fiebre icteroide se había extendido por el mundo y pronto Montevideo iba a ser presa de la peste, cuyas características esenciales, creía haber descubierto en la niña enferma, el Dr. Vilardebó.

Tranquilizó el médico a la madre; tuvo palabras de afecto para la niña y se retiró a meditar. Ese día el sol había bañado las blanquecinas azoteas de Montevideo en una fiesta de alegría y de color.

Sin embargo, la apacible ciudad podía ser presa de la peste. Cavilaba sobre ello Vilardebó, cuando fué alejado de sus meditaciones por un nuevo llamado. Analizó al enfermo y encontró un cuadro clínico semejante al de Margarita. No le cabía ya duda; Montevideo iba a pagar doloroso tributo a la fiebre amarilla.

Vilardebó fué el día siguiente a lo de doña Lola. En forma vaga se había extendido la noticia de la epidemia por la urbe y cuando el médico llegó a aquel hogar, todos los problemas habían desaparecido, ante el dolor de los familiares, afligidos por la enfermedad de Margarita.

La blanca niña no era ya más la blanca niña. La "máscara amarilla" se dibujaba en ella con todas sus características y sus ojos negros profundamente evocativos y su tez con irisaciones de marfil, iban a desaparecer quizás para siempre.

Su cara abultada estaba teñida de un color rojizo, sus ojos brillantes y húmedos, sus conjuntivas sanguinolentas y sus pupilas dilatadas, proclamaban a todos los vientos la índole de su mal y con su mal venía la desesperanza, pues la peste era mortífera y nada concreto se sabía de sus orígenes, ni era fácil vencer a la muerte en acecho que allí se cernía soberana.

La madre inquirió al médico multitud de datos acerca del estado de su hija.

Vilardebó la miró fijamente, le dió a conocer su diagnóstico y dispuso que junto con los estimulantes generales destinados a sostener el ánimo de la joven se hiciesen en el dormitorio y en la casona señorial, instilaciones de ácido fénico para destruir el "aire pestilente".

La epidemia había estallado en la ciudad. El horror colectivo se extendía a todos los ámbitos de la capital y mientras algunos pagaban rápido tributo a la muerte, Margarita en su lecho agonizaba. El proceso fué largo. Al cuarto día de caer enferma pareció recobrar su estado normal; la risa argentina que era el encanto de su familia se dibujó en los sonrojados labios y con la risa cesaron los dolores, cesó la fiebre y quedó solo el tinte amarillo como señal de la enfermedad.

La esperanza renació en el hogar, pero duró poco tiempo. El segundo período del mal estalló días después. Una fiebre alta se dejó sentir y la ictericia fué de más en más pronunciada, a medida que las horas pasaban. En pocos días se extendió sobre la piel de Margarita una gama integral del amarillo. Al rojo oscuro de los primeros momentos siguió el amarillo claro de las conjuntivas para llegar al amarillo intenso en los días de profundo estupor.

Como si una trágica e inmutable fuerza uniera en un lazo indisoluble el color y la vida, a medida que el amarillo se intensificaba, la niña sufría más. Y una tarde ante el dolor contenido tras sobrehumano esfuerzo por la madre y ante el sollozo de sus hermanos, la niña entre el consuelo espiritual de Fray José Benito Lamas y el consuelo físico y moral del Dr. Vilardebó, entregó su alma al Creador.

Pocos días después, en medio del sufrimiento colectivo, la peste abatía a Vilardebó y a Lamas, a los

hombres que habían querido oponer una resistencia tenaz a la mano aleve de la Naturaleza. Y con Vilardebó y con Lamas, la peste se llevó a dos esforzados paladines, que habían sabido heroicamente cumplir con su deber.

*
* *

Doña Lola después de la muerte de su hija quedó en un estado de éxtasis doloroso, rayano en la neurosis. No podía contemplar para nada el amarillo; le parecía que el color fatídico en sus cambiantes multiformes encerraba el dolor de Margarita que la miraba desde el más allá. El invierno de 1857 lo pasó entre el cementerio y la oración y cuando vino la pirmavera, las primeras rosas fueron a cubrir con sus pétalos blancos, la losa fría donde Margarita descansaría eternamente.

*
* *

El ambiente político se agitaba. En las postrimerías de Diciembre partió una noche de improviso Norberto, con destino a Buenos Aires, para engrosar las filas revolucionarias de César Díaz. Doña Lola al despertar al día siguiente supo de la trágica realidad y sintió un desgarramiento intenso, al comprobar que su hijo —nuevo Norberto Acuña— iba como su padre a ofrendar la vida en aras de un ideal. Desesperada luego de orar fervorosamente, se dirigió hacia la Bahía. El aire fresco de la mañana acarició su tez, prematuramente marchita.

Miró hacia lo lejos y no vió otra cosa que el mar intensamente azul que se perdía en el cielo al llegar al horizonte lejano. Alguna que otra blanca nube re-

corría el espacio en la placidez de la mañana y hacia el oeste al verdor del Cerro coronaba el paisaje cambiante y hermoso.

Doña Lola miró el mar; miró fijamente al agua que servía de vehículo al velero que conducía a su hijo al destierro y a la muerte. Se quedó pensativa y sin saber por qué permaneció allí varias horas. El sol de Diciembre, cada vez más intenso, hizo cambiar las características del cuadro. Los tonos del gris y del verde del Cerro fueron desapareciendo ante la intensidad del amarillo.

El sol continuaba brillante y el mar reflejaba con júbilo ese brillo de oro.

La playa y el atracadero, cuña incrustada en el Estuario, se tiñeron de color amarillo y un grupo de gaviotas enervadas por el calor, hicieron creer, de pronto a doña Lola, en su imaginación, que aquellos pájaros estáticos que a ella se le parecían de plumaje amarillo, al dormitar sobre las peñas bañadas de oro, de azul y de blanco espumoso, se habían constituído en su trágico símbolo. Cerró los ojos. Tuvo la sensación de vivir dentro de un país extraño en que todas las gamas del color que implacable la perseguía, desde que perdiera a Margarita, se le aparecían con rapidez vertiginosa, mientras la playa y la costa brillaban de manera singular.

Se desmayó. Manos amorosas la reintegraron a su hogar. Desde ese día y cada vez más reconcentrada, pensó en el oscuro porvenir. Una tarde de Febrero recibió trágica noticia; su hijo había sido fusilado en Quinteros en medio de un verde panorama bañado por el sol.

El destino había sido con ella implacable. Miró hacia arriba; hacia el lugar donde se hallarían los seres

queridos. El cielo estaba intensamente azul, el sol quemaba y unas blancas nubes —navegantes que cruzan el espacio en los días serenos— daban al cuadro una intensa sensación de optimismo y de vida, como si frente al sacrificio de la madre y al sacrificio de los héroes y de los mártires, tejiesen un canto de fe al porvenir.

Las nubes recorrían el espacio vencedoras del tiempo, y en su incesante renovar anunciaban el imperio de la tolerancia y de la libertad y el triunfo de la ciencia, cimentadas en el sacrificio y en el dolor.

LA PAZ DE ABRIL

No ha sido vana la tratativa diplomática.

Dos grandes maestros de esa disciplina, tan sutil y compleja, han sido los obreros inconsables de la Pacificación. Han limado asperezas; han hecho comprender a los más recalcitrantes, que nada se gana y sí mucho se pierde con mantener tensas las líneas, en una lucha sin cuartel, iniciada en 1863.

El General Flores cayó asesinado en un día trágico de Febrero de 1868; Bernardo P. Berro, pagó, también, en ese día luctuoso, con el precio supremo de la vida, la enérgica definición de su sentir político; y desde Mayo de 1870 ha corrido a raudales, la sangre oriental. Severino; La Unión; el Sauce; Manantiales. Sangre y pasión entremezcladas impiden el progreso del país, hasta que Manuel Hererra y Obes y Andrés Lamas —los eximios estadistas que actuaron en los días finales del gran Sitio— en preminencia singular, encuentran una fórmula salvadora. La recogen Tomás Gomensoro —el Presidente prócer del 72—, Jacinto Villegas, el mediador diplomático y José G. Palome que, el mediador político, y así es como el 6 de abril de ese año memorable, se firma la paz.

Vibra la ciudad en luz de espíritu. Las campanas son hechadas a vuelo. Los pobladores se arremolinan en la Plaza de la Constitución, girón de patria incrustado en el corazón de la ciudad, mientras en el "Fuerte de Gobierno", la Casa que fuera de los Gobernadores de muros sombríos y de historial intenso, el Presidente Gomensoro y sus Ministros —don Emeterio Regunaga,

don Ernesto Velazco y el General don Juan Pedro Rebollo—, reciben la pleitesía emocionada de todo un pueblo.

Donde antes había sombras, reina la luz. Todo vibra al unísono de ese soplo vital y la juventud —gloriosa juventud que desde 1868 viene escribiendo páginas de oro y de fuego en nuestra Historia— se reune para loar a los pacificadores y para glorificar a la Patria engrandecida a consecuencia del abrazo de Abril.

"Montevideo está loco, pero loco de júbilo, porque se ha firmado la paz", decía **"El Siglo"** en su edición del 7 de Abril. El "espectáculo es espontáneo e indescriptible", agregaba, comentando los sucesos, mientras se programaban las fiestas, que duraron 15 días, dejando imborrables recuerdos en quienes vivieron tan extraordinaria y justificada exaltación.

Un día de Abril, los niños, congregados en la Plaza de la Constitución, cantaron el "Himno Nacional". Las notas sonoras y los versos inmortales de Acuña de Figueroa, llegaban hondo a la muchedumbre y era el supremo homenaje de nuestro pueblo a la Patria y a sus hombres dirigentes, mientras la juventud se reunía en ese mismo día en memorable banquete, torneo de oratoria y fiesta del espíritu, que fué arranque de los otros trascendentes sucesos que acontecieron a partir de fines de 1872. Eran figuras centrales de aquel ágape, como organizadores, jóvenes ilustres: don Pablo de María, don Alberto García Lagos, don José Pedro Varela, don Carlos María Ramírez, don Aureliano Rodríguez Larreta. "Blancos y Colorados" se abrazaron en esos días memorables de Abril. En el banquete se oyó primero, la voz fuerte y de varonil timbre del Coronel don Emilio Vidal. Se oyó luego la palabra de corte clásico de don Mateo Magariños Cervantes; luego la llena de inspiración de Francisco Estrázulas; y, por fin, la de arrebatadora elocuencia de Carlos María Ramírez.

Don Gonzalo Ramírez, futuro maestro del Derecho, brindó en verso: "Volvían a la Patria los suspirados días, de luz y de esperanza de rendición y paz", decía el orador. Y en verdad que volvían; porque en medio de patriótico entusiasmo, la paz que "es de los pueblos manantial de vida y la fuerza que inspira la realización de ideas fecundas", fué asiento de vida y canto de esperanza en busca del progreso tanto tiempo anhelado. Camino abierto a todos los esfuerzos; grito que resonaba de uno a otro lado de la ciudad, mientras en el Fuerte de Gobierno, junto a los gestores de la obra fraterna, se definían las figuras jóvenes que con Julio Herrera a la cabeza, iban a defender la dignidad y el patrimonio nacional, con magnífica y aleccionadora energía, en ese mismo año de 1872. (1)

Cuadro pleno de optimismo; cuadro de intensa luz.

En la dulzura de nuestro Otoño, entre el perfume de las flores de las viejas quintas o junto a las orillas del Plata, o en la hora de la cita en la Plaza Mayor o por las calles de la ciudad, todo era optimismo y alegría, mientras a través de las rejas o detrás de los ventanales rígidos de una casona colonial, se oía alguna sonata tocada por manos tenues, expresión de amor que se exteriorizaba, al no existir ya más, merced al abrazo fraterno entre los orientales, la huella trágica de la sangre.

---

(1) Eran Senadores y Representantes, en el momento de discutirse y aceptarse el Convenio de Paz, por la Asamblea General, los señores: José D. Piñeyro, Pedro Carve, Javier Laviña, Andrés Rivas, Juan Pedro Ramírez, Miguel González Rodríguez, Pedro Varela, Manuel Solsona y Lamas, Juan Francisco Rodríguez, Cayetano Regalía, Fructuoso Guarch, Tomás Baliñas, Amaro Carve, Eduardo Chucarro, Juan José Acosta, Tiburcio Cachón, Carlos S. Viana, Pedro Márquez, Donaldo Mac-Eachen, Lino Herosa, Conrado Rucker, Fermín Ferreyra y Artigas, Martín Ximeno, Toribio Vidal, Felipe H. Lacueva, Isidoro de María, Constantino Lavalleja, Emilio Lapuente, José P. Fariní, Miguel A. Navajas, Gualberto Méndez.

CANDIDO JUANICO

"Yo no he visto hombre más perfecto, físicamente con-
"siderado, que aquél, ahora veinte años; todo era en "él hermoso y el genio de la estética parecía haberse "complacido en echar sobre su figura, a manos lle-"nas, ese misterioso incienso de la distinción que no "se compra, como los afeites de la heroína del sonado "soneto de Lupercio Argensola".

Así, comenzó su juicio póstume, Lucio Vicente Lópe, en memorable artículo que publicara en las columnas de "Sud América" al tener noticias el publicista argentino, que en una tarde melancólica de 1884, Cándido Juanicó, había rendido tributo a la muerte, sin haber sido ofendido, su cuerpo amputado, ni por la obesidad, ni por los surcos destructores de la vejez implacable.

Hasta el final de su vida, el prócer se deleitó en los juegos del espíritu conformidable erudición, apenas esbozada y con sus gustos exquisitos de gran señor, catador de lo bello y creador de lo bello, en el juego de las palabras que él modulara como nadie en el Río de la Plata, en uso de su voz magnífica y sonora, de perdurable belleza.

Leía y hablaba con elocuencia arrebatadora o con galanura sin par, en la infinita riqueza del matíz. El mismo Lucio López, en su evocación sentida, nos recuerda una visita que hiciera a Don Cándido, en 1881. Hacía cerca de un año que estaba en cama —

nos dice—; había encanecido, pero su cabello adornaba su hermosa cabeza, con la misma elegante negligencia de otros tiempos, — nos agrega — Juanicó habló aquella tarde emocionado en la evocación de sus días de juventud romática de 1830, en el París de Hugo y de Vigny, en la época de bohemia y señorío, bebida el alma de la gran ciudad, en la amistad sincera, con excelsas figuras de Francia y en amistad idestructible, con el grupo de románticos españoles que tenían a Espronceda por capitán.

¿Quién era Juanicó, y por qué de joven recibió de los grandes maestros de Europa, enseñanzas fecundas y bebió en los Salones el soplo vivificador de esa cultura que fuera su supremo patrimonio espiritual?

Recio y emprendedor; hombre de empresa; marino mercante; comerciante monopolista, amigo de banqueros y de próceres, con el palpitar en sus venas de la recia sangre balear, había venido desde Mahon, un menorquín progresista y magnífico: Don Francisco Juanicó. Traía en sus ojos y en su espíritu el valor indomable de los marinos de España y la luz del Mediterráneo, salpicado de islas, que son trozos de mito e historia. Tierra maravillosa; el mar que ciñe a las Baleares, es oro, carmin y morado y si Menorca no tiene la belleza sin par de la gran Balear, es el mismo mar azul de asombrosa variedad de tonos el que la rodea. Don Francisco Juanicó llegó a Montevideo a fines del siglo XVIII; forjó aquí su vida y fundo un hogar de pro al mezclar su sangre de prosapia balear, con Juliana de Texeira y Pagola, bella y digna; suave y de sin par distinción; española de América, inbuida de una estricta moral tradicional, católica ferviente, de-

vota singular de su marido y flor que iba a ser tronco ilustre de una gran familia, desprendida de un gajo señorial, cuya raíz directa era Jorge Burgués, primer poblador de la ciudad.

Don Francisco tuvo la preocupación ilimitada de forjar el carácter de sus hijos. Era amigo de la cultura y soñaba para sus descendientes el goce pleno del gay saber. Don Cándido, niño, fué primeramente a estudiar a Buenos Aires. Asi nos lo narra el fino espíritu de Julio Lerena Juanicó, nieto del prócer, en su precioso trabajo: "Crónica de un hogar montevideano en los tiempos de la Colonia y de la Patria vieja", que viera la estampa en la "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay". Se inscribe — nos dice — como pupilo en la Escuela Inglesa de Mr. Hyne y, además, toma de otros profesores, lecciones de gramática castellana y de latín. Juanicó se revela como estudiante excepcional, de personalidad definida, de captación profunda, de inteligencia clara, a la vez que brilla en la vida social. Comienza entonces su aprendizaje de piano. Don Francisco, juzga, que la Música es parte esencial en la formación espiritual de un joven y Cándido aprende y siente el divino arte, con admirable lucidez. En tanto, Don Francisco, ocupa en Montevideo posición espectable; recibe en su casa a Mr. Me. de Freycinet, en memorable viaje de estudio alrededor del Mundo y a la Misión Pontificia, de la cual, el Canónigo Mastai — futuro Papa — es joven e ilustre Secretario. Cándido porque asi lo quiso su padre, va a embarcarse con destino a Europa, poco después bajo el amparo de Carlos, su noble hermano mayor, en mayo de 1825.

Lavalleja ha escrito ya la epopeya luminosa de la Agraciada. Oribe se acerca a las murallas de Montevideo. La Patria renace, cuando Juanicó adolescente va a iniciar estudios mas profundos en una Escuela de Londres. Hasta 1827, permanece en la gran capital y en Febrero de 1828, Cándido Juanicó escribe desde Lieja, para dar cuenta a su padre, de haber comenzado los Cursos mayores. Sobre todo estudia música que fué la pasión de su vida y la dirección del célebre Conservatorio en que es alumno, lo elige para intervenir en el concierto ofrecido en agasajo de Guillermo de Orange. Juanicó, entra así, en contacto con Reyes y con magnates y comienza a gustar de la vida de los Salones, en la que años después, triunfaría con señorio sin par. Los estudio prosiguen. El joven oriental vuelve a Londres y sigue cursos de Derecho Natural y de Gentes; de Economía Política; de Derecho Comercial; de Historia del Comercio, mientras recibe copiosa correspondencia de su padre, sensato y recto, que le incita a trabajar con ahínco y a vivir con noble severidad. Juanicó estudia si, pero sueña y romántico se entremezcla en las luchas que conmueven a Europa en 1830, hasta que va a París, en compañía de jóvenes españoles que serán notables por su ingenio — Espronceda, Ochoa, Floran, Villalta, Madrazo — y de hijos de Sud América — Sarratea, Balcarce, Alvear, Carreras — quienes han ido a beber a París egregias lecciones.

Juanicó abreva en todas las fuentes. No sabe lo que quiere pero gusta de todo. Asiste a la batalla romántica de "Hernani"; es amigo de Víctor Hugo mientras estudia Física, Química, Matemáticas, Historia, Filosofía, humanas letras, idiomas, música. El episodio romántico no podía, en tanto, faltar. Francia no consi-

que borrar, en efecto, lo medularmente español que había en el hijo ilustre del menorquin dominador.

Pasa de los cafés del Barrio Latino, al Madrid del "Café del Príncipe". Y en Madrid se hace amigo de Vicente Fidel López, padre de su biógrafo póstumo en la tertulia del General Mansilia y de Eugenia de Montijo, Condesa de Teba, futura Emperatriz de Francia. Martínez de la Rosa, ha representado: "La Conspiración de Venecia". Van a florecer Espronceda, Larra, el Duque de Rivas, José Zorrilla. Allí está Juanicó y en esa época, es que intervienen en el romántico episodio del rapto de Teresa.

Espronceda, en carta famosa, agradece a Juanicó su intervención. Decía el poeta inmortal de **"El Diablo Mundo":**

(1) "Mi querido Juanicó:

"Llegó por fin mi Teresa a alegrar mi destierro y a regocijar "con su vista mi corazón. Aunque ya sabía yo los buenos oficios de "Vd., ella me ha contado de Vd., tantas finezas y pruebas de amis- "tad, que yo le juro a Vd., a fe de caballero, que le he de querer "como a mi mejor amigo mientras me dure la vida y que antes han "de faltar las estrellas, que se minore mi agradecimiento. Muchas "han sido mis pesadumbres pero el amor de mi Teresa me las ha "disipado ya y el recuerdo de mis amigos las han aliviado al mis- "mo tiempo".

"Siento no poderle decir a Vd., nada de nuevo. Yo ya va para "un mes que discurro por donde enlazan sus aguas el Adur y el Nive "respirando el aire puro de las montañas de mi patria. He estado "en las orillas del Vidasoa, he trepado a la cumbre de la muralla "que defiende la Francia y he tenido fijos los ojos más de una hora "en el inmenso baluarte que hace dos años tuve que atravesar ar- "ma al hombro y cantando himnos, y que ahora pasaré pacificamen- "te y tan callado como un cartujo ¡Singular condición de las cosas "humanas! o como decía un poeta ramplón de otros tiempos en "malísimo versos:

"Aprended flores de mi"
"Lo que va de ayer a hoy"
"que ayer maravilla fuí"
"y hoy sombra mía no soy"

[illegible]

Aprended flores de mí
lo que va de ayer a hoy
que ayer maravilla fui
y hoy sombra mía no soy.

No puedo [illegible] que yo en otro tiempo [illegible] de [illegible] y hoy [illegible] muy satisfecho de [illegible] y que [illegible] de [illegible] que he recorrido [illegible] del [illegible] de la [illegible] que yo he visto [illegible] hasta [illegible] las plantas de esta [illegible] que los [illegible] en pobre [illegible] todo mi corazón.

Adiós mi querido [illegible], de V. [illegible] y [illegible] que esta correspondencia no desfallezca con esta maldita de cartas, respóndame V. y así tendremos el placer de saber uno de otro desde Madrid de donde le he de contar a V. maravillas.

Adiós amigo de todo mi corazón

F. de L. [illegible]

"o lo que es mismo, que yo en otro tiempo, entré con intención de "dictar leyes, y hoy vuelvo muy satisfecho de recibirlas y que me "dejen en paz.

"Apesar de los sitios románticos que he recorrido, de la subli-"midad del Pirene, de la magnificencia del opulento Neréo que ya "he visto alzarse furioso hasta sus cimas ya besar humilde la planta "de este soberbio gigante que le sugeta; mi pobre cobeza no ha bro-"tado siquiera un verso! ¡Tan ocupada estaba del único pensamiento "que siempre la agita y que llena todo mi corazón!

"Adios mi querido Juanicó, de Vd., expresiones y abrazos a "Ochoa y si Vd., quiere que esta correspondencia no de fin con esta "malhadada carta, respóndame Vd. y así tendremos el placer de sa-"ber uno de otro desde Madrid de donde le he de contar a Vd. "maravillas.

"Adios, suyo de todo corazón.

J. de Espronceda."

Juanicó vuelve a la Patria a fines de 1834. Llega a un medio aldeano, después de haber tomado el pulso a las revoluciones europeas de 1830; de haber vivido en Londres, en Madrid y en París y de haber recibido las enseñanzas o la influencia de Alberto Lista, de Roger Collard, de Víctor Cousin y de Jouffroy, o de haber convivido con los poetas románticos excelsos y gustado de las mayores exquisiteces de la sociabilidad y del espíritu. Sufre y se reconcentra y vuelve a estudiar, a partir de 1836, en Buenos Aires y luego en la Academia de Jurisprudencia, con gran brillo, siendo compañero de Manuel Herrera y Obes, de José María Muñoz, de Joaquín Requena, de Ambrosio Velazco, de Jaime Estrázulas, de Benito Baena, de Avelino Sierra. Sigue en su ritmo y sufre la crisis —moral y política— del terrible año 40. Juanicó no comprende la lucha implacable entre federales y unitarios; entre "blancos" y "colorados". Queda en Montevideo, porque la ciudad es más propicia a la libre expresión de su sentir, pero

busca en la cultura y en el ejercicio de la augusta función de Juez, un campo más sereno y propicio que la lucha bravía donde la pluma es ariete y la tinta es sangre; y donde abogados, estancieros, escritores, comerciantes, se improvisan en Jefes militares victoriosos. Así es como Juanicó, figura en 1843 como Miembro Fundador del "Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay", cuya conmemoración centenaria festejamos. Es amigo de Lamas, de Vilardebó y sobre todo de Manuel Herrera y Obes, mientras trabaja en el progreso cultural de la ciudad sitiada. Juanicó tiene un norte: la unidad. Cree que es posible la reconciliación de la familia oriental y por eso es que figura en el movimiento de la "Nueva Era" y acepta, como Juez, ser Miembro de la Asamblea de Notables, en aquel año tumultuoso de 1846, en que Rivera vuelve vencedor a la Capital de la República, para presidir la celebérrima Corporación.

La preciosa correspondencia íntima de Juanicó traduce mejor que nada su sentir.

Julio Lerena, la compiló y publicó por vez primera al estudiar la vida proteiforme de su abuelo ilustre. En 25 de Abril de 1843, se expresaba así don Cándido:

"Señor Don Enrique Juanicó. — Río de Janeiro. — Montevideo, "Abril 25 de 1843.

"Mi querido Enrique:

"Las atenciones consiguientes a los cargos que tengo que des-"empeñar me han impedido, últimamente, escribirte y me impiden, "aún ahora, hacerlo como quisiera. Basta decirte que, de costumbre "—y no habiendo suceso extraordinario — vuelvo del Juzgado del "Crimen a las 4 1|2 o 5 de la tarde; teniendo además que atender "a los Juzgados de lo Civil e Intestados que, por ahora, corren de "mi cargo, mientras Andrés Lamas ocupa la Jefatura Política. Sa-"bes la oposición que siempre he manifestado a admitir cargos pú-"blicos en mi país, en atención al desquicio e inmoralidad que ge-"neralmente predominan y debes, de consiguiente, suponer que, si "he llegado a separarme de mi propósito, ha sido sólo por un tiem-

"po que determinarán las circunstancias y para salvarme del car-
"gadísimo servicio de la Línea. Este ha sido y es todavía de natu-
"raleza a acabar con la paciencia de un Job y a dar por tierra
"con la robustez de un Sansón; de suerte que cada vez celebro más
"que tu larga ausencia haya servido para librarte de disgustos de
"no pequeño tamaño y de fatigas que indudablemente hubieran
"sido fatales a tu salud.

"Pruébalo, entre otras, la desgracia del pobre Pancho Muñoz,
"quien ha dejado a su infeliz mujer, viuda, con la carga de cin-
"co criaturas.

"Nada te digo sobre nuestras cosas políticas. Detalles pudie-
"ra referirte infinitos; pero, después de la especie de equilibrio que
"se ha establecido, creo que nadie puede formar una opinión fun-
"dada. Las cosas, según todos lo creen ahora, deberán resolverse
"en la campaña y la guerra que se hace parece tan destituída de
"sistema que, en mi sentir, mucho o todo dependerá de la casualidad.
"Entre tanto, lo que hay de ciertísimo es que el país se arruina
"a pasos agigantados y ¡viva el patriotismo de ciertos hombres!"

Y esta tersitura en su sentir, la mantuvo Juanicó imperturbable, hasta que llega el abrazo del 8 de Octubre de 1851.

Poco después de ese acontecimiento memorable, don Cándido vuelve a escribir a su hermano Enrique:

"Montevideo, Octubre 30 de 1851.

"Por fin, mi querido Enrique, después de mil alternativas de
"angustia y de esperanza — en que, ya nos veíamos amenazados
"De un cúmulo de horrores, ya tocábamos a la solución más ven-
"turosa de todas las dificultades, ya mirábamos surgir, de nuevo,
"los gérmenes de la discordia — nos encontramos, hoy, con el
"ánimo más despejado por la seguridad de que vuelve a restable-
"cerse el orden constitucional. Mucho, muchísimo hay que hacer;
"muchas heridas que cicatrizar, pero todo lo espero del deseo ge-
"neral de paz, de la índole de nuestros compatriotas y de la in-
"comparable superioridad de nuestro suelo.

"Quedan, ahora, los surcos que labró la tempestad.

Poco después, decía, en Enero 27 de 1852, al mismo hermano, entonces residente en el Hervidero:

"Enteramente conforme contigo — sobre el asunto de los Tra-
"tados, puedes estar seguro de que hacemos y haremos todo cuanto

"esté a nuestro alcance en bien de la Patria. No son pequeñas las "dificultades que tenemos por vencer; pero, Dios queriendo, espero "que saldremos del lance con honra y con provecho de los buenos.

"Si te hallas en posición de influir sobre el General Don Ser- "vando Gómez, trata de convercerlo de que debemos nuestros ma- "les a la ingerencia que damos en nuestras cosas a los extraños. "Es indispensable que volvamos al "orientalismo", poniendo fin al "régimen de "las influencias extranjeras". La continuación en se- "mejante régimen, aunque hayan variado las influencias predomi- "nantes, nos volverían a sumir en el abismo de que acabamos de "salvar, porque las mismas causas producen los mismos efectos. "En contra de cualquier influencia extraña que se sobreponga se "levantarán infaliblemente, tnfluencias que la combatan; y en opo- "sición a cualquier Partido que se apoye en la una, aparecerán "nuevos partidos sostenidos por las otras.

"Los hombres que van a buscar apoyo en las fuerzas extra- "ñas, muestran, por el hecho mismo, que no encuentran con el apoyo "de sus paisanos. Semejantes hombres no serán jamás sino el azote "de su tierra. Convenzámonos, pues, de que es necesario atenernos "a lo nacional y nada más que a lo nacional, al orientalismo puro "en todo lo concerniente al gobierno de la República."

Palabras magníficas, dignas de hacernos meditar.

Este hombre todo equilibrio integra la Cámara del 52. Se revela allí como un magnífico orador. En el Senado se sientan Bernardo Prudencio Berro, quien lo preside con alta dignidad; Fray José Benito Lamas, el Catedrático Ilustre de Filosofía de 1833 y el Sacerdote abnegado de 1857; Ramón Massini; Francisco Solano Antuña; Tomás Gomensoro; Alejandro Chucarro; Francisco Araucho; Juan León de las Casas; y en la Cámara, grandes y recios oradores, que sólo tendrán parangón con los tribunos de 1873. En los debates memorables, las palabras son lanzadas como saetas y la doctrina política o jurídica, se afirma en el auténtico saber, mientras el espíritu romántico de los Diputados, dará a las oraciones parlamentarias su inconfundible tono.

Bajo las bóvedas del viejo Cabildo, resuenan voces solemnes. Pedro Bustamante, Cándido Juanicó, José María Muñoz, Eduardo Acevedo, Doroteo García, Francisco Mordeñana. Y poco después, el verbo de fuego de Juan Carlos Gómez, dispuestos todos, a escribir páginas de gloria en el historial de nuestros anales parlamentarios.

Juanicó mostró siempre anhelos de concordia y de paz; fustigó el motín del 18 de Julio de 1853, y cuando en los avatares de nuestra política se escribió la página luctuosa de Quinteros, él, contrariamente a cuanto se afirmara, hizo lo inhumano para evitar la inútil tragedia. El destino no lo quiso así. Pero Juanicó, magistrado o legislador, siguió luchando siempre por el imperio de la fraternidad y de la paz. Así, lo hizo, cuando defendió su memorable proyecto, por el cual se declaraba neutralizada a la República, mediante un pacto universal que sería gestionado ante las naciones de América y de Europa, procurándose establecer el principio del arbitraje obligatorio, para dirimir las cuestiones que se suscitasen entre el Uruguay y los Estados signatarios del Tratado de neutralización.

Al comenzar 1865, el Gobierno de Aguirre agonizaba. Leandro Gómez había luchado heroicamente en Paysandú y ofrecido su vida gloriosa en defensa de los ideales que tan valientemente defendiera. En esa circunstancia el Gobierno, pensó que don Cándido Juanicó era el hombre ideal para cumplir con una misión diplomática ante la Corte de Napoleón III. Se dictó el Decreto respectivo, refrendado por los Ministros Eustaquio Tomé y Silvestre Sienra; y Juanicó fué a Europa llevando como Secretario de la Misión al Dr. Ildefonso García Lagos, el futuro ilustre Canciller de 1889, quien en romántico gesto contrajo enlace con su prometida doña Julia Acevedo, al concretarse la inesperada Mi-

sión. Y a don Alfredo Vásquez Acevedo, quien sólo contaba 20 años de edad, pero que ya dejaba ver su garra ilustre de futuro Rector, Magistrado y político de actuación singular.

Juanicó en París presentó sus credenciales cuando el Gobierno de Aguirre había caído y don Tomás Villalba, Presidente Provisional de la República, había firmado el Protocolo, por el cual se entregaba el Gobierno, al victorioso Jefe de la Revolución, Brigadier General Venancio Flores. Juanicó llegaba a la ciudad luz en la plenitud de su talento a evocar hazañas románticas de treinta años atrás. Napoleón III lo recibió con gran deferencia y Eugenia de Montijo con familiaridad. Sin duda, todo volvía al recuerdo grato del prócer. Las calles de París; sus barrios llenos de historia y de espíritu; los grandes Salones; ahora Ministro el almuerzo en las Tullerías y la amistad de Eugenia de Montijo, en la evocación de los días de juventud, pasados en el Salón de la Condesa de Teba, cuando Eugenia, muy joven vislumbraba ya su fulgurante belleza y cuando Juanicó, con Espronceda y Ochoa, iba escribiendo páginas de emoción, con su vida ardiente, mientras en el cerebro inmortal del Poeta egregio se iba gestando el "Canto a Teresa".

E igual fué, Juanicó, cuando, con Andres Lamas, con Manuel Herrera y Obes y José Gabriel Palomeque, luchó sin descanso, para lograr el pacto memorable del 6 de Abril de 1872. La paz de Abril conque el Presidente Gomensoro selló en abrazo fraterno, la unidad de los orientales desangrados.

Raúl Montero Bustamante ha descripto magistralmente el Salón de Jaime Estrázulas, donde Juanicó ejerció indiscutible señorío intelectual. He aquí, la evocación magnífica del ensayista:

"Por aquel entonces estaba en su apogeo el salón de don "Jaime Entrázulas, que fué el centro de la actividad social y po- "lítica de la época. Allí se hacían gobiernos, se destruían gabi- "netes y se forjaban revoluciones. En tanto Terrada ejecutaba en "el piano su famoso repertorio, y las damas, oprimidas por el mi- "riñaque, se agrupaban para oír la melodía un poco trivial de "La "Stella confidente", los hombres teorizaban sobre filosofía social, "combinaban manifiestos políticos o ensayaban los discursos que "al día siguiente pronunciarían en el Parlamento.

"Don Cándido Juanicó fué la figura protagonista de este salón. "Allí reinó su palabra grácil, flexible y terriblemente certera; allí "impuso el arte de la conversación y el hechizo del hombre de "mundo, en cuya cabeza encanecida perduraba la belleza viril de la "juventud y se advertía cierta romancesca aureola que en ella ha- "bían dejado los viajes y las aventuras de ultramar.

"Aquel artista de la palabra se batía a diario con hombres "también superiores. Estaban allí, el dueño de casa, una figura "pálida, con algo de los modelos del Greco, jurista hábil y orador "de palabra llena de jugo; don Antonio de las Carreras, el som- "brío "dandy" de nuestras borrascas políticas, carácter violento y "corazón templado en ásperas andanzas; don Vicente Fidel López, "noble pensador que bajo la égida de Guizot y Macaulay, trazaba "la historia del Río de la Plata; Eduardo Acevedo, pensativa fi- "gura orlada por la meditación y el estudio; Vázquez Sagastume, "orador de palabra florida y galana; Carlos Carballo, un original "lleno de talento; don Ambrosio Velázco, formidable maestro de ló- "gica, carácter el más bravío de su época, de quien se cuenta "que para no obedecer el decreto del Presidente Berro que ordenó "el uso de la divisa blanca en el sombrero, salía sin él a la ca- "le; don Antonio Díaz, general, escritor, diplomático, antiguo mi- "nistro y consejero aúlico de Oribe; su hijo don Antonio, joven mi- "litar que acababa de cosechar lauros de dramaturgo con su co- "media: "El capitán Albornoz"; Don Nicolás Calvo, periodista agre- "sivo y mordaz y el más temible duelista de su época; Don Fede- "rico Nin Reyes, Ministro de Hacienda, financista y gran señor; "Don Juan José Soto, bravo y exaltado carácter; y muchos otros "personajes reclutados entre la flor y nata del viejo partido blan- "co. También frecuentaban la tertulia algunos argentinos de cuño "federal como Don Federico de la Barra, y Don Marcos Arredondo, "antiguos cortesanos de los salones de Manuelita Rosa."

Y agregaba:

"Con el salón de Estrázulas desapareció también el reinado po-"lítico de don Cándido Juanicó. La época se tornó tormentosa y bra-"va; de nuevo flamearon las banderolas revolucionarias; volvieron "los tiempos de lanza y sable en que el pensamiento no prosperaba "más allá del núcleo urbano. La dictadura intelectual de aquel sin-"gular personaje se desvaneció con las primeras cargas de la revo-"lución de 1863."

Así era Juanicó: un hombre que tuvo, por sobre todo, sed de cultura; que gustó de lo bello como un esteta; que parecía escéptico y frío y que fué, sin embargo, un obrero eminente de la cultura nacional y un forjador de la orientalidad, en la comprensión de las pasiones políticas y en el culto al derecho y a la fraternidad internacional.

De él pudo bien decir, en su prosa preciosista, Herrera y Reissig:

"Monsieur Cándido Juanicó, que oficiara en el demi-monde de "libertino profeta, fué un caballero de clarovidencias excepcionales, "un dominador Nietzchano, un piloto serenísimo de largas miras po-"líticas, adelantado a esos tiempos de brumazones salvajes, cuyas "ideas ciudadanizadas en la más alta ciencia, fuera la doma, el "amansamiento de los partidos hidrófobos, el bienestar económico "de la comarca, y la incorporación del elemento europeo como úni-"co factor de paz, trabajo y cultura. Educado lujosamente en los "primeros centros del Mundo, hizo amistad con Carrel, Lamartine, "Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Sainte Beuve, Hipólito Taine, Gi-"rardin, Thiers, Sandeau, José Espronceda y la pléyade que en "aquella época fecunda para la Francia, en glorias de todo género, "llevaba la dirección de la Poesía, del Periodismo, de la Ciencia "y de la Política. Y arrojado sobre el Uruguay, por el naufragio de "las vicisitudes, aquel ilustre paladeador de refinamientos, aquel "Apolo de gabiente, aquel Louys de las demimondeanas, digno de "otro escenario para ostentarse, holló con su coturno regio, con su "crépita de oro este desierto desolado sobre el que soplaba un Si-"moun de exterminio, de estupidez y de barbarie atávica".

Y lo fué, así, cuando "blancos y colorados" guerreaban a muerte; cuando el gaucho nos brindaba el ejemplo de su heroísmo y de su barbarie; cuando men-

tes preclaras, eran presa de la pasión incontenida; cuando llegó a pensarse que la República, que naciera bajo el soplo genial de las ideas artiguistas y se acunara en el heroísmo de los 33, de Lavalleja y de Rivera, pudiera llegar a desaparecer. Juanicó predicó, entonces, la tolerancia y la fraternidad. Como Juan Carlos Gómez —ya reivindicado— y como Andrés Lamas, en vías de serlo, fué un incomprendido.

Hoy revive su figura eminente a la luz de documentos severos y a la voz de la tradición, que vitaliza, cual lumbre voraz, lo que nunca murió y que llega hasta mi, a través del recuerdo de mi propia abuela, María Luisa Ximeno, quien trató a Juanicó y gustó de su espíritu y dijo a sus descendientes qué quilates de oro poseía aquel hombre, cuando ejecutaba a Weber o hablaba con singular elocuencia o conversaba o recitaba a Musset o a Vigny, en francés impecable, con voz matizada y sonora, constituyendo un magnífico espectáculo humano.

Varón digno sí, Juanicó, de un período glorioso; cuando Montevideo era símbolo de libertad y de cultura, frente al terror, al oscurantismo o a la opresión; cuando en las calles de la ciudad vieja dialogaban —mientras en las guerrillas de la línea, la sangre fecundaba la tierra y el dolor roía a los corazones— Lamas y Mitre; Juanicó y Hererra y Obes; Florencio Varela y Mármol; Julián Alvarez y Rivera Indarte; Santiago Vázquez y Melchor Pacheco; Vilardebó, Echeverría y Fermín Ferreira, núcleo medular de una cultura que es honra de dos Repúblicas hermanas y que es honra de Améirca.

Y de quien, también, puede decirse —colocado el personaje en el marco donde actuara— que su grandeza se define por la actitud y solidez con que cumplió, su noble misión espiritual.

LOS SALONES

En el mundo trepidante en que vivimos, el Sálón puede considerarse un anacronismo, como va siendo un anacronismo el arte de la conversación. La Francia de los siglos XVIII y XIX, nos ofrece el ejemplo más acabado de esa costumbre, maravillosa expresión cultural de una época, en que la gran política y la pequeña política; la literatura; el arte; la ciencia y la filosofía tenían manifestaciones extraordinarias en marcos suntuosos grávidos de historia.

Montevideo siguió bajo el impulso de las ideas del siglo XIX, influído primero el ambiente por las señoriales costumbres portuguesas y más tarde por la aparición en el escenario de los "proscriptos" argentinos, camino semejante y guardada las distancias, en cuanto a la suntuosidad del marco y a la severidad de las costumbres, con los salones del Consulado, de la Restauración borbónica y de los dos Imperios.

La ciudad se transformaba. Un día las murallas cayeron bajo la piqueta demoledora de la expansión y del progreso; otro día surgieron las quintas señoriales, en los aledaños de la urbe. Casas magníficas se construyeron y algunas de ellas restauradas sirven hoy de sede a las secciones del Museo Histórico, o están en pie, como queriendo mostrar, un poco avergonzadas, por los menesteres sociales limitados que les toca cumplir, un trozo de su pasada grandeza.

Cronológicamente el primero de los salones Montevideanos fué el de **Lecor.** El Barón - Gobernador reunía en saraos memorables a la mejor sociedad de la época. Fué allí donde Acuña de Figueroa —el poeta del Himno y el poeta de los Epigramas— de regreso de su exilio voluntario en el Janeiro, comenzó a reinar con su verba exquisita y chispeante. Lecor era un gran señor, militar y diplomático a la vez y sutil, como buen portugués de clase noble. Sabía atraer como pocos a los recios varones orientales y a sus dignas compañeras. Vistosos uniformes; cruces que se lucían con orgullo sobre los pechos de los altos dignatarios y damas bellísimas llevando con donaire sus grandes peinetones y sus abanicos de varillas de marfil y de nácar, decorados de exquisitos paisajes, desfilaban por la mansión prócer. Todo era allí cortesanía y elegancia, aunque medio en secreto se conspirase, en aquel año de 1823, en que el presbítero, don José Valentín Gómez, con investidura de Embajador extraordinario, reclamaba del Gabinete de San Cristobal, la devolución, a las Provincias Unidas, de la codiciada Cisplatina, mientras Santiago Vázquez en Buenos Aires y Luis Eduardo Pérez, Ramón de Acha, y Domingo Cullen, el más tarde mártir de la dignidad escarnecida, iban hasta la orgullosa Santa Fe, en busca de ayuda para la causa santa de la libertad. Doña Rosa de Herrera y Basavilvaso segunda esposa de Lecor, llenaba el salón, con su inteligencia, con su belleza, con su gracia y con su mirada llena de pasión, en los saraos a los que asistían casi siempre el Mariscal Callado, casado con una Juanicó, beldad de la época de distinción proverbial. Don Tomás García de Zúñiga, que era ya Barón de la Calera; el Síndico Bianqui, el doctor Francisco Llambí y su joven esposa doña Francisca de los Reyes, quien años después iba a presi-

dir, con brillo, espontaneidad y señorío otro salón de memorable renombre. Don Juan María Pérez y su esposa, doña Paula Fuentes, cuyos rasgos de soñadora belleza y de distinción sin par, quedaron grabados por el pincel de Gallino; don Lucas Obes cuando llegaba hasta estas playas, pues casi siempre estaba en el Janeiro, con su esposa doña Inés Blanco; el doctor Francisco Solano de Antuña y su esposa doña Pilar Labandera; don Francisco Juanicó, llevando del brazo con recio señorío, de español arrogante y digno, a su hermosa compañera doña Juliana de Texería y Pagola, vástago distinguido de la vieja sociedad colonial, descendiente directa del primer poblador, Jorge Burgues. Don Luis Goddeffroy y su esposa doña Josefina Durán y Pagola; don Romualdo Ximeno, Ministro de la Real Hacienda y su esposa doña Brígida Burgues; don Juan José Durán y Pagola, con su cara abultada y sus maneras dignas, ostentando orgulloso la cruz del Cruzeiro, premio recibido por su fiel apoyo a la causa luzo-brasileña y otros varones de pro y sus esposas. Don Luis de la Rosa Brito; don Agustín de Estrada; don Juan Méndez Caldeira; don Mauricio de las Casas; don Carlos Camusso, el calígrafo Besnes Irigoyen; y las beldades jóvenes; las Oribe, las San Vicente, las Maturana, las Zufriategui, las Acevedo, hijas de los hogares más representativos del Montevideo de la época.

Ese primer salón, tuvo su continuación en los que florecieron hacia 1830.

El **de Lavalleja,** Gobernador del Estado, presidido por su esposa doña Ana Monterroso, en la casa que fué de don Cipriano de Mello, estampa colonial que la urbe conserva para orgullo de su capital artístico. **El de Rivera,** en la antigua casa de los Salvañach, con sus amplios salones donde doña Bernardi-

na, fué el centro de atracción de una época brillante junto al General - Presidente —gaucho bravío en cargas y fogones— y quien sorprendía a embajadores y cortesanos con su conversación chispeante, con su fino sentido crítico y con sus modales distinguidos, vestido de gran uniforme. **Don Francisco Llambí.** Ministro del Supremo Tribunal de Justicia y más tarde Canciller de Oribe y su esposa doña Francisca de los Reyes, recibían en su señorial mansión, de la cual el calígrafo Besnes Irigoyen, nos ha dejado evocativa lámina. San Martín, vinculado por su esposa doña Remedios Escalada, a los Llambí, fué agasajado en ese salón cuando el héroe visitó a Montevideo en 1829. Fiesta magnífica. El soldado glorioso era el centro de atracción del momento. Ya no había guerra, pero se vivía en un clima heroico y se vislumbraban rojos resplandores de tragedia ante la magnitud de la controversia fratricida. San Martín llenó de atenciones a quienes le rendían la pleitesía de su admiración. A las fiestas asistieron Lavalleja y Rondeau, libertadores de la Patria y Gobernador y Jefe de las fuerzas sitiadoras en la hora inicial de la epopeya, el segundo de los nombrados; el Coronel Garzón, vestido de gran uniforme, ostentando con orgullo legítimo, los cordones de Ituzaingó y las condecoraciones que conquistara como Oficial de San Martín y de Bolivar pocos años antes en la hora tumultuosa de la epopeya, y don Joaquín Suárez, don Juan Francisco Giró y don Gabriel A. Pereira y sus esposas, exponentes de la mejor sociedad de la época (1).

El **salón de Hocquart** existió por espacio de muchos años. Doña María Antonio Agell, sobrina de Lu-

---

(1) Plácido Abab. "El General San Martín en Montevideo, en 1829".

cas Obes, educada en la Corte Imperial de Río Janeiro, lo presidió, como esposa de Hocquart, en horas de triunfo y de dolor para la Patria. La noble matrona, junto con la ilustre Presidente fundadora de la "Sociedad de Damas Orientales", doña Bernardina Fragoso de Rivera, fué cabeza casi permanente de los movimientos de cristiana piedad y de humana comprensión destinados a mitigar el dolor físico y el dolor moral. Su casa vió el noviazgo de Matilde Stewart, con Melchor Pacheco y Obes, alma de la resistencia contra la opresión en los días aciagos de 1843. Nerea Rucker, Marcelina Almeida, Ana Stewart, beldades y espíritus selectos de la "Nueva Troya", fueron centros de atracción en aquella tertulia tan llena de hermosas evocaciones.

Y luego las reuniones en casas del constituyente **Agustín de Urtubey,** y en el salón, más modesto en su marco, pero lleno de interés de **don Romualdo Ximeno,** donde por el año de 1836 se reunían a jugar a la lotería o al tresillo, junto con el dueño de casa, el Ministro de Guerra General Pedro Lenguas; don Juan Antonio y don Manuel Lavalleja; los Ponce de León; los Juanicó; don Ambrosio Velazco; Carlos Gerónimo Villa de Moros; quien a veces recitaba sus composiciones de corte clásico, don Eugenio y don Félix Garzón y don Francisco Burgues, unidos todos en el afecto o en la acción militar y política.

La Defensa de Montevideo en su magnífica eclosión intelectual y social, tuvo dos salones memorables. El de los Proscriptos, presidido por una noble matrona que llevaba sangre de ambas Repúblicas hermanas: doña **Felipa Albín de Martínez Nieto.** G. Ellauri Obligado ha evocado, con belleza de frase y documentación severa ese salón. Todos los primeros de Mayo se reunían los emigrados para rendir homena-

je, en el día de su cumpleaños, a la noble dama. Allí recitaron Luis Domínguez, Cristóbal Echevarría y Bartolomé Mitre. Por ese salón pasaron el Ministro Pacheco y Obes, Cándido Juanicó, Andrés Lamas, Juan Bautista Alberdi, Miguel Cane (padre), Juan María Gutiérrez. Sus hijas eran centro de lógica atracción. Una de ellas casó con Luis María de Posadas y Castro, hijo de quien fuera Director Supremo de las Provincias Unidas y enemigo implacable de Artigas, don Gervasio A. de Posadas; otra casó con Juan Carlos Belgrano —sobrino del vencedor de Tucumán y Salta y soldado y periodista de la libertad— y otra —Enriqueta— con el gran orador Manuel Castaño.

El **Salón Diplomático,** heredado por su hijo político don Francisco Hordeñana y después por su nieto don Oscar Hordeñana lo fué el de don Santiago Vázquez y su esposa doña Josefa Lamas. El mundo diplomático europeo y los almirantes ingleses y franceses con misión en el Plata, visitaron muchas veces la señorial mansión, sita en el cruce de las calles Sarandí y Misiones y la que se mantuvo en pie, bastante retaceada, hasta hace unos treinta años. Allí eran asiduos concurrentes, el gran polígrafo don Andrés Lamas, sobrino de Vázquez; el ilustre Canciller Herrera y Obes; el presbítero, José Benito Lamas, sacerdote virtuoso y humanista de jerarquía y los Somellera y los Chain. La tradición se mantuvo con altibajos en esa mansión durante todo el siglo XIX en reuniones y en tes memorables, presidido el salón en etapas sucesivas por aquellas nobles y bellas matronas que fueron, doña Josefa Lamas de Vázquez casada en primeras nupcias con el Cabildante Hordeñana; doña Dorila Gómez, hermana de héroes y de mártires, mujer que fuera de don Francisco Hordeñana, arrebatador tribuno

de las Cámaras del 52, electas como consecuencia del abrazo fraternal del 8 de Octubre, y Ministro de Relaciones Exteriores del General Flores. Doña Dorila Hordeñana, quien más tarde triunfaría en los salones de la Corte Imperial de Río de Janeiro, cuando su esposo el doctor José Vázquez Sagastume fué nuestro representante ante don Pedro II, para presidir, por último, el salón la esposa de don Oscar Hordeñana, Ministro Administrativo de nuestra Cancillería y sutil diplomático ante León XIII, doña Elvira Abella, hija de un mártir de la Patria, bella y digna en su señorío nunca fementido y en su cristiana virtud ejemplar.

El salón de **don Jaime Estrázulas,** que aniquiló la revolución florista de 1863, durante la Presidencia de don Bernardo P. Berro fué otra de las grandes tertulias del Montevideo romántico. Antes de la crisis se reunían en el salón de don Jaime hombres de prestancia y el magisterio intelectual lo ejerció con sin igual señorío don Cándido Juanicó, quien en su juventud había sido amigo de Espronceda y contertulio en el salón de la Condesa de Teba, madre de Eugenia de Montijo, futura Emperatriz de Francia. Allí Juanicó impuso el arte de la conversación. Era suave, de palabra certera, a veces irónico, dispuesto siempre a intervenir con autoridad en los debates, que a veces se suscitaban en el Salón de don Jaime. Su cabeza encanecida de viril belleza dominaba el cuadro, mientras en algunas mesas se jugaba al tresillo o se hablaba de los sucesos políticos del día o de los sucesos cambiantes del mundo. Asistían al salón los hombres más representativos de aquella época. Don Vicente Fidel López, quien tantas páginas legara de contenido polémico o de arquitectural belleza a la Literatura y a la historia rioplatense; don Eduardo Acevedo, Canciller y Presidente del Senado, codificador ilustre,

de palabra precisa y erudita; el general Antonio Díaz Guerrero de la Independencia americana, prisionero de Artigas en el Ayuí, Ministro y consejero aulico de Oribe, con una conversación chispeante, llena de anécdotas; el coronel don Luis de Herrera, ministro en las Administraciones de Pereira y de Berro, oficial glorioso de Ituzaingó, hazaña memorable en los fastos guerreros que a veces el prócer evocaba con grácil palabra. Don Antonio de las Carreras, el sombrío Ministro del 58, inmolado años después en las selvas paraguayas; Federico Nin Reyes, Nicolás Calvo, periodista de combate, siempre mordaz y agresivo, don Ambrosio Velazco con su voz de trueno y don Tomás Villalba, don Juan José Soto, don Joaquín Teodoro Egaña. Militares, jurisconsultos, políticos, publicistas, oradores, hombres de pensamientos y hombres de acción, concurrían al salón ilustre, donde Jaime Estrázulas gran señor y jurista de recordada habilidad, recibía con esplendidez a sus amigos congregados en verdaderas fiestas del espíritu, desde donde se orientaba a la política nacional y desde donde se forjaba en proyectos,

Después de 1865 el Salón de **don Carlos de Castro** en Cámaras (hoy Juan Carlos Gómez, esquina Buenos Aires), fué otro centro de reunión memorable. Asistían las veladas magníficas, presididas las fiestas, por la arrogante figura de la dueña de casa, doña Isabel Caravia de Castro, lo más representativo de la sociedad de la época, a oir buena música o a bailar minuets y cotillones o a pasar horas de alta espiritualidad. **Don Pedro Saenz de Zumarán** y su esposa doña Carolina Alvarez presidieron un salón que fué centro de recepciones famosas y Montevideo continuó a partir de 1880, la noble tradición en las casas señoriales de don Ildefonso García Lagos, de don Pedro Piñeyrúa, de don Mateo Magariños Cervantes,

de don José María Castellanos, de don Rodolfo de Arteaga, de don Germán Roosen. Allí hubo bailes y recibos memorables y tertulias musicales. Arte, conversación, belleza, política, y allí junto a sus esposos, dieron lustre al historial social Montevideano, Julia Acevedo de García Lagos, Dolores Echenique de Piñeyrúa, Juana Solsona de Margariños Cervantes, Lucía de Arteaga de Castellanos, Pilar de Herrera de Arteaga, Matilde Regalía de Roosen.

En lo político, fué muy famoso el salón **de Julio Herrera.** La ironía y la conversación más variada imaginable, campeaban en aquel ambiente, presidida la casa histórica de la calle Canelones por el gran señor de impecable atuendo, con su fina sonrisa entre los labios, oyendo o comentando un chiste mordaz de Teófilo E. Díaz o la fría exposición del Secretario Angel Brian o la conversación, llena de gracia, elegante y sutil, de Eugenio Garzón o la fina ironía de Manuel Carbajal, o el comentario elegante de Abel J. Pérez.

El país vivía pendiente de aquellas reuniones de mantel largo, en las que Julio Herrera iba dando el tono inconfundible de su personalidad contradictoria al gobierno que presidía, en medio de críticas acerbas y de espectativa general.

Todo ha pasado ya. Las grandes casas se demuelen o sirven de sede para clubes u oficinas. Nos queda sí el recuerdo de una época reciente, que nos parece, sin embargo, muy lejana. Es el ayer con sus modalidades tan diferentes del mundo actual en que los días parecen meses y los meses años y los años décadas. Se esfuma el pretérito en sus detalles, pero depurado de lo mezquino y perecible, surge la evocación de las cosas que fueron cuando se iba cimentando, tras denodados esfuerzos, el progreso y el espíritu nacional.

LAS VIEJAS QUINTAS

Cual cintura de verde integral, verde de todos los matices; verde luz, verde amarillento; oro que incide sobre el verde y junto al verde el ocre y el marrón oscuro de las cortezas de los árboles que hacen de marco a las mansiones señoriales, están las viejas quintas de Montevideo.

Son lugares de ensueño que nos hablan con profunda emoción de un pasado que a veces nos parece muy lejano y que, sin embargo, es el ayer.

Vagamos por el Prado, nuestro pequeño "bois" orgullo de ediles y de directores técnicos de la urbe. Allí, en el núcleo central, vivió con señorío un hombre meteórico: don José de Buschental. Era, en verdad, un curioso personaje el propietario de la quinta, camarada de Lord Palmerston, Privado del Emperador del Brasil, amigo y confidente de Urquiza.

Llegó a Montevideo como negociador financiero a fines de 1849 y se afincó a nuestra tierra y levantó sobre el Miguelete su magnífica quinta, refugio de aves y de peces exóticos y de plantas maravillosas ornamento de paisajes de cambiante belleza.

Allí, en esa su mansión, se refugiaron los artistas y los poetas y los hombres de pro y las beldades de mitad del siglo XIX, que se reunían en célebres saraos o recorrían el parque en cabalgatas o organizaban partidas de caza, porque de todo hubo en aquella quinta, transformada hoy en núcleo central del más hermoso parque, no tropical, de la América del Sur.

Junto a la quinta de Buschental, se agregaron al Prado las quintas que fueron de don Francisco A. Gomez, de don Miguel Sierra, de don Exequiel Pérez, de don Enrique Hughes y luego y más alejadas la quinta de Morales y las de los Castro —la de don Agustín y sobre todo la de don Carlos— aquel gran señor que vivió en su esplendor y en su ocaso doloroso contemplando el Parque por él creado y en el cual, matizando el cuadro lleno de encantos se nos aparece de pronto detrás de un magnolio casi centenario o semi oculto por un alcor, una reproducción de las mejores estatuas del arte helénico o del arte florentino, armonía maravillosa de la gracia y la belleza que él gustara desde la adolescencia, cuando fuera a estudiar en los mejores colegios de Italia, o a dialogar en sus viajes de descanso o de especulativa formación, con los genios profundos e inmortales de la Antigüedad o del Renacimiento.

Los años han pasado pero la tradición subsiste hasta que el Estuario y el Océano vence al árbol y al río, desplazado en la vida moderna por el sol fulgurante de las playas y por el yodo y el oxígeno y las arenas de oro que nos vienen del mar.

La vieja quinta de Morales sirve hoy de sede al "Museo Municipal Juan Manuel Blanes". Todo es allí tenue y armonioso. Cerca, muy cerca, está el Miguelete eje de toda esa floración. Llega el vaho del arroyuelo y se oyen los trinos de los pájaros en aquel lugar de ensueño, felizmente conservado, también, para el patrimonio común.

Otras, muchas otras quintas, han desaparecido para siempre ante el ritmo inexorable de lo que llamamos progreso.

Ya no existen las quintas de Tajes, de Casaravilla, cuyo último vestigio nos queda en la Capilla que

el viejo escribano hizo levantar en aquel paraje, como expresión de su fé inquebrantable.

Ya no existe la que fuera de los Lapuente y están muy retaceadas las de Acevedo, de Posadas, de García Lagos, de Larrañaga. Sobre el Miguelete, existió la quinta de Raffo, (después de Morales) el noble Consul italiano que reunía en su mesa a cuanto había de representativo en el país. "Principistas, y "candomberos" en la Presidencia de Ellauri, concurrieron a un asado memorable. Se vislumbraba ya el motin. Raffo hizo la postrer tentativa antes del rompimiento definitivo. Fueron, en ese día sus comensales, Prudencio Ellauri, Justino Jiménez de Aréchaga, Jacinto Vargas, Vicente Garzón, Carlos Gaudencio, Francisco A. Vidal, Lorenzo Latorre, Alejandro V. Chucarro, Juan José Gomensoro, Máximo Santos, hombres, que a partir del 75 iban a luchar a muerte, en uno o en otro campo, en que después del 10 de Enero, se dividió la opinión nacional.

Próximo a la calle Larrañaga, vivió Eduardo Acevedo, el coodificador ilustre cuando redactaba el "Defensor de la Independencia Americana", hasta que una noche lúgubre fué asaltada por la soldadesca ensoberbecida su casona, y allí, en su quinta del Miguelete, murio don Manuel Oribe; y Larrañaga, el Vicario piadoso y patriota, hizo muchos de sus estudios de Botánica y plantó árboles que han llegado hasta nuestros días. En el Miguelete vivieron los Juanicó, sobre las tierras que fueron de Burgues, el primer poblador de la ciudad y don Pedro Piñeyrúa, en su magnífica mansión, domeñado el cuadro desde alta y erguida atalaya, sobre el Casavalle.

Y en las viejas quintas, en la de Maturana, en las de Reyes, en la de Villademoros, se conspiró y se amó. Elisa Maturana, beldad de su tiempo, oyó la voz apasionada de Juan Carlos Gómez, en un idilio de juven-

tud, cuando el poeta romántico hacía de todo una quimera. Elisa no sería su esposa. Elisa Maturana formaría un hogar digno y feliz con el Ministro Villademoros, gran señor del Cerrito y poeta de corte clásico de subidos valores; pero Gómez encontraría en ese su "episodio romántico", la inspiración necesaria para escribir versos que han quedado hasta hoy como ejemplo de emoción pura y sincera.

¿Qué hicimos, inocentes, para expiación tamaña?
¿Qué hicimos, pobres niños, para irritar la saña
De ése tropel de bárbaros que nos lo derribó?
De ese tropel de bárbaros que con sangrientas manos,
En delirante furia, al pie de los tiranos,
Honra, familia, patria y religión echó?

¿Qué hicimos? Ser tú un ángel ungido de la gracia,
Que siempre hallabas bálsamo para cualquier desgra-
(cia,
Y nunca indiferente se te acercó el dolor;
Ser yo desde temprano sostén del oprimido,
Mi débil pecho de égida poder desprevenido,
No abandonar la víctima al sacrificador.

.. ..
.. ..

Tu perdonaste, Elisa, y yo, que en mí sentía
La voluntad del fuerte, e indómita energía,
Capaz de un mar de sangre y de vengarse bien;
Me resigné a ser víctima por mantenerme bueno,
Del mundo acepté, humilde, el cáliz del veneno,
Y de punzante espina dejé ceñir mi sien.

.. ..
.. ..

Sin tí, de mi calvario terminaré el camino;
En la inclemente patria nos separó el destino,
Y ni aún la misma tumba nos unirá a los dos.

Don Domingo González, ha evocado en páginas llenas de castizo sabor, (1) los paseos del 71, en el

---

(1) "Allá por 1871, ya se conocía con esta denominación, la hermosa casa que desde antes de esta fecha y hasta hoy mismo, se encuentra ubicada en el Camino Millán. sobre el puente de las Duranas y próximo al también Camino de Castro.

"A esta localidad, afluían los coches particulares de nuestra aristocracia de entonces, formando, sobre todo en las lindas tardes de invierno, un centro de reunión sumamente agradable.

"En aquella época, no existía el Prado, y no pudiendo reunirse en un lugar aparente y preparado de antemano, se resignaba a reunirse en aquel camino abierto al tráfico público y el cual, con las dos filas de bancos de madera entonces y de hierro hoy, ofrecían cierta comodidad a una parte de la concurrencia.

"Muchas veces durante mi juventud, concurrí a estas interesantes reuniones y, a la gran distancia que hoy disto por mi avanzada edad de aquella época feliz y de gratos recuerdos, vienen a mi memoria los nombres de muchas de las familias que hacían acto de presencia con mayor regularidad.

"Allí se veía a Doña Valentina Illa de Castellanos, Doña Dolores Vidal de Pereira, Doña Dolores Pereira de Tocón, Don Pablo Duplessis y Sra. Doña Dolores Carvalho de Estrázulas, Doña Joaquina Vásquez de Acevedo, Doña Manuela del Villar de Reyes, Doña María García de Requena, Doña Clemencia Esteves de Posadas, Doña Eusebia Zabala de Pasos, Doña Josefa Solsona de Brunel, Doña Juana Solsona de Magariños y muchas otras, que sería largo enumerar.

"Los carruajes, se alineaban en la extensión de los dos costados del camino, dejando así libre el centro, para el tráfico, que más de una vez y tratándose de vehículos, nos cubrían de polvo, aunque, es la verdad y debo decirlo con placer, esto no ocurría cuando a nuestra Junta o Comisión Anxiliar del Paso Molino, se le ocurría hacer regar el camino en la localidad que servía de centro de reunión a las familias en los dos días indicados de la semana: Jueves y Domingos." (El Licenciado Peralta: "Tradiciones, etc.").

Puente de las Duraznas, el mismo Puente donde Eugenio Garzón siendo muy niño, conoció yendo de la mano de su madre, a Don Manuel Oribe (1).

Mientras sobre el lado de Agraciada, también había en floración magnífica, las quintas de Berro —más tarde señorial sede de la Legación Argentina— por cuyos salones pasaron Manuel Quintana, Roque Saenz Peña, Enrique B. Moreno, las de Vilaza, las de Fariní, las de Butler y las de Arocena, todas ellas llenas de noble historial Montevideano.

---

(1) Don Eugenio Garzón, con quien mantuvimos amistad estrecha en los últimos años de su vida, nos narró, evocando en su amable tertulia de la casa en que habitara en la calle Río Branco, el episodio. Tenía ocho años e iba de la mano de su madre, doña Angela Furriol de Garzón. Al llegar al Puente de las Duraznas, montado en un soberbio caballo tordillo y ceñido en su impecable levita, apareció por el camino, el famoso personaje. Descendió del caballo y saludo con aprecio a la señora de Garzón. "¿Cómo está usted Angelita?"—le dijo—, a lo que la señora contestó: "Muy bien don Manuel", mientras el general acariciaba los bucles de niño, que comprendió (nos decía Garzón), al oír a su madre llamarle don Manuel, que el caballero era nada menos que Oribe.

Había una especie de terror supersticioso en esa época acerca de la severidad del General Oribe y yo, asustado, me abracé al miriñaque de mi madre —nos agregó—, mientras el General sonreía. Poco después, murió Oribe, de cuyos rasgos tengo vivo recuerdo.

UN ATENEISTA: JUAN CARLOS BLANCO

Al final de su vida luminosa el Dr. Juan Carlos Blanco, presidía con su melena romántica y su melancólica figura, el Directorio del Banco de la República en que una tradición, que se ha mantenido hasta el presente, lleva a tan alto sitial a los ex-Presidentes de la República y a quienes —como el Dr. Juan Carlos Blanco— polarizaron por la fuerza y la majestad de su vida, la atracción de las masas y el respeto de todo un pueblo.

En plena madurez, gallardo y enhiesto, el procer era el símbolo de un pasado reciente y glorioso. Era el "leader" de las Asambleas del "Cibils"; el Ministro de la "Conciliación"; el hombre de las definidas actitudes y del valor sin par. El opositor implacable de Latorre y de Santos; el sociólogo; el escritor, el catedrático, el legislador y el soldado ciudadano, que había sabido mantener a través de una vida plena de intensidad su briosa estampa espiritual y física.

¡Qué orador y que voz! Todavía hay muchas personas que recuerdan las Asambleas del "Cibils". El marco sombrío, los esbirros dispuestos a hacer fuego y la barra salpicada de sicarios. Preside el acto, casi nonogenario, Don Tomás Gomensoro. Es una figura de la Patria viva, el anciano cuya mirada firme y serena es la mejor respuesta que pueda recibir la prepotencia y la opresión. Se hace el silencio. Juan Carlos Blanco va a hablar y habla, habla como un torrente el eximio

orador. Alguien recuerda, que en un día trágico, en el Cementerio, revólver en mano, el patricio rodeado de caras sombrías y puñales escondidos, despidió los restos mortales del tipógrafo mártir Esteban Fontán. Ahora la escena en otro ambiente parece renovarse; el orador de garra va a volver otra vez a hacer vibrar la multitud. Juan Carlos Blanco exclama:

"Es necesario que el Partido Colorado, a quien entregamos hoy las esperanzas todos los ciudadanos, se dé cuenta de su misión en el estado actual del país y rompa de una vez con las ficciones y los convencionalismos que mantienen una situación oprobiosa, imposible de soportarse por más tiempo, es necesario que ese partido, por sus hombres civiles, por sus hombres de armas, los más encumbrados, niegue y rechace solidaridad con gobiernos que lo invocan para mancillarlo y con planes de futuro que envuelven tremendas complicaciones y agregan a la ruina, el deshonor; es necesario que el Partido Colorado, por su representación propia y por la que le confiere el país entero en estos momentos, obligue a la situación actual a subordinarse a una política patriótica, levantada, de hombres honrados, de hombres que quieran la paz y pugnen por las instituciones. (Grandes aplausos).

Pues bien, el Partido Colorado hará eso, señores, y lo hará con decisión, con energía y a nombre del país que hay que salvar, librándolo de los precipicios que lo cercan, formulará con su voz poderosa el dilema que el mismo país ha planteado a un gobernante desatento: **someterse** o **dimitir.** (Una prolongada y delirante manifestación obliga al orador a interrumpir su discurso hasta que se restablece el silencio)".

Someterse, sí, a las instituciones, a las exigencias públicas, a la dignidad y al decoro de la nación, someterse a una política de paz, de tranquilidad, repara-

dora de las subversiones y los males que todos sufren y lamentan, someterse, por último, al clamor del país por gobiernos honrados y patrióticos, por gobiernos que no sean la negación de progresos dolorosamente conquistados y la negación de un partido político que blasona de civismo y de grandes ideales. (Aplausos).

¿No quiere someterse el gobernante? ¿No puede realizar la conciliación de todos los orientales, salvando al país de la lucha civil, y no puede ejercer tampoco ninguna autoridad en el Partido Colorado para unirlo, para dignificarlo y elevar sus aspiraciones a la altura de los intereses públicos y de las conveniencias nacioles?

Entonces, si eso no puede, si para todo eso hay radical imposibilidad en su espíritu, no queda más que la otra solución, no queda más que **dimitir** un cargo abrumador para sus fuerzas y que no le es dado ya honrar ni desempeñar. (Aplausos, vivas, grandes aclamaciones).

¡Oh!, el país no tendría que preocuparse de su suerte, porque todavía vive don Tomás Gomensoro y a él acudiría siempre que los sucesos no pudiesen encadenarse en procedimientos constitucionales. (Grandes aplausos).

No creo equivocarme, señores, al afirmaros una vez más, que el Partido Colorado formulará con su voz poderosa el dilema de cuya solución dependen hoy los destinos del país.

Los hombres que componen su Comisión Directiva son una garantía de que responderán a la expectativa pública y a la confianza que en ellos han depositado sus correligionarios. (Prolongados aplausos).

Ahora, permitidme, señores, que no retenga vuestra atención y que deje este sitio a otros, a los hombres de pensamiento del Partido Colorado y en espe-

cial a los jóvenes oradores que aquí nos rodean para que nos digan lo que vale y significa este acto, ellos que poseen el secreto de la idea luminosa, del astro evocador confiado perdurablemente en los resplandores de la primavera de la vida.

En cuanto a mí, obrero de la víspera, busco un puesto de trabajo en las filas del Partido Colorado, donde lo encuentro por derecho propio emanado de tradiciones nunca desmentidas y dejo sin competencia el de los honores y las distinciones. (Gran ovación, abrazos, etc.)

Creed, señores, que he de acompañaros con el mismo entusiasmo con que ahora, al dejar la palabra, os pido que me acompañéis a saludar a la República y a la Comisión Directiva que acaba de ser instalada. (Ovación prolongada. Vivas entusiastas al Doctor Blanco)." (1)

En la trayectoria luminosa de la vida del procer, las etapas se han sucedido en el marco de una admirable unidad. Porque este recio varón que hablaba con la elocuencia arrebatadora de Vergniaud, tenía la autoridad, el timbre de voz, la fuerza de expresión y el ademán severo para adoctrinar y para emocionar a las multitudes.

Juan Carlos Blanco, era a la vez que un gran orador, un auténtico humanista, puesto de manifiesto su sa-

---

(1) El señor Magariños Veira comenzó a proponer candidatos para la Comisión organizadora del Partido, siendo votados por aclamación los señores Tomás Gomensoro, Juan Carlos Blanco, Jacobo Varela, José Batlle y Ordóñez, Blas Vidal, S. Magariños Veira, José María Castellanos, Domingo Mendilaharsu, José R. Mendoza, Eduardo Flores, A. Dufort y Alvarez, Saturnino Camp, Joaquín de Salterain, José Saavedra, José B. Gomensoro, José G. González, Carlos Travieso, Julio Magariños Roca, Blas Vidal (hijo), Dalmiro Tió, Angel Floro Costa, Eduardo Mac Eachen, Lorenzo Barbagelata, Pedro Bustamante, Juan Campisteguy, Joaquín Márquez.

ber, entre los años 1878-85, que fueron de gloria para las letras uruguayas. Por esa época el Ateneo era el centro de un profundo movimiento renovador y junto al Ateneo y a sus "Anales", estaba en plena ebullición el diarismo. Eran los días en que Daniel Muñoz, escribía sus famosas siluetas, a la manera de Larra, bajo el seudónimo, de Sanson Carrasco; en que Carlos María Ramírez, dirigía con inmensa autoridad "El Plata"; en que Julio Herrera y Obes anematizaba al Gobierno con sus editoriales de fuego; y era la época en que desde la prensa y desde la Cátedra del Ateneo, tribuna del pensamiento político y filosófico de la República, Juan Paullier, Luis Melian Lafinur, Prudencia Vázquez y Vega, José Manuel Sienra y Carranza, José de Arechavaleta, Manuel B. Otero, junto a Blanco, cumplían con fervor su trascendente actividad. Noche tras noche, Montevideo oía alguna gran conferencia o algún debate memorable. Y el "Ateneo" era como una válvula de escape ante la terrible opresión del depotismo.

Mezcla admirable de doctrina y de fe, todo ese movimiento. Sueños y realidades se entremesclan mientras los hombres pasan por el escenario cambiante, como ejemplos de acendrado valor. Las tiranías tienen esa rara virtud; cuanto más oprimen más crean. El espíritu se agiganta en el dolor. Entre el polvo y la sangre y el terror, las plumas se mueven nerviosas y agresivas, en defensa de las libertades esenciales de la persona y de la dignidad humanas, que nadie ha podido hasta ahora aniquilar.

Los dictadores pasan como meteoros. Los hombres mismos pasan con vertiginosa rapidez en el decurso del Tiempo. Las ideas subsisten y las figuras centrales se agradan más y más cuando no era oropel, sino oro puro, lo que daba brillo al personaje.

En su labor de hombre de pensamiento, Juan Carlos Blanco fué, en muchos aspectos, precursor. Una noche, en el Ateneo, hizo el Maestro un análisis magistral de la "Novela Experimental". (1).

Pensamiento profundo y visión certera de crítico que sabe interpretar honras y sentimientos y doctrinas, en medio del fragor de la lucha y en el ambiente hostil.

Pasa el gran señor de la palabra y las multitudes se estremecen. Pasa el maestro y los intelectuales le rinden pleitesía. Maravillosa síntesis de armonía es su figura que supo adoctrinar con la potencia creadora de

(1) "La novela experimental, como su nombre lo indica—nos de- " cía—no se propone consignar hechos históricos, de existencia y " data conocidos, porque tanto importaría entonces hacer historia an- " tigua o moderna, sino narraciones de la vida humana en general; " aunque tan prácticas y tan fisiológicas como sea posible.

"Pues bien, señores, a toda esa serie de obstáculos que os se- " ñalaba, agregad ahora lo que seguramente habréis alcanzado, " adelantándoos a mi palabra, agregad la circunstancia decisiva de " que el novelista no opera sobre el organismo vivo, como el fisio- " logo; sino sobre una creación de su talento, sobre una persona- " lidad imaginada, y veréis cuán imposible es que pueda revelar- " nos, no ya el secreto de los actos de razón y sentimiento, pero " ni siquiera el dato científico y la página fisiológica, que se jacta " de ofrecernos la escuela naturalista y que sin duda nos ofrece la " ciencia, la ciencia únicamente, porque ella apoya su enseñanza " en el escapelo y en la vivisección, en los seres vivos y no en los " seres fantásticos por más semejanza que guarden con la realidad.

"Ni única, ni científica en el alcance dado a este concepto por " el jefe del naturalismo. ¿Qué es, por consiguiente, en definitiva la " novela de que tratamos?

"Una variedad del género literario a que pertenece. Nada más.

"Así como existe la novela histórica, la de aventuras, la có- " mica y tantas otras de carácter especial, existirá la novela expe- " rimental. Esto es todo.

"Cuando la escribía el filósofo de la escuela podrá contener, " según os lo decía hace un momento, cuántos prodigios de estilo " y de observación queráis; podrá ser profunda, aterradora y hasta " revolucionaria, sin que por eso adquiera condiciones de demos-

su numen y con el ejemplo gallardo de su vida. Pasa el gran señor con apolinea dignidad. Al salir del Ateneo o al verle caminar, siempre impecable en su atuendo, por las calles céntricas, o al contemplarle victorioso en la tribuna, la multitud poníase a vibrar al unísono con su noble corazón abierto a todas las solicitaciones de la justicia y del bien. Es que Juan Carlos Blanco iluminó horas solemnes de la vida nacional y su figura, armónica síntesis de valor, de varonil belleza, de elegancia en el vestir, de dulzura y de fuerza, era expresión elocuente de un hombre que simbolizó por espacio de treinta años, a la dignidad ciudadana y al valor moral.

" tración científica y pierda las de obra literaria que son las suyas " características."

....

"Podemos, pues, presumiendo las conclusiones del estudio en " que hemos entrado, establecer con la autoridad de los hechos,, " que el significado de los fenómenos de relación no se encuentra " definido en el hombre fisiológico, y que tanto las manifestaciones " impersonales, como colectivas del ser humano, no se hallan en- " cadenadas necesariamente a un determinismo próximo, a una se- " rie de causas inmediatas obrando sobre su organismo, ni a las in- " fluencias exclusivas de la herencia o del medio social, por más " que éstas sirvan de explicación satisfactoria en uno o muchos ca- " sos de especial carácter.

"De ahí que el documento humano deba surgir, para ser verda- " dero, de todos los elementos que componen su modelo, y no de " uno de ellos considerando aisladamente, porque entonces se des- " conocen los demás o se llega tan sólo a una parte de la verdad.

"Los principios del naturalismo literario conducen a esta úl- " tima concepción incompleta del hombre y de la sociedad, llamada " experimental por los novelistas de la escuela; luego, señores, te- " nemos que rechazar con doble razón el aforismo del autor de "Pot " Bouiller, de que "tanto la novela, como la literatura en general, " deben ser experimentales, a menos de no existir."

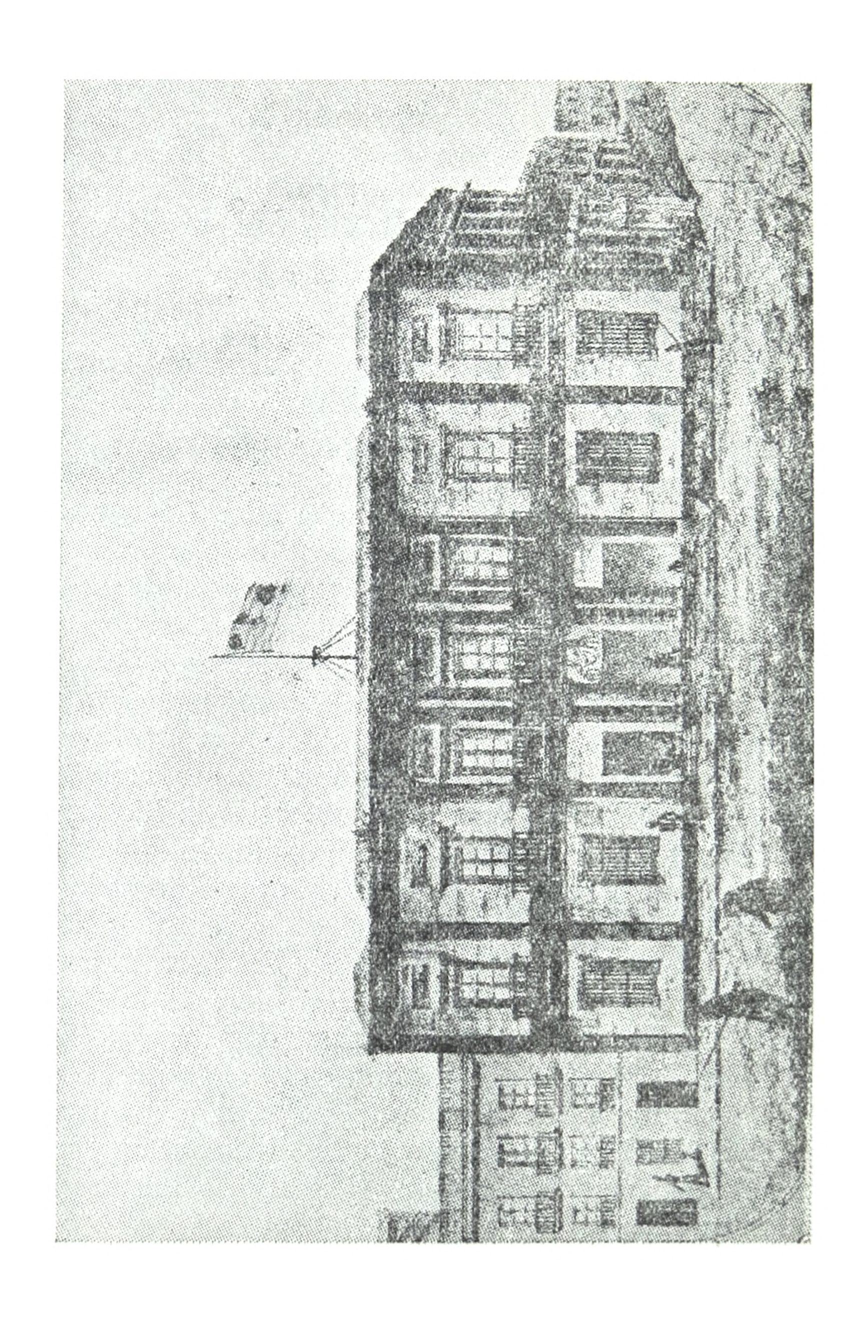
Juan Carlos Blanco: "Discursos y Escritos". Página 71 y siguientes.

EL MONTEVIDEO DEL FIN DEL SIGLO

Julio Herrera es ya Presidente. Con él se inicia la era de los gobiernos civilistas, pero también, con él se inicia un período de intensas luchas y de crisis profunda. Quiebra, Emilio Reus —meteoro de la especulación y del progreso— quien pasó como una tromba sobre la ciudad, dejando huellas indelebles. La política agita el ambiente y la vida social y cultural es intensa. Las tertulias del Presidente, en la señorial casa de la calle Canelones, son uno de los focos de atracción de la ciudad; el otro lo es el Club "Uruguay" y el otro Club, "Católico". Montevideo hace vida cultural y teatral intensa, mientras la Capital se va extendiendo en forma espectacular hacia el Sur y hacia el Este, en lugar de crecer hacia el Norte como hasta ese entonces lo hiciera.

Comienza lenta sí, pero inflexible, la decadencia de las grandes quintas. En 1870 el paseo de moda era el Puente de las Duranas y la vida social tenía por centro al Miguelete. Al fin del siglo, Ramírez, la antigua Estanzuela con la capilla semi derruida de los Reissig y el balneario de los Pocitos, que fundara don Rafael Pastoriza, iban tomando preminencia eminente. Se empieza a comprender el encanto del mar y a gustar de los atardeceres multicolores junto al Estuario o a contemplar en las horas de sol, el brillo de las arenas y de las aguas.

El 12 de Octubre de 1892, se celebra con unción el cuarto centenario del descubrimiento de América. Pueblo y gobierno toman parte en el homenaje de profundo



significado espiritual y junto a las glorias de España, loadas en frases de fuego, en nombre de todas sus hijas ante los muros del Convento de "La Rábida", por Juan Zorrilla de San Martín, aquí en Montevideo, en la Plaza Independencia, una solemne misa campal, corona las fiestas de aquel año.

Llegan al cenit Julio Herrera, Francisco Bauzá, Pablo de María, Justino Jiménez de Aréchaga, Carlos María Ramírez, Manuel Herrero y Espinosa, el Obispo Soler, mientras Eduardo Acevdo Díaz, quién en 1895 ha regresado de la Argentina, va a escribir editoriales de fuego en "El Nacional" y a publicar por ese entonces algunas de sus más famosas novelas.

"El modernismo" apunta ya sus dardos. En 1895 aparece la "Revista Nacional". La dirigen cuatro jóvenes distinguidos y son ellos Víctor Pérez Petit, José Enrique Rodó y Daniel y Carlos Martínez Vigil. Cinco años después, son todos célebres y Rodó, que ha dirigido a la juventud de América su Mensaje inmortal de "Ariel" es proclamado por Valera y por Altamira, Príncipe de los prosistas del nuevo Continente y numen titular de las mejores tradiciones hispánicas redivivas.

Las Facultades se pueblan de estudiantes. La vida teatral es intensa. Suplente, Tax y Enrique Kubly y Arteaga, hacen crítica certera y crónica llena de colorido de espectáculos, de artistas y de ambientes. El Solís, el Cibils, el Politeama, el Urquiza se disputan el cetro. Las grandes temporadas, de los meses de julio y agosto llenan de expectativa a la ciudad. Domina el "Bel canto". Un día sale a escena nada menos que Adelina Patti; otra vez De Lucía; otra vez Stagno; otra Tamagno y otra, en medio de la emoción de sus infinitos admiradores, Oxilia, quien en "Otelo" raya la altura de los más eximios artistas de la lírica mundial.

El teatro está en su apogeo. Se leen los comentarios de los grandes críticos de París y el público se emociona al oír la "Traviata", "Hugonotes", "Lucía", "El Barbero", "La Africana", "Mefistófeles", "Trovador".

Verdi, Donizetti, Rossini, Arrago, Boito, Meyerbeer, triunfan por doquier; y la "cazuela" y el "paraíso", son una institución. El entusiasmo por la gran Opera, se exterioriza, también, por el teatro de menor jerarquía y la cúspide la alcanza Chapin con la "Revoltosa" y sobre todo el maestro Breton con esa joya del "género chico" que es "La verbena de la Paloma".

La crisis del 94 fué felizmente solucionada pero en el 97 corre de nuevo sangre oriental, hasta que tras alternativas mil, la paz y el progreso se imponen al iniciarse el 900. Montevideo va camino de ser urbe trepidante y moderna en el siglo XX. Ya están cimentados los pilares de la futura expansión. Ya llegan Herrera y Reissig, Angel Falco, Vaz Ferreira, Blanes Viale. Todo va a cambiar, pero también con el cambio y con la evolución, sufrirá un vuelco profundo el escenario.

"Vida Moderna", que dirige Raúl Montero Bustamante, acoge en sus páginas, a los escritores más jóvenes y los jóvenes, fundan sobre la base de la Sala de Esgrima del Club Uruguay el Círculo de Armas. Se acaba la vida ciudadana de la época; el "dragoneo" a distancia que el siglo XX va a borrar, por 25 de Mayo y Sarandí; los paseos nocturnos en la Plaza Matriz y las citas en el Muelle grande de los Pocitos durante el Verano. Y en Carnaval los corsos y los "veglione" y las batallas de flores del Prado y los "faetons" tirados por briosos troncos, recorriendo los caminos polvorientos de Ituzaingó, hasta llegar al viejo circo en los días clásicos de la "Internacional" o de la "Revancha".

Carruajes ornados de niñas; bellos trajes, flores y alegría y gracia sana e ironía agil y chispeante, rodeadas las elegantes por los jóvenes y los caballeros "románticos", enfundados en sus "jacquets" impecables, que con la rosa en el ojal, ponían una nota plena de colorido, en un cuadro que se borraba inexorable.

UN POETA OLVIDADO, MANUEL B. OTERO

Fué en julio de 1857, en Montevideo y en un hogar de pro; en el que fuera de Don Luis Eduardo Otero y de Doña Romualda Bertrán donde naciera, el 14 de julio de ese año, Manuel B. Otero.

Su padre Don Luis desde muy joven integró el personal del Ministerio de Relaciones Exteriores y en 1847 fué por primera vez al Brasil y en carácter de Secretario de la misión que presidiera el General Melchor Pacheco y Obes. Quedó subyugado por la belleza de aquella tierra pródiga en panoramos cambiantes y poseedora de una cultura muy superior a la que existía en ese entonces en la ciudad cisplatina. Tuvo Don Luis Otero el culto por todo lo que fuera una manifestación superior. Estudió con ahinco y años después se graduó de abogado y en forma eminente ejerció esa profesión, así como la de Juez, al integrar en 1867 en el carácter de Ministro, el Supremo Tribunal de Justicia.

Este Don Luis era hijo de Don Manuel de Otero, español que vino a domiciliarse en Montevideo en los comienzos del Siglo XX. Persona de clara inteligencia, vasta ilustración y nobles condiciones morales, Don Manuel Otero, estableció la primera fundición de hierro que hubo en el país; y cosa curiosa y de interés. Con motivo de una parálisis que sufrió su cuñado Don José Vázquez, el padre de otro oriental ilustre, Don José Vázquez Sagastume, construyó para aquél la primera máquina eléctrica que existiera en el Río de la Plata y con la cual los médicos de la época hicieran con éxito apli-

caciones electroterápicas. Fué representante del comercio en casos de arreglo con el Gobierno, y Miembro de la Asamblea de Notables durante la Defensa de Montevideo. Por el lado de sus abuelos maternos, el Dr. Otero descendía de gente apasionada. Eduardo Bertrán, el hombre que el Dictador Latorre mandara asesinar por que le temía grandemente; el conspirador de la mina, en el antiguo "Fuerte" de Gobierno, contra Don Venancio Flores; el Diputado "conservador" de 1856 que hizo temblar a los sicarios de la época en las escaleras salpicadas de sangre de nuestro viejo Cabildo, fué su tío. En el entronque colonial provenía de los Paredes de donde descienden los Peña, los Rodríguez y los Gadea, que dieron por esta última rama, dos diputados a las Asambleas de Próceres de 1825 y de 1830: Don Santiago y don Lázaro Gadea.

Hogar de pro; tradición cultural; en su familia había habido siempre el inquietismo por conocer todo lo que representase un signo de progreso. Con el influjo de esa ascendencia y con los bagajes adquiridos en su hogar, Manuel Otero a los nueve años de edad partió para Río de Janeiro, a ser pupilo del célebre Colegio Pedro II, que el Emperador filósofo había fundado con el fin de formar hombres de Estado. Hemos oído de labios del propio Dr. Otero, lo que fueron aquellos años de estudio —de estudio intenso e integral— bajo la dirección sapiente de los padres jesuítas. Teología, Filosofía, Historia, Geografía Política, Anatomía Comparada, Ciencias Sociales, Matemáticas Superiores, Ciencias Naturales, ¡y cinco años de griego y siete años de latín! El joven Otero fué un estudiante excepcional; tan excepcional que al rendir su examen de Botánica en el que fué laureado con la máxima clasificación, el propio Emperador Don Pedro II, que presi-

día el acto, lo llamó para felicitarlo y le hizo entrega poco después, por intermedio de uno de sus ayudantes de un volumen —precioso recuerdo bilbliográfico— de la Biblioteca Imperial, que nuestro compatriota guardara con religiosa unción. Recibido de Bachiller, a los 16 años después de siete años de cursos intensos que fueron la base de su formidable cultura, regresa a Montevideo, revalida su título y, poco después, a los 20 años, se gradúa de abogado.

La juventud de Don Manuel Otero, fué magnífica. El movimiento cultural del segundo romanticismo, se inicia en ese entonces en Montevideo con máxima intensidad. El primer romanticismo había tenido por gestores principales a los unitarios emigrados en Montevideo y algunos orientales ilustres, como Andrés Lamas y Juan Carlos Gómez. El segundo movimiento que propulsa la reforma escolar, comienza en 1868 y florece a raíz del Pacto memorable de abril de 1872, que unió la familia oriental y marcó una fecha cumbre de nuestra Historia, cuajada de hechos heroicos y de actos muchas veces paradojales e inexplicables.

La Sociedad Universitaria y el Ateneo, entran en ebullición. El gran período del racionalismo se iniciaba. Manuel B. Otero, Juan Paullier y Luis Melián Lafinur, se transformaron en intérpretes de las doctrinas científicas y filosóficas que tenían por fin crear una nueva conciencia de bases intelectualistas en el sentido autonómico, frente a las doctrinas católicas tradicionales, que fueron defendidas, entre otros eminentes varones, por Monseñor Soler y Don Francisco Bauzá.

El movimiento racionalista cristaliza en ese período en que aquellos caballeros de leyenda lucharon contra la tiranía y contra las ideas del pasado reciente. En el Club Católico en 1878, Manuel Otero mantuvo una polémica con Monseñor Soler, sobre el Géne-

sis y la Biología. Se discutieron todas las hipótesis transformistas, defendidas con extraordinaria erudición por don Manuel Otero, frente a las doctrinas de la Iglesia; que Monseñor Soler afirmó, a su vez, en páginas memorables.

Wáshington Paullier, en su último libro "Ciencia, Filosofía y Laicismo", ha evocado al pasar ese período y refiriéndose a Don Manuel Otero, ha dicho lo siguiente: "Mantuve con él ya casi octogenario, algunas conversaciones sobre religión. Su delicadeza al cambiar ideas sobre mis creencias tan ajustadas a todas sus expersiones y ademanes, de intelectual, gentilhombre, estilo Siglo XVIII, me daban la impresión de un oasis, como de un mundo extinguido, al pensar en el neoliberalismo con sus grandes vías abiertas a todas las inferioridades de nuestro tiempo".

Hago esa cita por provenir de un hombre que ha escrito un libro de grande interés, de profunda erudición y de contenido polémico, sobre el movimiento filosófico y científico contemporáneo. Y este escritor, hijo de aquel gran racionalista que fué Juan Paullier, amigo íntimo del Dr. Otero, evoca con emoción al gentilhombre, tal como yo también lo conocí en sus últimos años, cuando hablaba con la serenidad de un griego, tenía siempre a la mano la cita oportuna, pero sin caer jamás en la jactancia de su saber, que por el contrario buscaba renovar, en el contacto con los nuevos espíritus. En 1878, se funda "La Razón". Daniel Muñoz, Manuel B. Otero, Prudencio Vázquez y Vega y Anacleto Dufourt y Alvarez, fueron sus redactores.

La polémica se inicia terrible contra el Dictador Latorre. Era una época en que el diarismo adquirió un brillo inusitado. Las gloriosas tradiciones de la Defensa y de los "conservadores" resurgían. Los editoriales tenían la misma fuerza demoledora y el mismo

poder idealista de la época en que Florencio Varela, redactaba el "Comercio del Plata" y Juan Carlos Gómez "El Nacional".

La política y los avatares de la vida, alejaron en 1884, a don Manuel Otero, del escenario en que actuara con brillo singular. Vuelve a fines de 1887, a integrar el Parlamento. Se revela a los 30 años, como un hombre de experiencia política consumada. Sus discursos, en la época en que le tocara actuar han quedado clásicos. Discute con Francisco Bauzá, con Carlos María Ramírez, con Martín Aguirre, con el propio Ministro de Gobierno don Julio Herrera y Obes, quien muchas veces concurría a las sesiones del Cuerpo Legislativo, a defender los proyectos del Ejecutivo, con su elocuencia arrebatadora y con su fino espíritu, manejador admirable de la ironía y conocedor profundo de hombres, de ambientes y de cosas.

Luego de 1890 a 1902, un interregno y de 1902 a 1931, una carrera política extraordinaria. Diputado, Senador, Presidente del Senado, Vicepresidente de la República, Ministro de Relaciones Exteriores, Miembro del Consejo Superior Universitario, Vicepresidente del Puerto de Montevideo, Ministro Plenipotenciario en Chile, Ministro de la Suprema Corte Internacional de La Haya. Cargos y dignidades preciadas en superlativo grado. Pero por arriba de los cargos y de las dignidades, por que encierran un valor más permanente, están sus obras. La misma multiplicidad de sus actividades le obligaron a dispersar esfuerzos. Tenemos, sin embargo, que citar algunos trabajos cumbres. En primer término, sus estudios sobre el Puerto de Montevideo, mientras fué Abogado Asesor y Miembro de la Comisión iniciadora de las obras. En el campo jurídico; en la Geografía; en la propia Ingeniería, dejó páginas cuajadas de observaciones agudísimas. Y esta actividad la continuó en los últimos años, habiendo defendido

sus ideas con gran calor y erudición cuando se construyó la Dársena Fluvial. Sus estudios sobre "Las brisas y la rotación de los vientos en el puerto de Montevideo" y "El porvenir de la pesca en el Río de la Plata y en las costas Patagónicas", presentados al Primer Congreso Latino Americano, que se celebrara en Buenos Aires en el año 1900, son monografías de altísimo valor porque señalan directivas fecundas en la dilucidación de importantes problemas. Y luego sus discursos, muchos de los cuales han sentado cátedra, entre los que recordaré el que pronunciara en 1921, sobre tarifas ferroviarias, página clásica de nuestro Derecho Público.

Vida múltiple, vida extraordinaria, la de este hombre que sabía de todo y tenía el culto de la belleza y de la gracia cual un verdadero renacentista. Porque si bien es cierto que en algunos momentos soñaba con la serenidad de un griego, bullía muchas veces la pasión de su sangre, proveniente de estirpe española florecida en tierra charrúa, fuente también de energías indomables y de expresiones bravías.

El Dr. Otero, escribió, en medio de esa actividad febril y durante toda su larga existencia, hermosos versos y al final de su vida reconstruyó muchos de ellos y los reunió en un volumen, aparecido en 1931 el cual, infelizmente, es muy poco conocido en nuestro medio.

*
* *

"Selección de apuntes y pensamientos literarios; pequeñas distracciones de medio siglo de vida intensa". Tal es el juicio que merece el libro a su ilustre autor. Pasemos a analizarlo.

¿Dentro de qué movimiento podemos clasificar las composiciones de "Poesías Varias"? Difícil, cuando no imposible, pretender enmarcar en el cuadro de la his-

toria literaria, los tesoros que allí se encierran. Tuve ya oportunidad de señalarlo en la primera parte de esta estampa. El Dr. Otero casi octogenario trabajaba con su buril de artista en la composición de sus versos, tocados con el espíritu de su primera juventud algunos de ellos, profundos y graves los otros, e influídos casi todos, por su formidable cultura, que no había sido, sin embargo, capaz de marchitar el credo romántico, al cual quizás sin saberlo y sin quererlo, fué fiel hasta el fin de sus días. Porque aquel hombre que leía a Platón y a Demóstenes en el texto; que afirmaba su renunciamiento ante los máximos honores y dignidades de la vida que él había conocido y gozado como el que más, seguía creyendo con el mismo apasionado ardor de los 20 años, en la belleza, en la gracia y en el amor, bajo el influjo de la flauta del Dios Pan, que cantara en versos inmortales, el inmortal Rubén.

Pasan las almas,
como sombras chinescas
Por el teatrito humano de la vida;
Mientras Pan va sacando
Melodiosos, fantásticos sonidos,
de la flauta de cañas.
¡Ya es eso historia antigua!
Deja para el filósofo las cosas
Profundas, misteriosas,
Del principio y del fin;
Que es mejor ir a ver las mariposas
Cuando van a volar sobras las rosas
En la mañana tibia del jardín!

El filósofo abandona sin nostalgias los campos profundos de la meditación para decirnos que hagamos de la vida una eterna primavera por el triunfo de la juventud y de la gracia.

Y ese consejo nos lo entrega el poeta, al final de una larga carrera, cuando está ya en el recuerdo su glorioso pasado de polemista; de político orientador; de hombre de ciencia sapientísimo; y de varón de fuertes pasiones para defender los intereses públicos.

El cuerpo es vencido en el drama inexorable. Don Manuel Otero apenas ve. Su talle se encorva cada vez más. Le queda, sin embargo, la cabeza de inconfundibles aristas; la expresión de categóricas definiciones y el brillo de sus ojos que no reflejan, es cierto, sobre el nervio óptico las vibraciones de la luz que llega en el juego sensorial, pero que parecen querer, sin embargo, en su misma inexpresiva serenidad, escudriñar el más allá.

Me parece verlo y oírlo recitar en voz baja "Pasan las almas". Leía la composición con el auxilio de un poderoso vidrio de aumento. En parte la recitaba de memoria. En el ambiente severo de su escritorio, grávido de papeles y enmarcado de preciosas porcelanas y de raros libros.

¡Qué profunda emoción fluye de aquellas estrofas, escritas a esa edad!

El dolor físico parecía no contar en el cálculo de sus designios. Su cuerpo se desgarraba, pero su espíritu tenía la misma sutileza y la misma emoción de sus mejores poesías líricas.

Leed una vez más:

Ama a todas las cosas;
Ama a todos los seres;
Que amar es el placer de los placeres,
Y el amor hace finos y hace hermosos
Aun a los más groseros de los seres
Aun a las más mezquinas de las cosas.

El triunfo de la belleza y de la gracia por el amor.

La erudición y la fuerza polémica y la voluntad de hierro y la filosofía y hasta el dogma, se esfuman como por cerebración inconsciente, mientras Pan saca de la flauta de su caña inmortal, fantásticos sonidos, que pueblan el escenario del mundo, en el devenir de los siglos.

Había dicho anteriormente que don Manuel Otero, permaneció sin saberlo y sin quererlo quizás, fiel al credo romántico. En "Poesías Varias", encontramos algunas composiciones típicas de ese movimiento literario.

Tal la intitulada "En el mar tropical", idilio de fuerte inspiración lírica.

Siéntate junto a mí, que, sin hablarnos,
Y oprimiendo tu mano,
Te diré mis secretos
Y me dirás los tuyos,
Y hablarán con nosotros
Las nubes, y las olas y los astros...
Y si, en vez de las mudas confidencias,
Prefieres los cantares,
Ven a apoyar la sien sobre mi hombro,
Que la noche es hermosa
Y el silencio propicio
Al musitar de las palabras mágicas
Cantadas al oído.

El romanticismo, en su primera época, culmina con Echeverría y con Juan Carlos Gómez. Cierto es que Alejandro Magariños Cervantes, ejerció el cetro poético durante un largo lapso; pero su romanticismo fué más frondoso. Al vivir en el ambiente literario del Madrid de su tiempo, se impregnó de la técnica de los

vates máximos, que manejaban el verso con ampulosidad fetichista. Juan Carlos Gómez, en cambio, fué siempre medido en sus imágenes. Y esta característica de su obra—que es típica en los poetas rioplatenses de su generación—se ejerció a través de aquel gran maestro de idealismo, en forma inconfundible, sobre los hombres del segundo romanticismo.

Fué el Ateneo, el escenario que sirvió de fondo luminoso a la plena manifestación de Manuel Otero, integrante de esa generación que evocamos.

En aquella época se definieron las características substanciales del autor de "Poesías Varias". Cierto que los renacentistas, orlaron con supremos resplandores la cultura de ese hombre excepcional. Y así es que, como cuando se lee alguna de sus obras; "Erasmus", cuento fantástico de prosa preciosista, o las pocas páginas que nos dejara en borradores de su inconclusa novela "Pietro Donatelli" se cree por momentos que aquel hombre hubiese vivido ha cuatro siglos, platicando en los talleres de los orfebres florentinos o contemplando el Mar Mediterráneo—azul y sereno—desde las costas de la Italia del "cuatrocientos" salpicadas de ciudades creadoras de civilización.

Pero si ahondamos más en la interpretación de la vida y de la obra de este varón ilustre, vemos que hay una aspiración de autonomía de su cultura que reivindica, en última instancia, los pensamientos nuestros. Porque Otero fué—pese a todo—un rioplatense auténtico y en su romanticismo se notan las influencias básicas y las características esenciales de ese movimiento literario, en su clara expresión platina.

Alguna de sus composiciones descriptivas como "El banco", "El jardincito de la casa vieja", "En las horas de sol", "El chubasco", son bien expresivas a ese respecto.

He aquí una de ellas, la intitulada "El jardincito de la casa vieja":

¡Qué lindo era aquel patio ajardinado
de la vetusta casa solariega,
Con sus arriates de ladrillos rústicos
Y sus musgosas enlosadas sendas!
¡El aljibe cubierto
Con casillas de rejas
Adornadas con flor de pajarito
Y claveles del aire; la cadena
Corriendo rumorosa en la rondana
Y levantando el balde de agua fresca;
Filas interrumpidas de arrayanes,
Paredes afelpadas verdinegras,
El granado de frutas entreabiertas,
Un limonero lleno de limones,
La higuera turca de las dulces brevas,
Y, bajo el zarzo espeso de jazmines,
Solitarios los dos bancos de piedra!

Palabras hilvanadas con íntima emoción. Todo es bello y sutil en esas composiciones, que serían clásicas si nos atuviésemos a la perfectibilidad con que ha sido arquitecturado el verso, pero que tienen el sabor de nuestro más genuino romanticismo, en la época de los viejos lares, que el trepidar de la vida moderna, vertiginosa y cruel, ha triturado, con su devoción al maquinismo o a la técnica implacable.

En la primera parte del libro nos encontramos con composiciones impregnadas de una profunda filosofía, tales como "El Himno rústico", o "La Santa y la Serpiente", tragicomedia, inspirada en un pasaje del Dante.

No puedo analizar en todos sus detalles a "Poesías Varias". El libro encierra tesoros inapreciables y sería necesario interpretarlo en forma integral, lo que es difícil siempre y máxime, cuando la erudición no abunda.

He querido eso sí, dar una idea somera de lo que es esta obra y de evocar a la vez a su ilustre autor. Frente al Estuario y desde el pasado, Prudencio Vázquez y Vega, el Filósofo y Anacleto Dufourt y Alvarez, el Poeta, como él los denomina en "Athenea", composición inicial de "Poesías Varias", parece que nos inspiraran en la evocación sentida. En tanto en la noche hermosísima, "La luna escribe sobre la mar serena trémulos jeroglíficos de plata". Y son esos jeroglíficos —que nadie sería capaz de resolver porque encierran en sí el misterio de la vida— los que presiden todos los movimientos civilizadores del tipo del de los ateneístas y del cual fuera paladín, con gallardía y prestancia de gran señor del pensamiento y de la forma, el Dr. Manuel B. Otero.

JOSE ENRIQUE RODO

Nos parece todavía verlo con su andar desgarbado, con su mirada imprecisa, como contemplando el más allá, tal, como ha quedado grabada su efigie en el magnífico retrato de Barthold, en que el pincel del artista ha apresado con rara certeza los rasgos nada definidos, de quien fué, sin embargo, uno de los espíritus más egregios para rendir permanente culto a la belleza.

Por la calle Caiguá, que poco después cambió su denominación en el nomenclator, por el de gran Jurisconsulto Eduardo Acevedo, próximo a la una de la tarde, iba con paso lento el Maestro, camino de la Biblioteca Nacional donde pasaba gan parte de su tiempo en busca de datos para un Ensayo que nunca escribió y que esperaba fuese su "capolavoro": "Melchor Pacheco y Obes". Leía mucho por eso entonces sobre los episodios memorables que tuvieron por escenario al Montevideo del Sitio Grande y sobre todo las colecciones de "El Iniciador", de "El Comercio del Plata", de "El Nacional", en donde todo el movimiento romántico que propulsaran Lamas, Echeverría, Alberdi, Mármol y Rivera Indarte, junto al clasicismo evolutivo de Florencio Varela, quedó encerrado en páginas apasionadas, escritas en ardientes polémicas, o en dardos certeros contra la tiranía de Rosas, o de defensa, de lo que los intelectuales de hace un siglo llamaban "la independencia cultural de América".

Rodó, que frisaba en los cuarenta y tres años, no había podido aún, dialogar con las culturas europeas y en especial con la del Renacimiento, que él conociera en sus menores detalles, hasta que una propuesta imprevista, y en momentos de dificultades financieras, por parte de la revista argentina "Caras y Caretas", hizo que aquel abandonara sus trabajos de investigación y se despidiera para siempre de su ciudad natal.

Tenemos un vago recuerdo de la escena prócer.

Desde los balcones del Círculo de la Prensa el gran pensador, dirigió por última vez, la palabra a la juventud. Su voz era pastosa y la emoción que lo embargaba hacía difícil, por momentos, oír los diáfanos consejos del Maestro, que cual nuevo Gorgias se despedía de sus discípulos.

Y habló, y habló serenamente. Y luego siguió la manifestación hasta la plaza de la Constitución, y desde los balcones del Club Uruguay volvió a mostrarse a la juventud el Maestro.

No era el Agora ni se contemplaba el acrópolis donde el genio de Fidias plasmó el milagro del Partenon, expresión máxima de la armonía y de la belleza lograda como una estupenda floración del equilibrio. Era sólo nuestra vieja plaza de la Constitución, teatro sí de sucesos emotivos y gloriosos, limitada hacia el costado Este por las calizas piedras del Cabildo, desde cuyos balcones Lavalleja y los próceres militares y civiles de la Revolución tomaron el juramento de la Constitución Patria al pueblo, al clero y al ejército, en un memorable 18 de Julio; y domeñado el cuadro hacia el Poniente por las torres severas de la Catedral, Casa espiritual de la ciudad y venero glorioso de su historia.

Las notas del Himno y los versos inmortales de Acuña de Figueroa unían en apretado haz a los jó-

venes que recibían a través de hilos invisibles de corazón a corazón, según la imagen feliz de Barret, la suprema lección del Maestro.

Rodó—con el recuerdo de la Patria grabado a fuego—contempló el Océano. Y dijo del mar y de su mito, el Proteo de la leyenda helénica, cosas bellísimas.

Y visitó a Barcelona y a Génova y a Florencia, la más alta expresión de la armonía del pensamiento humano después de Atenas; y dialogó en la Roma Imperial con los gatos de la columna Trajana y con los titanes del Renacimiento, Miguel Angel, Brambante, Rafael, hasta llegar, ya físicamente vencido, a morir solitario en Sicilia, el primero de mayo de 1917, después de haber contemplado desde las colinas de Roma y de Florencia los atardeceres del Tiber y del Arno, y de haber gustado como un hombre del "cuatrocientos" la belleza sin par de Santa María de las Flores o del Batisterio o de la galería Pitti, dialogando con Leonardo, con Miguel Angel, con el Giotto, con Boticelli, con fray Angélico y con Rafael, máximos exponentes de una cultura inigualada.

*

*   *

José Enrique Rodó nació en Montevideo el 15 de Julio de 1872. Estudió en el colegio "Elbio Fernández" y a los veinte años abandonó las aulas para dedicar su vida entera a la cultura. Fué un autodidacta y llegó como pocos a conocer la historia literaria del Río de la Plata y a gustar del pensamiento y de la forma de los grandes maestros de Francia, sobre todo de Renan, de Taine y de Guyau, que fueran sus mentores, hasta penetrar más tarde en los menores secretos de los clásicos españoles del Siglo de oro que enriquecieron su léxico.

Con Víctor Pérez Petit —el crítico insigne— y los hermanos Daniel y Carlos Martínez Vigil, Rodó fundó en 1895 la "Revista Nacional", que fué la más alta expresión de la cultura de su tiempo.

El modernismo hizo allí sus primeras armas. Todavía primaban en el ambiente los grandes valores del segundo romanticismo. Julio Herrera y Obes ejercía predominio político, con su magnífico señorío intelectual; Juan Zorrilla de San Martín, escribía sobre el firmamento de España una estela de gloria para las letras americanas, como Ministro ante la Corte de doña María Cristina; Francisco Bauzá se consagraba, en ese mismo año de 1895, como nuestro más eminente historiador, en tanto en la cátedra o en el periodismo o en el libro, definían sus magníficas personalidades, Carlos María Ramírez, Luis Melian, Lafinur, Juan Carlos Blanco, Alfredo Vásquez Acevedo, Francisco Soca, Eduardo Acevedo Díaz, Juan Paullier, Manuel B. Otero.

Con Marti y con José Asunción Silva el modernismo entró en la literatura castellana. Desde América iría el soplo renovador a España, sobre todo con Rubén Darío, el poeta exquisito de "Azul" y de "Prosas Profanas", a quien Rodó consagró un estudio crítico magistral, y en que es difícil afirmar a dónde llega más alto el arte de la palabra escrita o de la emoción estética, si en el prosista insigne o en el poeta inmortal.

De esos mismos años data el estudio que Rodó dedicara a "Juan María Gutiérrez y su época", que ampliado publicó años después (1912) en el "Mirador de Próspero" y algunos de sus mejores ensayos cortos que integran aquel hermoso libro.

A fines de 1898 España es vencida en su guerra con Estados Unidos y la paz de París seguida de la enmienda Platt pone frente a la gran nación del Norte victoriosa, a la mayoría de los intelectuales de hispano América.

El siglo XIX fué de oposición al godo. El siglo XX iba a ser de admiración permanente hacia todo lo que fuese español. Adalid de ese movimiento fué Rodó mientras en España la "generación del 98" con Ganivet, con Unamuno, con Baroja y con Azorín, iniciaba uno de los movimientos de renovación más profundos que se recuerdan, desde el Siglo de Oro.

Al imperialismo yankee Rodó respondió con su inmortal mensaje de "Ariel" (1900). Don Juan Varela loó el Ensayo, escrito en un castellano digno de las mejores páginas del antaño inmortal. Ariel, símbolo del espíirtu, se enfrenta a Caliban, que lo es de la sensualidad, mientras se exalta a la democracia selectiva y se rinde pleitesía al culto de lo especulativo, valores que parecen no caber ya en el marco de un mundo enloquecido.

El vuelco dado por la Humanidad en cuarenta años, ha sido, en efecto, tan profundo, que el ideario de Rodó ha llegado hasta ser negado por escritores que se cotizan mucho en el actual cuadro de las letras americanas. Quizás haya en todo ese movimiento crítico demoledor un trágico y profundo error. A la larga el espíritu y sus valores eternos primarán con la serenidad de los mármoles griegos, sobre la técnica desaforada y cruel y al volver el hombre a su justo medio, sobre todo el hombre americano, después de sufrir los embates de las fuerzas desencadenadas, encontrará, sin duda, en el ensayo de Rodó, con lógicas rectificaciones ante nuevos estudios de la cultura, una bella y ágil expresión de auténticos sentimientos del alma ibero americana.

"Jacobinismo y Liberalismo" nos muestra al Rodó periodista adoctrinando con su espíritu superior en un debate del cual es símbolo de la caridad cristiana quedó, si es posible aun engrandecido, frente al denuesto inútil.

El Maestro así nos lo decía: "Llámase al lazo so-
" cial fraternidad, igualdad o solidaridad; llámase al
" principio de desinterés caridad, filantropía o altruis-
" mo, la misma ley de amor se impone confirmando co-
" mo elementos esenciales de la sociabilidad humana,
" como substratum de todas las legislaciones durables,
" los viejos principios con que se ilumina en la infan-
" cia el despertar de nuestras conciencias: "Amaos los
" unos a los otros". "No hagas a otro lo que no quieras
" que te hagan a ti". "Perdona y se te perdonará". "A
" Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del Cé
" sar". La ley moral, adoptada en el punto de partida
" por iluminación del entusiasmo y de la fe, reaparece
" al final de la jornada como la tierra firme en que se
" realizase la ilusión del miraje..." Para agregar, poco
después: "¿Quién no se arroba ante estas supremas
" armonías de las cosas que parecen más lejanas y
" discordes? Hay en la inspiración moral, como en la
" alta invención poética, un género de potencia adivi-
" notoria; y lo característico, en uno, como en otro caso,
" es anticipar, por la síntesis alada de la intuición, lo
" que se recompondrá tras largos y ordenados esfuer-
" zos, con los datos menudos del análisis... No exis-
" te, pues, una caridad traída por revelación de la cien-
" cia, que pueda oponerse, como entidad autónoma y
" substancialmente distinta, a la que hemos recibido de
" los brazos maternos de la tradición. La caridad es una
" sola; la caridad, como sentimiento, como voluntad,
" como hábito, como fuerza activa: la que levanta asi-
" los y recoge limosnas y vela junto al lecho del do-
" lor, no es sino una; y el fundador de esta caridad en
" la civilización que ha prevalecido en el mundo, es
" Jesús de Nazareth; y la conciencia humana lo reco-
" nocerá y lo proclamará por los siglos de los siglos."

En 1909 el escritor nos deslumbra con sus "Motivos de Proteo". Rodó llega a su suprema labor de artífice del pensamiento y de la forma en ese libro inmortal. Sus "parábolas" encierran una filosofía fuerte y optimista. "Reformarse es vivir" nos dice el Maestro para hablarnos más tarde de la voluntad en "La pampa de granito" o en "Los seis peregrinos" o en "Mirando jugar a un niño", donde las imágenes del sonido de la copa de cristal y de la flor simbólica, parecen estar tocadas por un hálito de la poesía de Tagore.

"El Mirador de Próspero" encierra valores dispares pero están allí los dos mejores ensayos de Rodó: "Bolívar" y "Montalvo".

Se ve a través de aquella prosa maga cómo es de augusta la figura del Libertador; se siente palpitar al genio en toda su eclosión magnífica, cuando el Héroe escribe sobre la Cordillera de los Andes su suprema epopeya, que culmina en Boyacá; o se le ve erguido y visionario desde los congresos de Angostura o del Itsmo dictar los fundamentos del Derecho público americano. También es grande Rodó cuando evoca al pamfletista insigne de Ambato. El Maestro de los "Siete Tratados" y de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" quien, al igual de Rodó y de Martí y de Blanco Fonbona, escribió genialmente sobre la figura astral de Bolívar.

Uno cree al leer "El Montalvo", estar contemplando la Cordillera de los Andes; a sus tajos profundos, a sus volcanes en perpetua ebullición, a sus nieves eternas. Ventisqueros enormes y cumbres sin par; nubes grises o violáceas o cielos foscos o de infinita pureza. El "todo" ora se esfuma, ora se dibuja con fuertes aristas bajo el sortilegio de aquellas palabras esculpidas por el escritor genial, cual si fuese un friso ciclopeo burilado por Fidias sobre las laderas de los Andes.

Rodó llega como escritor al máximun de su potencia de artista de la palabra maleable, su "gesta de la forma", en esos dos ensayos antológicos, cumbre de su labor de escritor.

Honores máximos en inolvidable ceremonia recibieron los restos de Rodó a su regreso a la ciudad natal. Homenajes al artista, al pensador y al ciudadano, porque como ciudadano Rodó nos dicta, también en el curso de su vida corta y afirmativa una magnífica lección moral.

Diputado y periodista practicó en vida sus consejos en una admirable unidad del pensamiento con la acción. Combatió lo que creyó equivocado con fé inquebrantable. Lo que predicó a los jóvenes acerca de la democracia en 1900, lo practicó en 1905 y en 1913. Pasó por el Parlamento firme y enhiesto en su magnífica serenidad. Rindió culto a los supremos valores caídos, ante el cadáver todavía caliente de Julio Herrera y Obes y cuando la mediocridad quiso imponerse desde los oscuros sectores del Comité, él volvió al ostracismo político en dura situación económica, con un gesto de suprema elegancia para predicar frente a la incomprensión, o a la agresividad inmotivada, una suprema lección de tolerancia, en defensa de los valores eternos, a los cuales rindiera un culto tan perdurable y sincero.

LA VENTANA DE ESCULAPIO

Soca

Evocar una gran figura, es algo que subyuga al espíritu.

A través de la vida de un mártir, de un héroe, de un esteta, de un sabio o de un santo, es posible acercarse a los límites jamás alcanzados aunque siempre soñados de la perfectibilidad. De ahí la magnífica lección que surge de una existencia fuerte, que en el balance definitivo, nos deja como suprema ofrenda un testamento de perseverancia, de dignidad, de sabiduría, de gracia y de emoción, que sirve de activo fermento espiritual.

Tal la característica substancial de los auténticos valores del pensamiento. Tal Francisco Soca — maestro por la prosapia de su cerebro, por la férrea voluntad de su espíritu, por su inmanente vocación.

Figura muy nuestra y muy francesa.

Figura que tuvo que enfrentarse con el ambiente hostil para imponer la verdad de su doctrina y la pureza de su ciencia; aplicando como herramientas constructivas puestas al servicio de su genio, lo que había aprendido de los grandes sabios del siglo XIX, de Laennec, de Claudio Bernard, de Pasteur: es decir la observación y el método, que dieron a su ciencia, su carácter y su vigor de análisis.

Francisco Soca "fué el arquitecto de su propio destino". Triunfó por sus cabales; se impuso por su perseverancia. Piedra sobre piedra, etapa por etapa; acto por acto, fué, poco a poco, burilando su magnífica personalidad y llegó a la cúspide del pensamiento, como un triunfador antiguo que se hubiese puesto al habla con los dioses. Su talento fué indiscutido. Ni la pasión política, ni los juicios adversos a determinadas actitudes, ni la ingratitud de los hombres, llegaron a empañar sus prestigios intelectuales. Fué indiscutido como valor del pensamiento, como maestro sapiente, como médico sabio, como esteta dominador.

Soca fué por sobre todo y ante todo un eminente médico.

Del contacto con el dolor sacó una filosofía propia.

De su misión de desentrañar de los síntomas, el diagnóstico a veces claro, otras veces nebuloso, algunas veces imposible de lograr, comprendió el sentido íntimo de la vida y la profunda belleza que se encierra en el misterio, de los sistemas, de los órganos y de los aparatos, que sinérgicamente constituyen la armonía vital.

Y en su búsqueda de la Verdad, que persiguió a través de su labor de investigación clínica, encontró a la Belleza, que le hizo crear, meditar y soñar.

Porque creaciones son sus trabajos científicos y creaciones son, sin duda alguna sus conferencias y discursos, donde a través de la armonía de las palabras, se nos aparece un trozo del complejo vital que él desentrañara diariamente. Y su síntesis está en "El Médico", el ensayo de conceptos profundos y de frases arquitecturales, en que Soca nos abre generosamente su espíritu enseñando a los jóvenes qué sentido y qué fin tiene esa profesión sacerdotal dentro del conglomerado social.

Los que tuvieron la dicha de ser discípulos de Soca recuerdan siempre sus magníficas lecciones.

Los que no lo fueron, reciben hoy a través de sus discípulos y de sus páginas, la vibración de su luz interior. En esa luz está el secreto de la inmortalidad. La ciencia sigue su eterno "devenir". El gran misterio del destino humano es posible que nunca pueda develarse.

El hombre para avanzar hacia la conquista de su suprema aspiración, tendrá siempre que basarse en las obras constructivas del pasado, que cimentaron los sabios y los fuertes. Las generaciones del presente y las generaciones de lo porvenir deberán auscultar las enseñanzas fecundas de la historia que en sí misma — según el decir de un filósofo pragmatista,— es construcción y acción.

Soca grabado con caracteres fuertes, es y será uno de los pilares de nuestra ciencia médica. Y junto a su busto —que el buril de Bourdelle plasmó en el bronce— las nuevas generaciones vibrarán de tiempo en tiempo con su espíritu, siempre vencedor y siempre lozano, "cual símbolo de lo que puede llegar a ser, en un medio incomprensible y frío una mente luminosa y una larga juventud del corazón".

Ricaldoni

Suave y de una suavidad que subyugaba. Su cabeza tenía los rasgos inconfundibles del sabio y su voz era de un timbre armonioso, como armonioso era dentro de su pobreza física, el espíritu de aquel gran señor del pensamiento, que fué Américo Ricaldoni.

Era un médico si, pero tenía por sobre todo, los rasgos del Maestro y del humanista y el culto de la serenidad como suprema expresión de jerarquía humana.

Hablaba con pulcritud; sabía interpretar y comprender el dolor ajeno. El dolor físico que desespera y el dolor moral que aniquila a las mentes más claras y a los caracteres más firmes. Sabía Américo Ricaldoni, que ciencia, arte, vida e historia, son un todo indivisible y que si la Verdad es huidiza, la belleza es eterna. Por eso era él, forjador de belleza y catador de lo Bello. Vivía al final de su existencia preclara en su quinta del Prado, cruzado el Parque de claros senderos. Allí soñaba con lo que era la suprema pasión de su vida: buscar un bálsamo para los que sufren y descubrir un método o un procedimiento para dar la vida al enfermo que va a caer en las garras de la muerte o en las garras, aún más trágicas, de la cronicidad.

Se le iba la vida al Dr. Ricaldoni. Inexorable el término se aproximaba. Los síntomas no podían engañar al Maestro que había sido artista eximio del diagnóstico. Pero Ricaldoni, no cejaba en su esfuerzo creador. Su físico débil era sostenido por la llama ardiente de su fuego interior.

De la nada crearía el Instituto de Neurología, que con sus "Anales", fué su testamento de hombre de ciencia, como habían sido célebres y son obras clásicas de nuestra literatura médica, sus trabajos sobre la "Sangre" o sobre "Patología Americana".

Muriéndose había corregido las últimas pruebas y corregido y compaginado los últimos capítulos.

De él nos queda esa obra y su doctrina médica y sus sabias enseñanzas y el recuerdo de su sagacidad clínica y su culto por la música y el arte y las lecciones de su vida de médico,' el de las inexcusables consultas prácticas; augur en las penas de la intimidad y el recuerdo del hombre, que con suave ternura y maestría singular, fué expresión insuperada de lo que debe ser el sacerdocio profesional de los grandes maestros.

Morquio

Fué hijo de su esfuerzo; ejemplo de trabajo y de vocación. Rudo exteriormente, pero grande, de una grandeza aleccionadora en su vida de Maestro y de Médico. Era popular en Montevideo, donde se le veía pasear por las calles céntricas o en el S.O.D.R.E. como oyente infaltable a los grandes conciertos, pues, era un apasionado amante de la música. Era esta, en verdad, su única afición paramédica. Lo demás de su vida, en su casi integralidad —porque Morquio trabajaba hasta diez y seis horas diarias— era buscar por todos los medios a su alcance el bienestar del niño.

Vivía en el Hospital o en su consultorio, o en el Instituto Americano de Protección a la Infancia, trabajando siempre como clínico sin par; como propagandista; como sociólogo profundo; como codificador o como Maestro en la cátedra; porque todo eso lo fué Morquio en su vida y lo alcanzó, poco a poco, tras denodados esfuerzos, en que su voluntad estaba siempre tensa como un arco.

Era unilateral; no poseía dotes oratorias; escribía con bastante dificultad; desconocía muchos de los resortes del intelectual de raza; pero en cambio era un hombre de acero y poseía, llama sagrada, para resolver todo lo que se relacionara con el bienestar del niño. Llegó a escribir con corrección y hablar con donosura. Tenía 60 años de edad y estudiaba como si tuviese 20 y adoctrinaba con noble pasión contagiosa. En su hora, cumplió quizás como nadie, la misión concreta que se trazara, con su caracter, con su saber y con sus procederes.

Lo conocí íntimamente; fuí su Secretario y colaboré con el Maestro en gran parte de su acción social. En su persona, todo resultaba digno de ser examinado a una intensa luz. Era Morquio un panorama cambiante dentro de un mismo fenómeno sensorial; incapaz de ocultar su sentir; vivía siempre con su mismo ritmo y su mismo ademán y su franca sonrisa inconfundible.

Carecía de muchos de los atributos que hacen atrayentes a los hombres. Jamás se hacía simpático a propósito porque ese proceder le hubiese parecido una falsedad inutil. En ese sentido era incapaz de una infidencia para consigo mismo. Decía siempre lo que creía su verdad y estudiaba sin desmayo, para que todo lo que se propusiera realizar en bien de los otros, resultara sabiamente mejor; dentro de su unilateralidad, dejó definidas las fascetas de un sabio de renombre mundial; porque en el Uruguay y en América toda, no se podrá hablar del niño, que es una esperanza, un patrimonio, un porvenir, sin que surja el recuerdo del Maestro incomparable, cuyos rasgos presiden desde el bronce, la evolución y el progreso permanente de la Escuela Pediátrica, que él supo crear, engrandecer y afirmar.

EL MUSEO ZORRILLA DE SAN MARTIN

En "El Sermón de la Paz" Juan Zorrilla de San Martín ha evocado su sereno retiro de Punta Carreta, donde escribiera "La Epopeya de Artigas" y el hermoso libro que recordamos y donde viviera, en paz espiritual los últimos años de su vida clara y armoniosa.

"Sólo yo sé —nos dice el Poeta— la influencia de " ese solar sobre el último tercio de esta mi vida, que " voy viviendo; por él he sabido de las estaciones y " del beneficio de las lluvias y del brillar de las estre- " llas en su plenitud... Nada puede darse de más " insignificante que esa mi casa; pero no lo es para " mí, por cierto. Como el terreno con la naturaleza, esa " obra de arquitectura me pone en contacto, también, " con ella, con la naturaleza y me habla familiarmente " del arte más propicio a incorporarnos a la tierra que " habitamos..." "Yo pagaría mucho dinero para tener " cosas baratas, producidas por mi ingenio, sin dinero, " salvando de la destrucción lo que parece inútil, un " pedazo de madera, una herradura, etc., mientras dejo " pasar sin pena, de mis manos a las ajenas, los gran- " des valores. Hasta llego a creer que es perdido para " mí, todo lo que no doy... El Paisaje natural que allí " me rodea, tiene todo cuanto es dado desear; nitidez " de dibujo, riqueza y armonía de tonos, luminosidad, " expresión definida. El Río de la Plata, que ocupa todo " el horizonte y se llega con sus aguas hasta mi puerta, " es el protagonista, como no puede menos, de mi dra- " ma de color". (1).

---

(1) "El Sermón de la Paz". Págs. 45 y 47.

Allí, en uno de los parajes, sin duda, más hermoso de Montevideo, contempló el Poeta en los amaneceres de oro y en los crepúsculos inefables toda la maravillosa gama de colores de nuestro cielo, reflejado sobre las aguas, ora serenas, ora cubiertas de blancos picachos, del estuario.

Hoy día, y por feliz decisión del gobierno de la una Escuela ciudadana y en un Museo donde se guar- República, la Casa de Zorrilla se ha transformado en dan religiosamente los recuerdos valiosos de una existencia constructiva, puesta siempre al servicio de los más altos intereses nacionales.

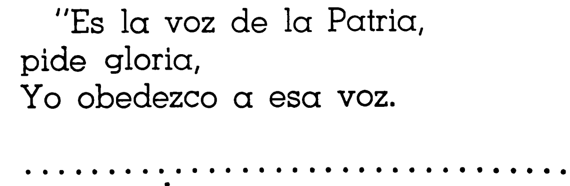
Lugar para la meditación, ese noble retiro.

La Casa de Zorrilla tiene, en efecto, el mismo valor simbólico de las que los pueblos veneran en Europa o en las viejas ciudades de América, grávidas de historia. Cuando todo se transforma o todo se olvida o se niega, ese refugio, que es un canto de fe inconmovible a los altos destinos de un pueblo, tiene características semejantes a los lugares donde los filósofos de la Antigüedad dictaban sus lecciones imperecederas.

Zorrilla de San Martín hizo allí Patria. Meditó y escribió en ese retiro con pluma de poeta en prosa bellísima y sonora la "Epopeya de Artigas", que es un trozo viviente de la tradición.

Héroes y palabras; realidad y labor literaria, se entremezclan en apretado haz. De Artigas no es posible hablar sin recordar a Zorrilla y de la Patria no es posible hablar con emoción, sin recitar "in mente" los versos inspirados de "La Leyenda".

Tenía el poeta 23 años, cuando por vez primera, en la histórica villa de la Florida, en un memorable 25 de Agosto de 1879, recitó su célebre poema:



"Es la voz de la Patria,
pide gloria,
Yo obedezco a esa voz.

....

....

Treinta y tres hombres,
treinta y tres hombres
que mi mente adora,
encarnación, viviente melodía,
diana triunfal, leyanda redentora
del alma heroica de la Patria mía."

El Poeta joven, de voz sonora y de melena romántica se identifica con la tradición y desde entonces su verbo es nuestro verbo y sus versos son trozos del alma nacional.

Zorrilla actúa en planos prominentes. Es periodista de combate; diplomático ordinario y extraordinario de jerarquía singular; catedrático insigne; parlamentarista de fama; magnífico orador; pero es, por sobre todo y ante todo, el Poeta de la Patria.

En sus últimos treinta años ejerció el vate una especie de indiscutible señorío sobre la ciudad. Su casa de la calle Rincón y sobre todo su casa de Punta Carreta, eran mansiones acogedoras, plenas de castellana hospitalidad. El Poeta hablaba con todo el mundo y hablaba siempre con los niños y con los jóvenes. Era pródigo de su espíritu, sin jactancia, sin reticencias y sin dobleces para nadie. Su vida pública y su vida privada eran paralelas. En el tranvía; por las calles céntricas; en los actos patrióticos o en las horas de emoción colectiva, la muchedumbre lo contemplaba reverente.

—Ahí va Zorrilla— decían.

Unos le contemplaban; otros le hablaban respetuosamente; otros lo miraban pasar.

Su catolicismo ortodoxo, aún en momentos de lucha y de pasión, su firmeza cívica y su clara noción de los deberes del ciudadano, no fueron capaces de empañar su prestigio.

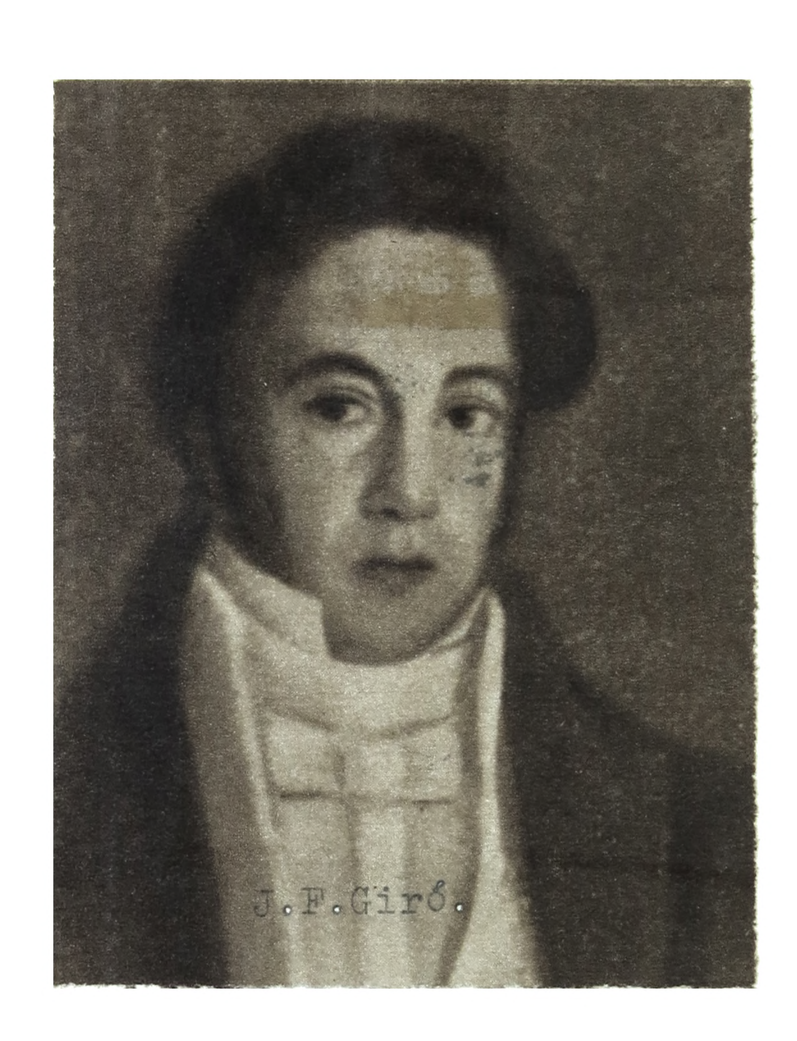
Rodó, al final de su vida, fué objeto de ataques implacables.

El Poeta fué, en cambio, mirado como un símbolo al cual era necesario respetar y amar. Es que la Patria vió en Zorrilla de San Martín a su más alto y mejor intérprete. Vió en el espíritu inspirado del poeta a su cantor y en su alma ardiente y en su elocuencia arrebatadora, un "cuantun" de las mejores savias de nuestra tierra, corriente nutricia que absorbe a lo extranjero y lo amalgama, poco a poco, con el medio, haciéndole comprender los excelsos valores que se encierran en la tradición oriental.

La vivencia del pensamiento de Artigas en su lección no superada de las Instrucciones del Año XIII, y en el sentimiento de la americanidad, expresado en justa medida, unido a la defensa permanente de los derechos primarios e inalienables de la persona humana y luego, en pleno siglo XX, la unidad espiritual de la España eterna, con sus hijas de América, salpicadas con el heroísmo, la gloria y la emoción de las razas autóctonas transformadas o vencidas, tienen un magnífico expositor en Zorrilla.

La voz de la Patria que reclama progreso moral y material y valor denodado, según lo mandaran los fundadores de la nacionalidad, encuentra un creador en el Tiempo, en Zorrilla, cuya magnífica trilogía, "Tabaré", "La Leyenda Patria" y "La Epopeya de Arti-

gas", junto con sus discursos y con el espíritu del Museo, transforman en tónico moral tan bellas producciones, para gloria del Uruguay y de América, haciéndonos recordar que la Patria, "cuyo nombre es canción en el arpa del Poeta, grito en el corazón, luz en la aurora, fuego en la vida y en el cielo estrella", nos dice que es necesario comprender frente a esas reliquias, la lección viva y armoniosa de un espíritu que vivió con augusta serenidad y en ritmo heroico, para hacernos gustar, a través del Arte, las aristas magníficas de la nacionalidad.


J.F.Giró.

EL PERIODISMO

No es posible hablar de la ciudad y de su alma y de sus clamores, sin hacer una evocación, prieta si, pero sentida, de lo que ha sido el periodísmo en nuestro país.

"La Estrella del Sur", en 1807, es el primer periódico montevideano, redactado en castellano e inglés, para que asi sirviera a los fines perseguidos en aquella memorable expedición.

Y es desde entonces, que aparecen periódicos y periódicos, cuya nómina sería interminable. Cabe señalar a "El Argos" a "El Pampero" que dirigió Juan Francisco Giró y luego la floración que se inicia en 1830.

Nacen diarios y mueren diarios. Hasta 1832, y desde que la República se hizo independiente, aparecen treinta periódicos, para luego volverse al equilibrio, aún que siempre surgían nuevos elementos y nuevos órganos de publicidad.

La Defensa de Montevideo lleva a la cumbre al periodismo. La lucha por la libertad se escribe con sangre. Florencio Varela en "El Comercio del Plata" y José Rivera Indarte en "El Nacional", mantienen polémicas terribles transformadas sus plumas en arietes, en la acción implacable contra la Tiranía hasta que llega el abrazo inmortal del 8 de Octubre 1851; y la política de fusión y los editoriales de Juan Carlos Gómez.

Todavía se leen esos artículos que han sido compilados para gloria de la cultura nacional. Alli hay pasión y doctrina y fuego. El publicista insigne deja girones de su espíritu superior mientras arremete contra el mal y defiende a las libertades públicas amenazadas. Y sigue la historia y van pasando como luces y sombras, periódicos y hombres. "El Siglo", fundado en 1863, constituye uno de los mas extraordinarios esfuerzos en favor de la cultura pública. Hasta la desaparición de ese gran órgano de publicidad, escribieron allí, entre otros, José Pedro Ramírez, Dermidio de María, Julio Herrera y Obes, Pablo de María. Evocamos solo los nombres cumbres de los compatriotas desaparecidos, porque hacerlo en detalle nos obligaria a escribir la historia de la República. El Cantor de la Patria, el bardo inigualado, el autor de la "Leyenda" y de la "Epopeya de Artigas" — Juan Zorrilla de San Martín — fundó con Monseñor Mariano Soler "El Bien" en 1878 — que después fué "El Bien Público", prestigiosa tribuna de doctrina. Hacia 1880, el diarismo adquirió una eclosión inusitada. En "El Heraldo" escribía editoriales de fuego, Julio Herrera y Obes; en "El Plata", lo hacía Carlos María Ramírez, el fundador de la "Bandera Radical", en 1870, y el hombre que en la plenitud de su talento traía a las lides del periodismo la experiencia adquirida diez años antes, cuando redactaba "La Paz" José Pedro Varela y cuando surgió a la vida "La Democracia", con Francisco Lavandeira. En 1878, "La Razón" fué otra magnífica tribuna de lucha y de doctrina. Daniel Muñoz, la dirigió y bajo el seudónimo de "Sansón Carrasco", escribió páginas dignas de Larra. Agudo en sus sátiras, fué un maestro consumado del periodismo y alli dejaron lo mejor de su espíritu de jóvenes, Manuel B. Otero, Prudencio Vázquez y Vega, Anacleto Dufort y Alvarez y

mas tarde, Luis Melian Lafinur y José Manuel Sienra y Carranza. Era la época de los empastelamientos; la del discurso asombroso de Juan Carlos Blanco, revólver en mano los asistentes al luctuoso acto, rodeados de sicarios, mientras las palabras del tribuno caían como lluvia de fuego, porque su voz era corazón y númen, frente al féretro del tipógrafo mártir Esteban Fontan.

Para combatir la opresión se fundó en 1886 "El Día".

José Batlle y Ordóñez, recio luchador, cuya vida de combate abarca cuarenta años de la historia de la República; Juan Caspisteguy, ciudadano probo y recto y Presidente de la República en la plenitud de su equilibrio; Abel J. Pérez y Mateo Magariños, fueron sus redactores fundadores. Con Don Juan Campisteguy y con Don Abel J. Pérez, evocamos muchas veces aquellas memorables jornadas. En la tertulia íntima, a la que asistia, también, Don Eugenio Garzón, dandy y caballero de punta en blanco, periodista de "El Heraldo", confidente y amigo de Julio Herrera y Obes, aquellos grandes espíritus, nos pusieron en contacto con detalles, que, a veces, la Historia no consigna. Los tres sentian admiración sin par por Julio Herrera, por sus dotes intelectuales extraordinarias. Nadie ha producido tanto en el país — nos decian — y nadie ha dejado una estela de luz mas brillante, a pesar de que muchas veces lo combatimos y de que muchas veces no lo comprendimos.

Es que Julio Herrera, puede ser el arquetipo, como discípulo y heredero de las virtudes de Juan Carlos Gómez, de lo que era un publicista, con su diario destinado a mantener los principios y a defender a veces, hasta con el martirio, el progreso institucional del país, en salvaguardia de la democracia en cien terribles jor-

nadas, en lucha abierta contra el caudillaje, la dictadura y el despotismo. Dirigió, también, "El Día", Antonio Bachini, periodista de raza y fué él quien fundo "Diario del Plata", en una hora memorable de la evolución democrática del país, órgano de publicidad del cual fué redactor, nada menos que José Enrique Rodó.

Eduardo Acevedo Díaz, legó, páginas magníficas al historial del periodismo, mientras quedaban como simbolos de la profesión, don Isidoro y don Dermidio de María — el admirable autor de las "Notas de Fénix"; — Teófilo Díaz, quien firmaba con el seudónimo de "Tax"; y Samuel Blixen, con el de "Suplente", iniciador del Círculo de la Prensa, crítico teatral y autor teatral eximio y admirable escritor, quien conjuntamente con Enrique Kubly y Arteaga, legó a la Literatura, desde el periodismo, páginas de Antología.

Mil nombres nos quedan por citar. Queremos si recordar, por último, ya en pleno siglo XX, a la figura más ilustre de la profesión, dentro del movimiento moderno. Claro está, que no escribía como Rodó, o como Juan Carlos Gómez, o como Julio Herrera y Obes, o como Antonio Bachini. Pero era el hombre que manejaba bien la pluma, sostenida por un corazón generoso y por una exacta comprensión de lo que debe ser el diarismo, quien llevó a nuestro ambiente, un nuevo soplo de cultura.

La fundación de "El Diario" en 1923, marca un rumbo. Su orientador, su guía, el mentor de los jóvenes, conocedor de los menores secretos de la profesión; abierto a todo lo que fuera una iniciativa de progreso, con clara y certera visión del camino a seguir, fué Héctor R. Gómez.

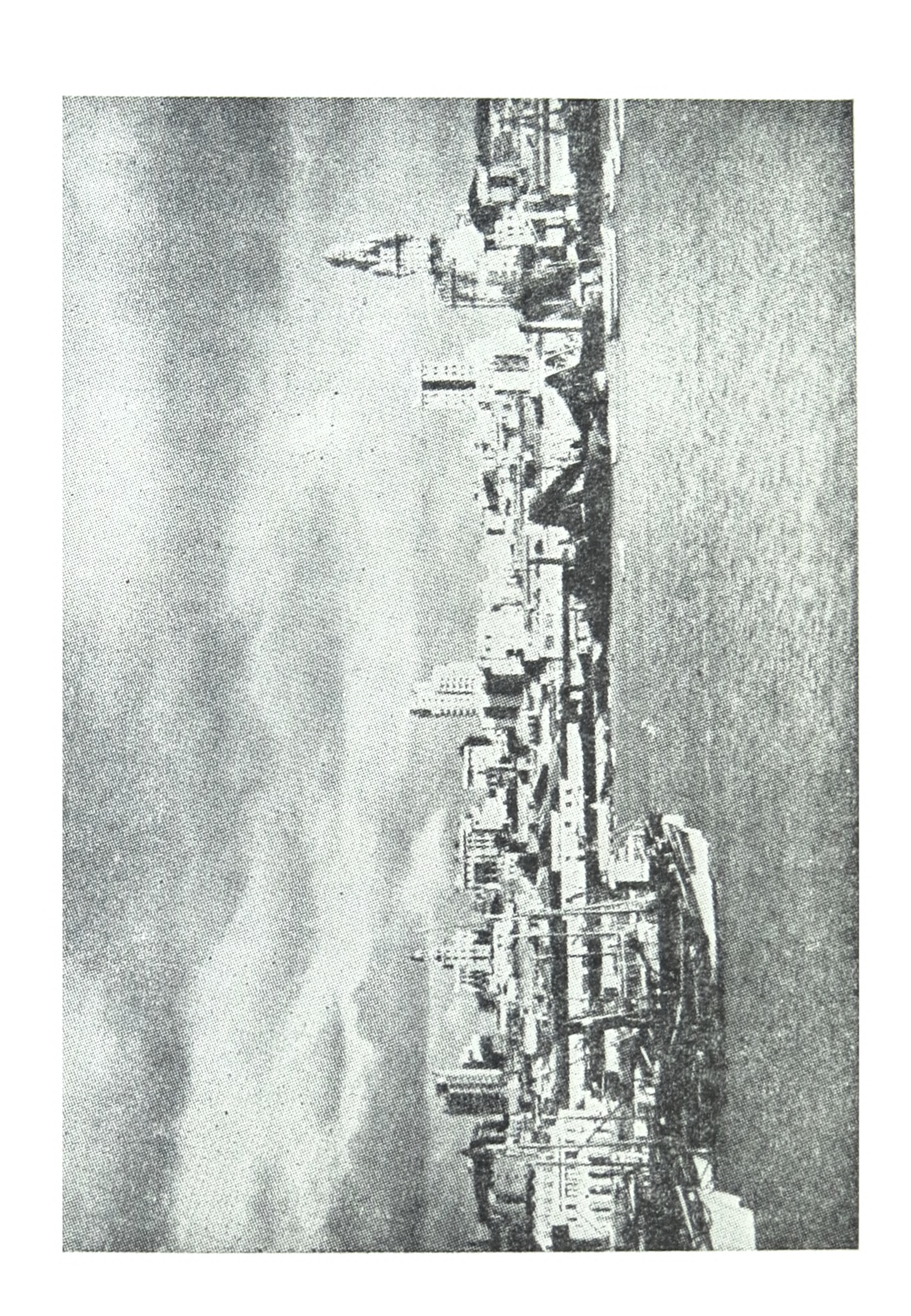
Su figura era popular en Montevideo, y el diario que el fundara, permitió iniciar a muchos auténticos valores de la hora actual, a la vez que formar una fa-

milia que se ha mantenido unida en su recuerdo, pese a las visicitudes de la lucha y al choque de las nobles pasiones, en la hora tremenda en que vivimos.

La ciudad y sus anhelos y sus clamores; y la Historia y la Patria misma, reviven cuando uno lee los periódicos de antaño, mientras los de la hora actual, en uso de las perfectibilidad de la técnica, buscan llevar a todos los ámbitos de la República, desde la ciudad capital, la noticia o la enseñanza que orienta y adoctrina.



Frente al Hotel "El Retiro", monumento a Samuel Blixen



LOS ARQUITECTOS

En su admirable trabajo de investigación histórica, intitulado "La calle del 18 de Julio", el Arquitecto Carlos Pérez Montero, Miembro de Número del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay — el mismo glorioso Instituto que fundara Don Andrés Lamas hace un siglo — señala hombres y acontecimientos que no podrían dejar de ser evocados en esta "Biografía". La ciudad colonial tuvo, en efecto en los Ingenieros Domingo Petrarca y José del Pozo y en don Pedro de Millán y mas tarde en don Juan de los Reyes y en el Ingeniero Bernardo Lecocq, a sus propulsores más eminentes. Para luego ir, poco a poco, creciendo hacia extramuros, hasta que cayeron las murallas, merced al Reglamento de Construcciones de 1827, seguido de la demolición de bastiones y de la creación de la Comisión Topográfica.

Memorable decreto el del 24 de Setiembre de 1829, que encargó a la Jefatura de Policía, los detalles de la operación, al dar cumplimiento a la Ley que sancionara la Asamblea Constituyente y Legislativa del Estado. "El Portón de San Pedro y las obras exteriores que lo cubren, serán demolidas a la mayor brevedad"; signa el decreto que firman Rondeau y Fructuoso Rivera. Y es entonces que el Sargento Mayor de Ingenieros, valiente oficial de artillería y geógrafo famoso, don José María Reyes, se hace cargo del Departamento Topográfico y tiene participación activa en

la creación de la nueva ciudad. Poco a poco, crece Montevideo. Poco a poco se valoran sus tierras sabemos así quienes eran los propietarios, en la **calle del 18 de Julio;** y sabemos cuales eran las ideas urbanísticas de un licenciado español, persona muy ilustrada, de gran cultura y amplios conocimientos generales, que ejerció con brillo la medicina: don Francisco García Salazar. Estamos ya en 1836. El 24 de Agosto de ese año, es nombrado miembro de la Comisión Topográfica, a propuesta del Ministro de Gobierno, Dr. Don Francisco Llambí, el mismo gran señor que presidiera un salón ilustre, el artista italiano, don Carlos Succhi. Y Succhi va a dejar el sello de su fuerte personalidad en el Montevideo de la época. Pero llega una vez mas la guerra civil.

Montevideo, es símbolo de la resistencia al oscurantismo y a la agresión en el Río de la Plata. Su progreso material se detendrá pero va a encerrar detrás de sus bastiones, una inmensa fuerza moral. Poco después, cambia de fisonomia la capital, porque la ciudad crece vertiginosamente. Montevideo tenía, en efecto, en 1829, 9.000 habitantes y catorce años después, el censo de Lamas, arrojó 31.189 almas. El insigne polígrafo, Jefe de Policía realiza entonces su obra fundamental, en materia. de Nomenclatura y Numeración; y en Montevideo se sigue construyendo y don Samuel Lafone, hace levantar el Templo Protestante, que existió hasta hace poco tiempo en el Cubo del Sur y cuyo arquitecto fué Paullier; y Juan Bautista Capurro, construye un edificio y muelle, que en su época, constituyó un alarde progreso, mientras los caminos empiezan a extenderse y se afirman definitivamente cuando termina la Guerra con el abrazo inmortal del 8 de Octubre del 51.

En 1856, se inaugura el Teatro Solís, sobre la concepción inicial del Arquitecto Succhi; don Juan José de Arteaga, inicia el saneamiento de la ciudad; don Avelino Lerena, el empedrado de la capital. Y mientras tanto, nuevos edificios surgen y nuevos nombres van jalonando la acción civilizadora. El Maestro de obras don Pedro Fossati y los célebres arquitectos franceses, Auboulrg y Rabú, dejan escuela, y éste último construye el edificio de la Bolsa y levanta en el estilo gótico mas refinado, la Capilla, que todavía es un orgullo de Montevideo, en la Quinta de los Jackson, sobre la Avenida Larrañaga.

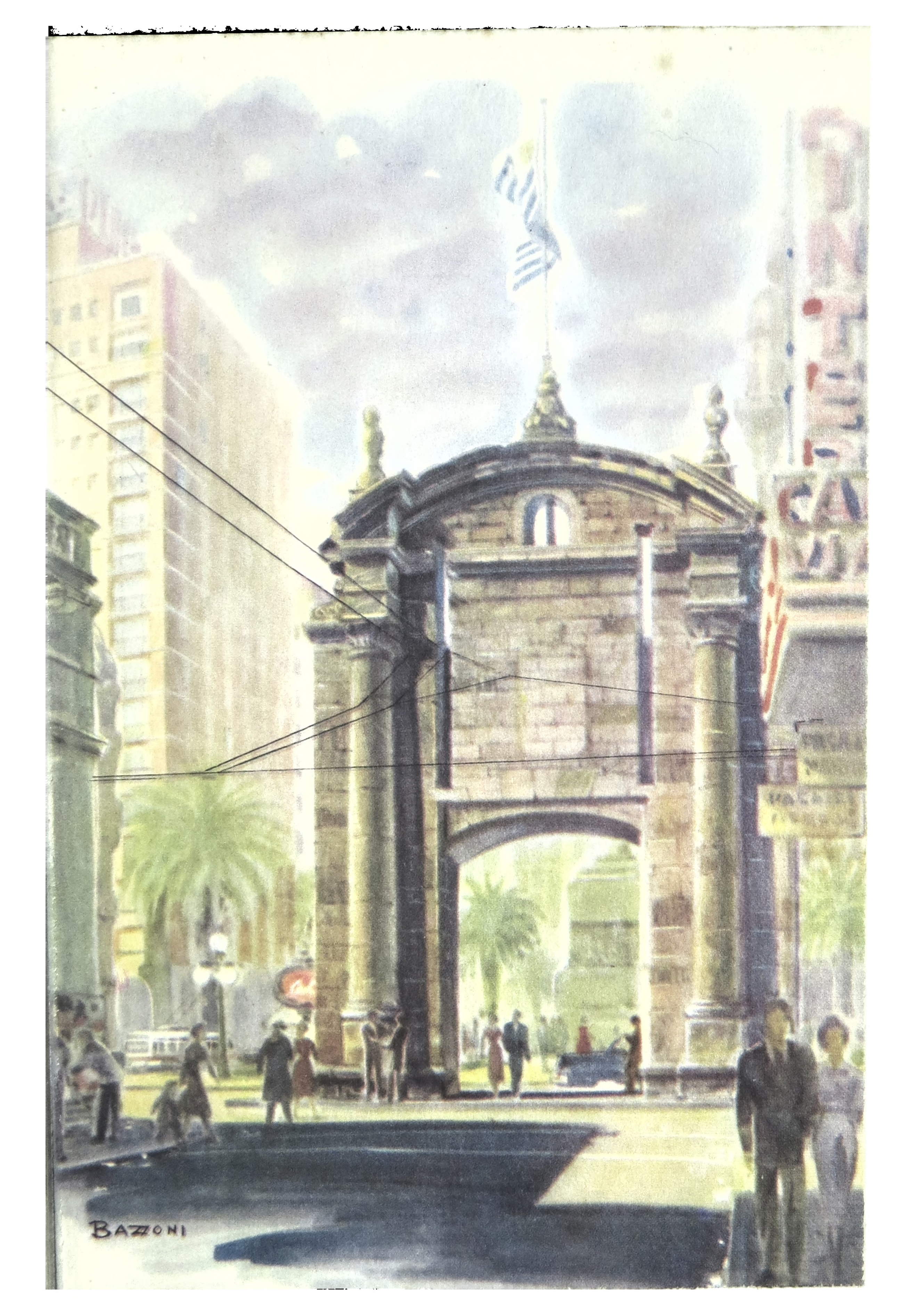
Don José Toribio y don Clemente César y don Bernardo Poncini y el Ingeniero Don Antonio Montero, trabajan en el engrandecimiento de la ciudad. Son los orientadores del crecimiento prodigioso de la Urbe, mientras los grandes señores del Montevideo, forma parte de la Junta, heredera del Cabildo en la tradición de la ciudad.

El Plano Catastro del Ingeniero don Juan Alberto Capurro, es un trabajo arquitectónico de inapreciable valor. Gracias al mismo, sabemos en forma detallada y con precisión maravillosa, lo que era Montevideo en 1867. Y luego nuevos nombres y nuevos esfuerzos. La ciudad crece y crece y llega el meteoro de Emilio Reus y aparecen otros arquitectos y otros constructores cuya nómina sería inacable y Montevideo sigue su ritmo y se extiende hacia el Norte y hacia el Sur y hacia el Este, y llega la era de los rascacielos y de las grandes Avenidas y del crecimiento tentacular, mientras las quintas desaparecen o se vuelven parques públicos. Se estremece la ciudad en vibración heróica o en alas del progreso. Mientras la guerra y las crisis y la paz y el optimismo, vibran sobre el ámbito, una y otra vez.

A la casa de teja, siguió la casa de azotea con minaretes. Montevideo "era una ciudad morisca", decían los viajeros del 43. Para luego ir a las construcciones monumentales y por último, a partir de 1920, al Rascacielo.

La tradición ya gloriosa de nuestra Facultad de Arquitectura, va dejando el sello indeleble de su saber, con la construcción de nuevos edificios, en la gran ciudad, que a un siglo del censo de Lamas, encierra 750.000 almas.

Prodigioso crècimiento de la capital, cimentada en el núcleo inicial, de Zabala, de Alzáibar, de Millán y de Burgués.


BAZZONI

LA CIUDAD TENTACULAR

El progreso edilicio de Montevideo es enorme. Las cifras estadísticas de su crecimiento, asombrosas. Vivimos ya en una ciudad tentacular. El maquinismo y las costumbres de la pos-guerra han hecho presa en lo que otrora fuera aldeana, heroica o romántica ciudad. El tango reemplaza al vals vienés. El "copetín" a las reuniones mundanas del fin del siglo y el "camping" y el nudismo como reacción, sin duda, a la vida en casas verticales, donde los pisos se numeran como celdas de cárcel, sirven de antídoto a todo lo artificial de nuestro siglo. Pero Montevideo tiene, para su felicidad, en la raíz misma de su planta la luz y el color, sus cielos maravillosos y sus parques, trozos selectos de las viejas quintas y sus playas sin par.

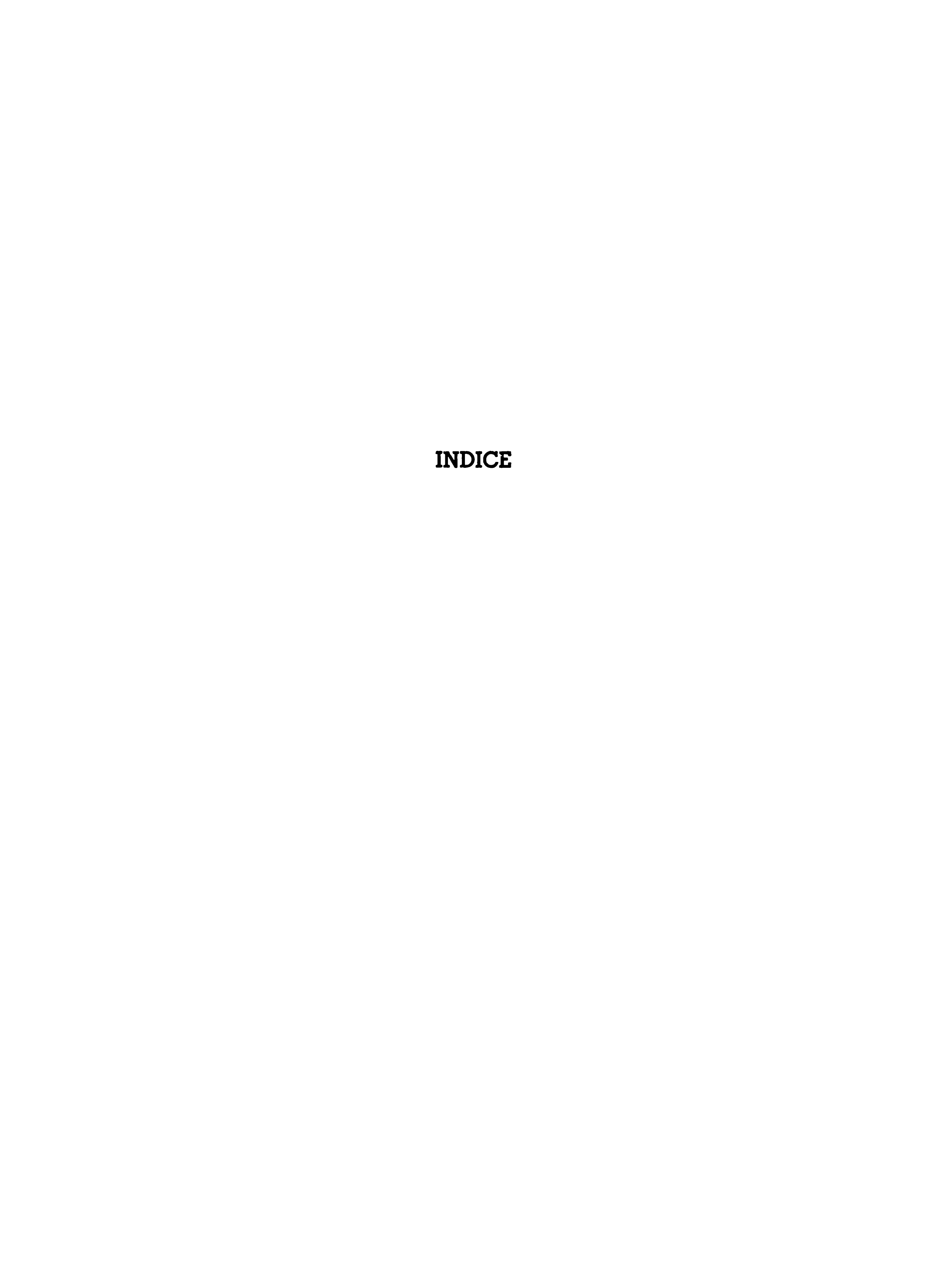
La Rambla bordea en su magnífica extensión, a Montevideo y da perspectiva a la ciudad. Y de noche sus luces extendidas sobre el Estuario en más de veinte kilómetros, ponen en el cuadro una visión de progreso y de belleza indiscutible.

La ciudad trepidante se vanagloria de sus parques y de sus playas y de su Palacio de Mármol—monumento dos veces simbólico—de homenaje a las leyes y al trabajo nacional.

Partimos del puerto en un atardecer. Hacia el oeste vemos la Bahía, domeñada por la Fortaleza, museo que corona el Cerro, legendario vigía de la ciudad. Y luego el Estuario y las playas. Ramírez coqueta en su peque-

ñez, la luz del faro en el peñón de la Punta Brava que se incrusta en el mar. Y todavía con luz, en los arreboles de rojo y de oro del Poniente y con estrellas que empiezan a titilar en el cielo blanquiazulado, contemplamos la bahía de los Pocitos y la punta del Buceo con su alta torre y su puerto gentil. Y Malvín con sus arenas de oro, y Punta Gorda, dominando desde su atalaya las aguas siempre cambiantes del Estuario y camino ya del Este, Carrasco, el gran balneario de la América del Sur. Bosque y playa y chalets y avenidas maravillosas. Armonía de elegancia y de color, mientras a lo lejos se ven las luces de la ciudad y hacia un costado vencido el día ya por la marcha inexorable de las sombras y mientras hay cada vez más estrellas en el cielo, la espuma del mar, camino de progreso, de infinita belleza y vigilante celoso del alma de la ciudad.

Porque Montevideo es y será el Río. Su posición geográfica le dará, en efecto, en un futuro próximo o lejano, una vez más, la preminencia política que tuvo desde que naciera bajo la tutela del colonizador español y al golpe de los bastones de los alcaldes, en aquel 1º de Enero de 1730, en que el Gobernador Zabala dejó definitivamente instalado el gobierno de la ciudad.



INDICE

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS TALL.
GRAF. DANTE, EL
10 DE AGOSTO
DE 1943